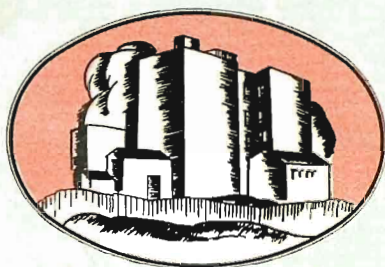


Madrid

ESCENAS
Y COSTUMBRES *por*
JOSÉ GUTIÉRREZ-
SOLANA 



(TRIESTE)

Madrid, 1984)

Comunidad de



Madrid

JOSÉ GUTIÉRREZ-SOLANA

M A D R I D .
ESCENAS Y COSTUMBRES

120



JOSÉ GUTIÉRREZ-SOLANA

MADRID, ESCENAS Y COSTUMBRES

(TRIESTE,
Madrid, 1984)

Comunidad de  Madrid



Biblioteca Virtual

COMISIÓN DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid





T R I E S T E

BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES

DIRIGIDA POR

Andrés Trapiello y Valentín Zapatero



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

MADRID, ESCENAS Y COSTUMBRES



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid



Jose Gutierrez Solana



JOSÉ GUTIÉRREZ-SOLANA

MADRID, ESCENAS Y COSTUMBRES

Comunidad de  Madrid

(TRIESTE,
Madrid, 1984)



Comunidad de
Madrid

Consejería de Educación
SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA
Servicio de Publicaciones
C/ Alcalá, n.º 30-32
28014 MADRID

Ref. 0077



© CLOTILDE BLANCO CARRO
© TRIESTE. C/ VILLANUEVA, 14 - 5.º B. TFNO. 435 95 48
28001 MADRID
I.S.B.N.: 84-85762-37-1 D.L.: M. 34.883-1984
IMPRESO Y HECHO EN ESPAÑA
POR PRUDENCIO IBÁÑEZ CAMPOS. C/ CERRO DEL VISO, 16
TORREJÓN DE ARDOZ (MADRID)

EN COLABORACIÓN CON LA

Comunidad de  Madrid



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

MADRID, ESCENAS Y COSTUMBRES

PRIMERA SERIE

(1 9 1 3)



Biblioteca Virtual

COMISIÓN DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid



A

LA MEMORIA DEL GRAN CARICATURISTA MADRILEÑO
FRANCISCO JAVIER ORTEGA,
DEDICA ESTE LIBRO

J. G.-S.





BAILE CHULO EN LAS VENTAS

ME apeo del tranvía eléctrico en las Ventas; es domingo, y presenta aquel sitio la animación propia de esos días en Madrid.

Todos los establecimientos de la cuesta están llenos de gentes que beben y comen; en las tiendas de comestibles se ven barreños de aceitunas, enormes barriles de escabeche, de arenques prensados, cajas con boquerones de Málaga. Hay también pescaderías, carnicerías con vacas y terneras abiertas por el vientre y cerdos boca abajo; en los hocicos tienen atados unos cubos pequeños, para que no chorreen el suelo de sangre; vejigas gordas y relucientes atadas al techo por grandes garfios. Peluquerías económicas de 15 céntimos, tapadas sus vidrieras, como las tabernas, por cortinillas de percal rojo, y en la puerta, colgando de un hierro, una bacía de cobre, toda abollada. También se ven farmacias de estilo de pueblo, algo ramplonas, sin que falte la limpieza y la simetría en los tarros de las drogas, tan característica en las boticas. Sobre el mostrador, de mármol, está la balanza, con sus platillos muy limpios; el boticario viste un batín largo, abrochado por agremanes; la cabeza la tiene cubierta con un pequeño casquete negro; tiene cruzadas las piernas, y lee un periódico.

Los carreteros y los pellejeros dejan sus carros y entran en las tabernas; apuran unas botellas de vino de la tierra, y se limpian el sudor de las frentes con la palma de la mano, y comen chorizos, longaniza y mojama para tragar más vino.

Mientras que se van pasando tiendas, se van percibiendo distintos olores de los que abundan tanto



en esta parte de Madrid: el olor de los pescados, el de la carne, y sobre todo, el de los fritos que hacen al aire libre al guisar, en grandes parrillas, trozos de carnero y callos, mezclados todos estos alimentos en la misma salsa de sebo, repugnante. Al poco rato de estar allí parece uno acostumbrarse, y tales olores concluyen por hacerse agradables.

A derecha y a izquierda del terreno, desmontes terrosos y secos, por los que pasan los carros, llenos de tierra y escombros, tirados por tres mulas puestas en fila, y allá, a lo lejos, se ve el barrio de Vallecas.

A cada momento cruzan tranvías eléctricos de los llamados cangrejos y grises. En los merenderos, desvencijados, de colores tristes, se ven grupos que comen y beben. Se oyen en todas estas tiendas los acordes de un piano de manubrio, que toca piezas del género chico: los cuplés de *El beato*, *El padrino del nene* y otras partituras selectas. Más abajo de las Ventas están los bailes de organillo. Los hay de todas clases y categorías, desde aquel en que bailan señoritos calaveras, modistillas y horteras, hasta el más popular, en el que dan vueltas los soldados, las criadas y los guardias civiles.

Los señores serios, de abultado abdomen y cachaba con adornos hechos a la navaja, bailan con cocineras, rollizas y agraciadas, de manos cortas, graciosas, con brillo, como las tienen todas las cocineras, llenos los dedos de sortijas baratas.

Ellas llevan mantón negro de seda con flecos; el señor gordo baila muy agarrado, pegado a su pareja, metiéndole la pierna disimuladamente, rodeándola la cintura con una mano y palpándole con la otra los pechos, mientras que ella, un poco excitada por el baile, muy acalorada, se limpia a cada momento las manos, que la sudan mucho, con el pañuelo que lleva en la cintura.



Después del baile se van a un reservado a pasar un rato; por entre los hierros de las ventanas se ven un diván o una cama ancha, y unas cortinillas que suelen tapar sus cristales.

De todos estos bailes, el más bonito y más característico es el del *Tío Barriga*. Es éste un salón grande, muy oscuro, con dos o tres ventanas, por las que se ve un trozo de cielo y el paisaje triste; la techumbre, de armazón de maderas cruzadas en todos sentidos, sostenidas por columnas de madera que dividen el baile en compartimientos por vallas de madera, enclavadas en el suelo y pintadas de verde.

En el fondo hay puesto un piano, y en medio otro. Estos dos pianos tocan los cuplés de *Don Tancredo* y *La Tarántula*. En este baile no hay soldados, ni señoritos, ni modistas, ni horteras de ningún ramo.

Aquí no baila más que la gente de pupila, los que se traen de calle a las mujeres, los chulos, los que tocan el organillo y no trabajan porque los mantienen las mujeres; las de la Fábrica de Tabacos, las cerilleras, las chalequeras y las golfas de profesión; los que saben vivir, ¡a ver qué vida!; los que al andar saben mejor llevar la capa suelta y embozarse en ella; los que saben hacer un cigarro mejor; los que se engallan y escupen mejor y dan más juego.

Aquí se baila lo clásico, el agarrao más apretado y distinguido. De aquel montón abigarrado que forman podremos conocer algunos.

Félix, *El Rana*, cajista de oficio, lleva su gorra canela de visera blanca de hueso, traje negro, americana corta, ajustada, abierta en dos cortes por detrás; pantalón abotinado, botas blancas sudadas y pañuelo de seda recia, verde claro y negro, comprado en la cabecera del Rastro.

El Rana baila con su novia, la Paca *La Roja*. La Paca tiene la cara sonrosada, llena de pecas; el pelo, rojo, lo mismo que las cejas y las pestañas; lleva



el peinado muy hueco, con crepé negro, que destaca violentamente del color de su pelo, crespo y rebelde, tieso y tirante por los peines y alfileres que cruzan su cabeza; ciñe el busto con una blusa de color nazareno, guarnecida de trencillas negras y de abalorios; un pañuelo blanco, anudado al cuello, cae en un pico por su espalda; su mantón gris, de pelo, lo tiene *El Rana* en los hombros mientras que se marcan un chotis muy agarrado.

Allí baila también Andrés *El Vinagre*, que tiene rostro antipático, amarillo como la cera, muy estrecho de hombros, espesas cejas y ojos pequeños e insolentes; lleva la gorra, negra, echada hacia adelante hasta taparle un ojo; un pañuelo de seda rosa rodea su cuello, delgado y largo, en el que se marca la nuez violentamente; tiene el peinado de cortinas, y en la frente, donde el pelo se recorta a punta de tijera, lo mismo que en la nuca, se ve un círculo verdoso que da el afeitado.

El Vinagre tiene toda la carne y el cuello lleno de granos y de placas; está sifilítico, y cuando habla, con una voz gangosa que apenas se le oye, descubre los dientes, podridos.

Baila *El Vinagre* con Purificación, *La Niña de Veneras*, sin duda porque nació en esta calle. Purificación está de pupila en una casa de la calle del Calvario, y el mísero jornal que gana a costa de su flacucho cuerpo, se lo entrega al *Vinagre* para ir a la taberna y para pitillos. Por la noche se ven en el cafetín de la calle de la Espada, y allí él la atemoriza, y a fuerza de golpes consigue que le entregue el jornal la infeliz Purificación.

Ese otro chulo es el más barbián del barrio de Vallecas; es hijo de una portera de la calle del Tribulete; es el más pendenciero y el más mala leche de todos los que bailan. Cuando chico, era conocido por su sangre fría en las pedreas de Vallecas y del



Rastro; era el capitán de unos cuantos salvajes, de unos cuantos golfos que rompían los cristales de los faroles y luchaban contra el bando de *Fanegas*, que tampoco era manco; escalabró a muchos, y cuando se pegaba con alguno, lo hacía con un cortaplumas abierto, pinchando en los muslos a sus contrincantes, o amagando al vientre. Una vez que pasaba un borracho por su barrio, estando en compañía de unos cuantos muchachos de su edad, le empezó a tirar chinitas con un tirador.

El borracho, con los ojos vidriosos, daba golpes como un ciego con su pesada gorra, dispuesto a cruzar la cara del primero que se acercara, blasfemando horriblemente, hasta que *El Niño de Vallecas* le tiró con la honda una pedrada, que, disparada con mucha fuerza, fue a darle en el vientre; el borracho cayó de espaldas contra un montón de adoquines, escalabrándose. Fue una mortal caída; por la noche, los guardias le recogieron y lo llevaron al hospital, donde murió al día siguiente, en medio de horribles dolores.

Los chicos se enteraron y se lo contaron al asesino, que se encogió de hombros, sin decir nada; pero tuvieron todos buen cuidado de no correr la voz, de no contárselo a nadie, por temor de sus represalias.

Ahora, *El Niño de Vallecas* baila con Rosa *La Leñaosa*, la más chulona vecina suya. Se conocieron cuando eran niños, y fueron novios.

Rosa se enamoró de él por la fama que tenía de valiente. Entonces él tenía catorce años y ella trece. Un día se la llevó engañada detrás de unas tapias por los campos de Tío Hereje (1), y abusó de ella. Desde entonces, aquellos precoces volvían siempre por los mismos lugares, revolcándose en el suelo. Y

(1) Donde se suelen encontrar fetos y gatos despanzurrados.



El Niño de Vallecas así a Rosa con fuerza de la cintura, y levantándola la falda, la colocaba bajo su pecho, y la poseía cuando se le antojaba, sin la menor resistencia. Después, cuando Rosa fue mayor, se dedicó a la prostitución, y de eso vivió mucho tiempo su amante, a quien ella entregaba el dinero que ganaba, en el cafetín. Un día Rosa le echó en cara su conducta; le dijo que ella no estaba dispuesta a mantener a ningún gandul; entonces se agriaron las relaciones, y riñeron.

Hasta que, cansado él, se fue a buscar a Rosa al cafetín, y la pidió nuevamente dinero; ella no se lo quiso dar, y entonces él, lleno de ira, sacó su navaja y la hizo cinco cortes en la cara. Rosa entró en el hospital, y estuvo allí un mes, y al *Niño* lo llevaron a la cárcel. Cuando Rosa salió del hospital, casi todos los días iba a ver al canalla a la cárcel, y le llevaba dinero, y cuando lo pusieron en libertad, siguieron tan amigos. Ahora, este gandul, al bailar con Rosa, mira las cicatrices de los navajazos, y se ríe, y le dice que se las ha de borrar a besos. Cuando acaban de bailar, él se queda solo, y se apoya contra una de las columnas del recinto, cruza las piernas, mete las manos en los bolsillos de la chaqueta, escupe de lado y echa la boina sobre los ojos, para mirar de una manera insolente y descarada a los que bailan, como si él fuese allí el amo y nadie se atreviese a levantar la voz en su presencia; como si un ademán, un gesto suyo bastara para que cualquiera de aquellas mujeres dejara a su amante y bailara con él inmediatamente.

Entran en el salón *El Piri* y *El Mandria*, encuarnadores de oficio; llevan blusa de trabajo debajo de las capas y pañuelos de fuertes colores al cuello, pantalones abotinados de pana negra y alpargatas blancas, entre las que se ven calcetines rojos, llenos de sebo. Se acercan al *Niño de Vallecas*.



—¿Qué haces, *linchi*, tan callado? Parece que no te *diznas* hablar con nosotros.

—Pues ya veis que no hago *na*. Veo y callo.

—Vaya una pupila que tienes, *linchi*; te hemos *tañao* al entrar, y te hemos visto marcándote un *chotis* con esa esmirriada de Rosa.

—¡Callar, boceras, mandrias, si no queréis que os dé un sopapo a cada uno; no permito que faltéis a esa mujer!

—Ya será un poquito menos eso de los sopapos; nosotros no tenemos cara de primos.

—Entonces os daré cuatro a cada uno, ya que no os sobra con dos.

—Bueno; vamos a verlo en la calle; a ver quién es el que reparte más sopapos.

—Bueno; vamos, so cabezas, vamos...

Ya en la calle los tres, *El Mandria* saca unos pitillos y obsequia a los socios, invitándoles a que le sigan, si tienen riñones, hasta la taberna del *Chepa*, y allí los obsequia a unos quince de Rioja, a longaniza, a pestiños, a pelotas de fraile, a lo que se les antoje.

—Pedir lo que queráis —dice—, que aquí hay un socio que está dispuesto a gastarse con vosotros unos cuantos reales.

Y poco después, en la taberna del *Chepa* hablan tan tranquilos *El Piri*, *El Mandria* y *El Niño*. Discuten las novilladas de Tetuán, de Carabanchel y de la Plaza de Toros del Puente de Vallecas; comparan los arrestos del *Chato*, del *Gordinflas*, del *Pelotas* y de uno que hizo de Don Tancredo, que salió con un *canguis* que no se podía tener, y al soltar un novillo, hormigón de ambos cuernos y tuerto, y echarle éste el aliento, Don Tancredo tembló en su pedestal y cayó al suelo. El novillo le empitonó y le pateó la barriga; el público le abucheó y se ensañó con el nuevo Don Tancredo, que se retiró, cojeando, a la



enfermería, en medio de una pita espantosa. En la enfermería le desnudaron; tenía dos varetazos en la región glútea; se había ensuciado en los pantalones.

Y allí, en la taberna del *Chepa*, dejamos a estos socios, ya descompuestos por el vino, que murmuraran, juntando mucho sus cabezas. Se han puesto intolerables; mojan los pestiños en las copas, y hablan con gran desprecio de la novillada que proyectan los camareros del café Colonial en las Ventas.



UNA CORRIDA DE TOROS EN LAS VENTAS

H_{EMOS} subido unas cuantas personas en un coche de forma de tranvía, pintado de verde y encarnado, en uno de estos coches que no se ven en ninguna parte del mundo más que en Madrid, y que llevan en la parte trasera un medallón pintado, en el que aparece la calle de Alcalá en un día de toros con los coches que se aglomeran y el gentío que se dirige a la plaza. Este vehículo, al ponerse en marcha, tiene un vaivén terrible, como si estuviera desvencijado y que a veces suelen romperse y saltar en pedazos las ruedas; las mulas tiran con energía y se oye el alegre sonido de los cascabeles de que están llenas las cabezadas de las bestias.

El cochero jura y blasfema y suelta fuertes trallazos. Es un tipo de chulo madrileño, con peinado de persianas, gorra de color canela, americana de un verde desteñido, fuerte cadena de oralina, pañuelo al cuello de seda rojo, pantalones abotinados y botas blancas muy sudadas. Dos o tres viajeros se quedan en Pardiñas, después llegamos a las Ventas, nos apeamos todos, algunos van a los merenderos. Un organillo toca ahora *La Tarántula*; el puente separa estos sitios que son, sin duda alguna, de los más característicos de Madrid.

Allá en lo hondo se ven los merenderos con sus mesas pintadas de verde, las tiendas de ultramarinos y sobre las casas el terreno. Al otro lado del puente siguen los merenderos, aunque en menor cantidad, y el río seco de aguas estancadas, corrompidas. Encima del puente las carnicerías, las tiendas de ultramarinos. En grandes parrillas fríen pescados y chuletas que despiden un olor nauseabundo a



sebo. A la puerta de estas tiendas juegan a la rana; más allá, en una mesa, hay un frasco cuadrado de vino, una gran torta de pan, boquerones y aceitunas para los jugadores. Pobres llenos de harapos piden una limosna que gastan luego en vino, y si les dieran más se lo gastarían en la cosa más natural, en comer y no por vicio.

Siguiendo a la gente que se dirige a la plaza, se entra en una tienda de ultramarinos que es del dueño del circo, que conduce a la plaza, y, una vez dentro, nos acomodamos como mejor podemos, dispuestos a ver cómo se portan esos zapateros remendones matando toros. En los tendidos, que más parecen cajones, cuelgan las capas de los matadores, tres o cuatro capotes de lujo y algún que otro mantón de Manila de las presidentas. Sueltan el primer toro que no produce alarma; es un pobre choto que aún debía estar mamando. Su aspecto es el de un borrico de tres meses. El matador, que tiene una cara de bruto terrible, lleva los morros afeitados, viste pantalón de chulo, abotinado, chaquetilla corta de dril y gorra pequeña de visera. Se dirige al becerro y le da unos cuantos recortes, lo mismo que se los podía haber dado *Frascuero*.

Luego sigue haciendo barbaridades, ayudado por otros; todos tienen la misma cara de brutos, todos están vestidos de paisano. El matador primero se embrolla toreando aquella especie de lombriz.

Al darle un pase muy ceñido cae ante la cara del toro, que se contenta con darle una patada en la barriga. El *diestro* se levanta demudado, cagándose de miedo y cagándose a *media voz* en la madre del toro y en la madre de los espectadores. Ya con algo de *canguis* no piensa más que en librarse de su enemigo, y empieza a hacer barbaridades. Primero, coge las banderillas y le coloca un par en el morrillo, luego otro par en la panza y otro en los cuartos



traseros, siendo éste el más aplaudido. Se envalentona con esto y escupe satisfecho. Cuando le entregan el estoque, se perfila para matar con mucha calma, tardando en la faena cerca de media hora, porque el toro, en el momento preciso, se vuelve un poco y lo echa todo a perder. Se prepara el matador de nuevo, y se tira a matar con coraje; pero pincha en hueso, y el estoque sale por alto, y cae en la cara del toro, que tira un derrote, haciendo caer al torero, que se levanta en seguida, con la camisa llena de sangre del morrillo del animal, que queda ahora más limpio. Después le atiza otro pinchazo trasero, y otro más trasero.

El público le *abuchea*, y él se enfada, y suelta otro pinchazo en hueso. Se cansa de pinchar en todas formas, pasando así cerca de una hora. Del pobre bicho salen por todas partes chorros de sangre, está hecho una criba. Entonces el matador se quita la gorra y la pone en el testuz, mirando con arrogancia al público, que aplaude aquella valentía. Luego el diestro vuelve a desconcertarse, no sabe qué hacer. El toro empieza ya a andar muy despacio, como aburrido; da vueltas a la plaza, mientras que todos meten el capote y se hacen muy valientes. Bajan muchos *golfos* a la arena, que toman parte en la lidia. El toro, mareado, empieza a mugir. La pobre bestia tiene los ojos velados. Está ya casi muerta. Grita entonces el matador, diciendo que le dejen solo, que él lo matará. Como ve que el animal está agonizando, se acerca y le da unos pases de pecho muy ceñidos. Aprovechando una vuelta del bicho, se tira a matar de una manera decidida y atraviesa a su enemigo, por las costillas, de parte a parte. Ante esta última y feroz acometida, el pobre toro se abre de patas y cae, echando un chorro de sangre como una fuente.



El matador se arrodilla, saca el estoque de las tripas, y lo limpia, restregándolo en la panza.

El público grita furioso: —¡Cabrón! ¡Criminal!

Entonces el diestro saca una enorme navaja de muelles, pasándola de uno a otro bolsillo, para que vea el público que tiene sangre, y que al primero que bajase, al más guapo que le pidiese cuentas, le pintaría un *jabeque* en las tripas, como ha hecho con el toro.

Arrastran, por fin, al animal muerto, con unas cuerdas, en medio de una pita tremenda, y sueltan otro más pequeño.

El segundo matador lo mata de cinco pinchazos y cuatro estocadas, siendo muy aplaudido por su brevedad. Después sueltan el último toro, de la misma estampa que los anteriores, pero mucho más manso.

El público empieza a *pitorrearse* de los toreros. Todos bajan al redondel, todos toman parte en la lidia, todos se ensañan con la pobre bestia, que muere de peor manera que sus antecesores...

Cuando acaba la fiesta es de noche. Empieza a llenarse el cielo de estrellas, y dejamos la plaza. Subimos en un tranvía eléctrico. En la oscuridad de la noche se ven brillar las chispas verdes que fulguran debajo de las ruedas.

Corriendo hacia Madrid, vertiginosamente vemos por última vez las Ventas, llenas sus tabernas y sus merenderos, donde se oye el alegre sonido de los pianos, de los organillos y los gritos de los borrachos, que discuten los episodios de la lidia, comparándolos con los que se desarrollan en la otra plaza, donde se corren reses de Miura y toreadan toreros de cartel.



LA MUJER ARAÑA

PASEN... señores, pasen... Adelante. No se queden a la puerta; hay que verlo para creerlo; el gran fenómeno que ha llamado tanto la atención en cuantas capitales cultas se ha exhibido. Pasen a ver a la señorita, a la joven araña, que borda preciosas labores, canta y sabe tres idiomas.

Pasen... señores, pasen... Adelante... Adelante...

El hombre que anuncia este fenómeno es de muy pequeña estatura, y se desgañita voceando con toda la fuerza de sus pulmones, poniéndose rojo, y su vientre trabaja, bajando y subiendo como una bola cada vez que toma aliento, como un fuelle, y suelta todo su discurso de una vez, como si quisiera darse mucha prisa; así que, a la terminación, se lleva sus manos regordetas, que sujetan un pañuelo, para limpiarse el sudor, y se suelta el botón de la camisa, y se quita el cuello y los puños postizos y se los mete en el bolsillo.

Al lado de este hombre, para llamar la atención del público, hay un burro muy peludo, con una silla roja de trapo, en la que se sienta un mono, vestido también de rojo, en la cabeza tiene un bonete con una pluma de loro, y en la mano una botella de vino, y hace que bebe, llevándosela a la boca.

Este mono siempre está dando vueltas y más vueltas sobre el paciente burro, que mira al suelo, con las orejas caídas, cansado de tanta nerviosidad.

Unos golfos llevan ya un rato que le vienen observando, el cual, cuando se pone de espaldas y levanta el rabo, enseña la parte trasera, que no cubre el taparrabos, y aparece desollada en carne viva. Mira, linchi, le dice uno a otro; mira qué culo más



raro tiene el mono, parece una cara de vieja; vamos a achagarle, a tirarle del rabo. Uno de los chicos, el más atrevido, se acerca a donde el burro, y muy callado, espera a que dé media vuelta el mono, para cogerle la cola y atarle a ella un zapato viejo, que ha cogido del suelo, y espera de puntillas, sin meter ruido, a que se ponga de espaldas. Por fin se pone, y aprovecha la ocasión en que el mono está entretenido comiendo una naranja que le ha dado un espectador; pero cuando el chico se apodera de la cola, da el mono una vuelta con una rapidez increíble, y se agarra de la cabeza del golfo y le tira la gorra y de los pelos rechinando los dientes de rabia. A los gritos del muchacho acude el dueño de la barraca, y le hace soltar al mono la cabeza del chico, a quien da un fuerte tirón de orejas, para que escarmiente. Mientras, el hombre gordo, sigue voceando con más fuerza que nunca:

—Pasen, señores... pasen a ver a la joven araña. Niños y militares, 15 céntimos; los demás, a real —y señala con un puntero al cartel, donde está pintada la mujer araña. Este cartel es de unas proporciones exageradas, de verdadero fenómeno. Aparece dentro de un enorme círculo luminoso, recortado por fondo negro, y parece la silueta de la araña como si estuviera vista con un microscopio, una mancha encarnada, con muchas patas, dobladas por todos los lados y extendidas.

En medio del pecho, la cabeza de la mujer, dando la impresión de un cangrejo gigantesco.

Aquel cartel ha atraído un corro de gente, que lo miran con la mayor curiosidad y la boca abierta. Muchos entran en la barraca, arrastrados a empujones, en medio de mucha gente, que se estruja por entrar antes. En una mesa, colocada al lado de la puerta de entrada, cubierta con un tapete de bayeta verde, hay una hucha en la que echan el dinero de



la entrada. Ante esta mesa hay sentada una señora de edad con una capota de terciopelo verde y plumas amarillas. Tiene puestas gafas, viste un traje de seda de ramos y flores estampadas, pareciendo antiguo por lo descolorido y empolvado. Esta señora es la que despacha los billetes, y habla con gritos agudos y chillones, como los de un fonógrafo. En la pared cuelga un cuadro de cristal con bordados y labores hechas por la mujer araña; también hay unos retratos de la misma, fotografías hechas en diferentes edades.

En otro lado, sobre una cortina roja, cuelgan dos cuerpos de dos enanos, hechos de trapo, vestidos con trajes muy lujosos de terciopelo azul y carmesí, con franjas de plata; estos cuerpos caen de la cortina, sin cabezas y sin manos, supliéndolas las de un niño y una niña con golas al cuello, que esconden el cuerpo tras la cortina y hacen mover los cuerpos de trapo, que mueven los brazos y las piernas simulando ser de las cabezas de los niños que asoman por allí.

Ya dentro de la barraca espera la gente a que salga la araña. Hay una fila de bancos y algunas sillas desvencijadas. Las paredes están forradas de un morado sombrío y profundo. Este recinto está iluminado por unas bombillas, muy cansadas, de luz eléctrica. El suelo es de tierra. En el terreno se ven las estacas, los cimientos de la barraca, y su construcción, de tablones podridos.

El escenario, muy pequeño, forma un cuadrado de tablas, como un cajón. Debajo del escenario hay un piano de manubrio, que toca un chulo con pañuelo al cuello.

Mientras van entrando más personas, se ven dos golfas de mantón y pañuelo a la cabeza. Una de ellas se levanta la falda para estirarse la media y ponerse bien la liga, y enseña por entre la enagua



y el pantalón la carne morena y una pierna muy gorda con medias verdes, de rayas amarillas, y un pie enano, calzado con botas de muchos botones, color avellana y tacones muy altos.

Un chulo está con su novia, muy arrimado, metiéndola mano, y ella, muy disimuladamente, parece trabajar mucho por debajo de la capa de él.

—Mira a esos lo que están haciendo —dicen las dos golfas—; indudablemente, chica, la capa es una gran cosa.

Algunos están ya inquietos.

—¡A ver cuándo empieza! —gritan—. ¡Arriba el trapo! ¡Que salga la araña, que salga!

Mientras, siguen oyéndose los gritos del que está fuera, diciendo:

—¡Que va a empezar, señores... va a dar principio la sesión, no se arrepentan, adelante...

Primero hay una sesión de linterna mágica. Sobre el escenario ponen una sábana, y apagan las luces del local, y se ve la ráfaga del aparato que proyecta sobre la sábana un círculo luminoso, y van desfilando figuras de movimiento.

—¡Contrabandistas entre la nieve! —grita la voz del que explica; y se ven las montañas, los árboles, las casas, un puente y las figuras de movimiento; unos burros, muy pequeñitos, que van entre la nieve. Detrás van unos hombres cargados con unos sacos y con trabucos al hombro.

—¡Choque de trenes! —Se ve el paisaje, los hilos del telégrafo, los túneles, la casa del guardavía con su bandera; luego, un tren con la máquina echando humo; pasan un puente, y se encuentran con otro tren, y chocan, cayendo la máquina y arrastrando a los vagones por el puente abajo. Ponen más vistas; después encienden la luz. El que va a hacer la explicación de la mujer araña es un chulo de muy pequeña estatura, con la cabeza muy gorda, de fren-



te saliente, cubierta con gorra negra; lleva un peinado de chuletas muy recortadas; tiene las cejas muy juntas y espesas, y tiene los morros afeitados, pañuelo de color rosa al cuello, pantalón abotinado y zapatillas.

Se descubre la cortina, y aparece la mujer araña. El marco del escenario está rodeado de pequeños espejos. Sobre el fondo morado, casi negro, se destaca el cuerpo en forma de un enorme corazón de bayeta roja, relleno, del que salen las patas, que se extienden arqueadas, y causa un efecto terrible ver destacarse, en medio del cuerpo, la cabeza de una mujer de una expresión tremenda, con su peinado de chula, muy ahuecado, muy bien hecho, con peinetas de colores y alfileres de cabeza de cristal. Tiene las cejas muy negras y pobladas; es morena, de ese moreno bronceado que hace manchas tostadas en el cuello, y los ojos tienen una mirada dura de ojos grandes, negros y brillantes, y aquella cabeza, apareciendo cortada por aquel cuerpo de araña mal imitado, es de una impresión trágica por la vida tan grande de aquella cabeza de mujer, dando la impresión completa de que estamos delante del fenómeno nunca visto de mujer araña.

El chulo, el dueño del fenómeno, le hace las siguientes preguntas:

—¿Cuántos años tiene usted, señorita?

—Veintiséis.

—Bien... ¿Dónde nació usted, señorita?

—En Madrid.

—¿Cuántos años lleva de araña?

—Catorce.

—Bien, señorita... Dígame, ¿sus padres eran de forma normal, como todas las personas?

—Sí, señor.

—Bien... ¿Cómo empezó usted a sentir esos fenó-



menos que la transformaron en mujer araña, señorita?

—Empecé a sentir dolores en las sienes y en las coyunturas de los huesos.

—Bien, señorita. ¿Y está usted, señorita, contenta con su estado?

—Sí, señor, bien.

—¿Come usted bien, señorita?

—Sí, señor; con mucho apetito.

—¿Creo que tiene usted, señorita, una voz muy bonita?

—Sí, señor.

—Bien, señorita. ¿Cuál es su labor más favorita?

—El encaje de bolillos.

—Bueno, señorita; despídase del público.

—Buenas noches, señores.

—Bien, señorita.



LOLA LA PEINADORA

Es esta una excursión larga que comienza en las Vistillas, sigue por Maravillas y acaba en el barrio de Lavapiés. Son las ocho de la mañana, la hora más bonita de Madrid. Las porteras, con el pañuelo anudado a la cabeza en forma de gorro, se disponen a hacer la limpieza; sacan el jergón, los orinales y la ropa de la cama, junto con la alfombra del portal, y la sacuden con una nube de polvo pastoso, que entra en los pulmones del primero que pasa en aquel momento. Sacan también latas de inmundicia, restos de comida putrefacta, pellejos de patatas, garbanzos, hojas de verdura, caracoles, potaje y salsas descompuestas, todo mezclado en el polvo de la basura.

De esta manera, con el pañuelo fuertemente atado a las sienas, la portera barre la escalera sin abrir las ventanas; se arremanga las faldas o se las mete entre las piernas, para que no le estorben; esto le da un gesto hombruno. A fuerza de zorrazos quita el polvo a las puertas y ventanas, baldea los retretes.

El vecino que baja embozado en su capa, que acaba de dejar el dulce calor del brasero familiar, se desconcierta un poco al bajar los últimos tramos de la escalera al reparar en aquellos tan diversos y repugnantes olores, y se tapa la nariz con el embozo, mientras que la portera, sin ningún pudor, con la falda en alto y las piernas abiertas, da, enardecida, fuertes zorrazos, levantando nubes de polvo y de microbios. Entretanto, los pacientes vecinos siguen bajando la escalera, con la cabeza baja, como agobiados por las impertinencias de la señora portera, para ir a sus ocupaciones.



Baja el señor tieso, de perilla, con su *makferland* desteñado por el tiempo, con el cuello levantado hasta las orejas. Del seno de la familia pasa a la oficina, donde se pone a trabajar en los expedientes.

Baja también la viuda guapetona del primer piso, que sale a misa para estar bien con Dios, y de paso, a hacer alguna conquista si se tercia; lleva la cara llena de colorete y de polvos; baja muy resuelta, con la falda arremangada, aprisionando fuertemente los muslos y descubriendo el principio de la pierna.

La cocinera de esta viuda es un fenómeno de gordura; desciende por la escalera lentamente, recogiendo la cola y levantándose la falda por delante para no resbalar, colocando los pies con mucho cuidado en los escalones, porque estrena zapatos nuevos; de uno de sus brazos cuelga la cesta de la compra, grande, pero que parece un juguete junto a su cuerpo. Esta cocinera, cuando habla, saca una voz inverosímil, ridícula, muy poca para tanta mujer.

La portera saluda a todos los vecinos a zorracos y escobazos, cantando con voz bronca el *Tango de la Pulga*, el de *los Lunares* y el de *¡Siempre pa atrás...; ya lo ve...rás!*

Al acabar su limpieza, sale a la calle y se pone a hablar con las demás porteras de los chismes de la vecindad.

—¡Hola, señora Melitona! —le dicen las otras, y ella contesta al saludo y charla por los codos, y gesticula y chismorrea constantemente.

La señora Melitona es la portera más campechana de la calle del Tribulete. Primero estuvo liada con un sargento de la Guardia Civil, y a la muerte de su difunto y paciente hombre, con un degollador de cerdos del matadero del Rastro, que murió consumido por los malos tratos de la socia; después, con un sereno, gallego, hombre muy bajito, pero cuadrado, recio y muy peludo, que se enamoró de las



buenas carnes de su Melitona, pues estaba todavía para él deseable, a pesar de su mal humor, de sus bruscas caricias y de su voz de aguador.

Ahora vive la *Bicha* amontonada con un cochero que tiene la cara y la nariz llenas de herpes, pero que tiene perras.

Un joven se para en el portal jugando con el bastón, y le pregunta a la señora Melitona si están Manolita y Rosarito.

—Sí —dice la portera con voz fuerte, que deja desconcertado al pollo—. Sí, esas señoras siempre están en casa.

Cuando el pollo se aleja, la señora Melitona exclama con tono desdeñoso:

—¿Habéis visto a ese que quería entrar, con el cuello y los pantalones subidos, ese sietemesino?

—¡Qué esmirriado está!

—¿Y quiénes son esas señoritas por quienes ha preguntao?

—Pues, ¿quiénes van a ser? Dos zorreros, dos vejstorios que llevan la cara llena de cal; ¡moño! ¡Vaya unas señoritas! No pasa día sin que se acuesten con algún hombre. Y luego, las muy marranas, las muy guarras, ¡remoño!, me ponen todo el patio de pelos que da asco. Se deben estar quedando calvas, y ¡Dios sabe de dónde será!

Se oye la alegre campanilla del carro de la basura. Los barrenderos se disponen a asear las calles de la corte. Con grandes palas van echando en las carretillas la boñiga de los caballos.

En las esquinas de la calle, junto a las tiendas de ultramarinos, hay puestos de café económicos y mostradores de tijera llenos de buñuelos, churros, bolas y aguardiente. Los cocheros toman el vaso de café desde el pescante, y luego arrean al caballo, que no puede con su alma. Los golfos, colilleros, que han pasado la noche debajo de algún banco,



arrimados en las vallas en un solar, en cuevas y desmontes, van a desayunarse y calentarse las tripas con un café de recuelo y un sorbo de aguardiente, en pequeñas copas de estaño. Los repartidores del periódico dejan las hojas impresas, húmedas, colgando sobre los pasamanos de la escalera. El tío que vende *El Cencerro*, grita con voz bronca:

—¡Hoy viene bueno *El Cencerro* con *Las Dominicales*! ¡*El Enano*, con la corrida de ayer! —Y agita luego un cencerro, que produce un sonido hueco y desagradable. A este grito siguen otros:

—¡¡¡Trapero... traperoooo!

La voz del trapero empieza cantando a media voz, como si quisiera que le oyesen desaparecer de una manera misteriosa, y acaba con gritos desgarradores, como si ahora quisiera que le oyesen todos los que necesitan pesetas, que él se las dará; es el ángel protector de los que no tienen un perro gordo.

—¡La botellera! ¡Se compran botellas y sifones!...

—¡La cangrejera! ¡Cangrejos vivos, y galápagos!...

—¡Baúl mundo se vende!...

—¡Jilguero macho se vende!...

Se oye el tintineo de los cencerros de las burras de leche, que salen al rayar el alba, y atraviesan las calles de la Villa y Corte. Pasan con unas mantas de rayas de vivos colores, guarnecidas de trencillas y borlones encarnados; a un lado tienen estas mantas bordadas en cañamazo las iniciales de su dueño. En la última burra va un mozo de cara de color de correa, con la boina echada por la cara; al cuello lleva anudado un pañuelo rojo, encima de la blusa azul claro, ribeteada de trencillas negras; va el mozo montado en las ancas, a estilo de gitano; en una mano agarra una larga vara con que las arrea. También pasa el caballejo peludo, con manchas amarillas, del vaquero, que va encorvado, arrebujado en su pesada manta de grandes rayas ne-



gras sobre fondo de tierra; tiene una cara de bruto terrible, y grandes morros; lleva pantalón de pana color blanco, faja encarnada y botas de becerro de suela doble y tachuelas gordas; a ambos lados de las piernas hay, atados de la montura, grandes cántaros llenos de leche, muy abollados por los golpes.

Detrás de estos lecheros caminan una guarnición de poceros, que pasaron la noche en claro. Son hombres recios, cuadrados, de bigotes como cepillos, rostro duro y fisonomía de facineroso. Embozados en sus mantas, con abrigos largos, forrados de bayeta encarnada. Y esta vestimenta les hace aparecer voluminosos; con botas enormes de suela de madera, ribeteadas con clavos, y contrafuerte de plomo, les hace que los pies aparezcan monstruosos; debajo del brazo, a modo de lanza puesta en ristre, de cuya punta cuelga un farol apagado; sobre sus espaldas llevan ruedas de maromas, escaleras de cuerda de tramos de madera. También, en una cincha a la cintura, herramientas, y un hierro de forma de arpón, con que se valen para destapar los pozos del alcantarillado y hacer las excavaciones, y estos hombres de mala catadura, que tienen las manos llenas de barro e inmundicia de las alcantarillas, se paran en un cafetín, y beben aguardiente y comen buñuelos y churros.

Llegan los carros de las traperas, y éstas buscan con ganchos y hurgan en la basura. Estos carros van tirados por borricos peludos, de un rubio rojizo azafranado, que marchan con las orejas tiesas, como si les gustase oír los ruidos de la calle.

Cuando los carros se hallan bien repletos, atestados de trapos sucios, de algodones y vendas llenas de sangre y pus de enfermedades asquerosas, de papeles, hojas de periódicos ilustrados, de toda clase de retratos de personajes más o menos ilustres que han servido en algún desmante o junto a la tapia



de un solar para que un pobre piojoso o algún golfo que haya sentido una necesidad imperiosa se haya limpiado con ellos. Con todas estas porquerías que recogen en la calle y que acarrean toda una familia, compuesta de seres raquíticos y hambrientos, el montón de basura se pone en marcha. Los niños van llenos de harapos, con la cara muy sucia y el pelo largo por encima de las orejas, llenas, atascadas de cerilla, y como han dormido poco, se quedan allí tendidos sobre toda aquella montaña blanda de porquería.

Circulan por las calles las gentes maleantes que han pasado la noche en los cafetines, y a la luz del día se ven sus rostros blancos como el papel, ajados, de viciosos; mujeres de mala vida, con grandes ojeras negras y recortadas por su penosa carrera.

Al acabar la calle, cuando vamos más distraídos, cae desde un balcón una bolita de pelo, después otra más grande y alguna vez un mechón.

¿Qué será esto? Miramos hacia arriba, y en un balcón se ve una cabeza de mujer de cartón, toda despintada y golpeada; el busto, de mimbre, lo tiene vestido con una chambra azul. Esta cabeza tiene pelo natural, que cuelga por los hombros enmarañado y sucio. Debajo de la cabeza, un cartel con letras grandes dice: «Lola, peinadora». En la planta baja también hay taller de peinado. A cada momento entran allí mujeres con mantón, muy garbosas, de los barrios de las Injurias, de la calle de Cabestros, con pañuelos a la cabeza y mantones peludos de felpa azules, negros o grises, con botas o zapatos muy escotados, taconeando fuerte, como sabe hacerlo la madrileña (la mujer que mejor anda). Las que van descubiertas lucen un peinado ancho, el moño bajo, cruzado por alfileres de cabeza de cristal, por peinetas de concha y guarniciones de piedras.

Algunas van acompañadas de su novio o querido;



van con la boina, pañuelo al cuello, embozados en la capa. Vienen estas parejas de haber pasado la noche en vela, en compañía; de haberse desayunado en un cafetín con churros, bolas y aguardiente.

Ellos las acompañan a peinarse, porque la mujer madrileña quiere estar siempre bien peinada.

En estos talleres se oyen las conversaciones más animadas. Los domingos se cierra el establecimiento, y se baila el agarrao al compás de un organillo.

La dueña del establecimiento invita a sus parroquianas a merendar, y en una mesa larga y estrecha, la mesa de la plancha, hay puestos en fila vasos de agua con azucarillos, y copas de aguardiente y bandejas de pasteles. Cuelgan del techo cadenetras de papeles de colores.

El papel de que está forrada la habitación es de un estrepitoso rojo, aumentado por un rameado de flores blancas. Por los balcones, abiertos, en los que hay hierros con varios tiestos de claveles, se ven unas cuantas sillas, maniqués para aprender a peinar y un sofá con un cobertor de crosé. Entreabierta una puerta con visillos, se ve la alcoba, con lazos azules. Entre un dosel de puntillas, se ve una cama muy alta.

Los demás días de la semana salen de allí estas chulonas peinadas a la perfección, con el pelo ahuecado por el crepé, brillantado por la bandolina, para mantenerlo tieso. Esta bandolina, que parece escupitajos, algo así como baba de caracol o de limaco. Al salir del peinador, se colocan el mantón algo terciado, y andan con paso garboso, taconeando fuerte, y las perdemos de vista en una callejuela, en la que unos golfos juegan al cané, a arrimar a la pared con tapas de caja de cerillas o a cara y cruz, y al toro, con una cabeza forrada de saco y cuernos naturales. Los ojos son de botones de americana. Un grupo de chicos, entre los que hay algu-



nos mayores, se pone en una esquina, y el que está metido en el saco se está muy quieto, arrimado a la pared, esperando que pase una mujer para tirarse al suelo y asustarla, verla las piernas y tocárselas, y empiezan a chillar a coro a los que pasan por allí y tienen cara de primo:

—¡Ahí va! ¡Ahí va!... El tío del gabán... Mírale... Mírale... Con el culo en la pared...

Y vemos alejarse a la Trini, la mujer de más trapío del barrio de Lavapiés; a la Patro, del barrio de Maravillas, la que se trae más cosas debajo de la falda; a la Encarna, de las Vistillas, la mujer que más hombres se lleva de calle; a la Amparo, de las Ventas, la mujer de más pupila que se pasea por la corte.



UNA ACADEMIA DE BAILE

EN la calle de la Cabeza tiene su academia de baile el maestro Dimas Topete, *El Sacatripas*. Voy a hacer una visita a Dimas; es lo primero que he pensado al llegar a Madrid, después de larga ausencia; voy a verle, a ver qué me cuenta de la coronada y muy heroica villa, como él llama a Madrid, con acento sonoro y expresivo, y cuántas jóvenes ha lanzado a la escena desde que no le veo, porque siempre ha tenido muchas discípulas, y él, con su gran talento, las enseña muy bien; de su academia salieron buenas danzadoras.

El señor Dimas es ya viejo. Fue uno de aquellos veteranos de la guerra de África; mató muchos moros, y cuando llegó a Madrid quedó con el apodo de *El Sacatripas*. Desde entonces, como buen madrileño, no quiere nunca salir de él, y cuando llega la fecha más gloriosa, como él dice, el 2 de Mayo, cambia su chaqueta corta de bailador por el traje de miliciano, y forma parte del cortejo que va a depositar coronas frente al monumento del obelisco, en el Prado, a rendir tributo a la memoria de los héroes de la libertad, Daoíz y Velarde.

El bueno del señor Dimas gusta mucho de estos títulos sencillos de las calles de Madrid, y se recrea diciéndolos en alta voz, tales como Tabernillas, Sombrerete, Esgrima, Carnero, Candil, Beatas, Calvario, Pasión, Espada, Quiñones, Caravaca, Cabeza, Canillas, Toro, Curtidores, Juanelo, Cuchilleros.

Pero, en cambio, le molestan y odia mucho las calles de nombres modernos y esas gentes que, por quitar lo pintoresco y antiguo, concluirían por poner el nombre de todos los botarates de España; daba



asco ya; se ponían por todos lados mamarrachos de estatuas de personajes en la política, en las ciencias y en las artes, que no tenían más mérito que el que debieron estar en galeras.

Me paro en la calle de la Cabeza, y me sale a recibir el propio *agüelo*.

—Usted por aquí, querido amigo; tanto tiempo sin vernos.

—Pues ya ve usted; aquí, dando lección a estas niñas.

El maestro está vestido con una chaquetilla corta de pana verde con alamares negros, camisa de cuello bajo, pantalón negro abotinado, con mucho brillo por detrás y rodilleras. Lleva zapatillas de torero; el pelo, blanco, lo tiene peinado con chuletas; habiendo perdido las facultades, conserva, sin embargo, cierta agilidad en los movimientos, a pesar de tener la espalda encorvada; su cabeza, vista por detrás, es muy redonda; el cuello, robusto, y espesas cejas negras; la boca, llena de arrugas y patas de gallo; la nariz, muy colorada, porque le gusta la manzanilla y el vino; de sus manos nunca se sueltan las castañuelas.

—Ya ven ustedes —dice—; uno ha nacido para estar siempre alegre como unas castañuelas; y es la verdad; en una academia de baile se le quitan las penas al más triste.

El salón es bastante grande; está dividido en dos por columnas, y separado por unas cortinas; las paredes están decoradas de pinturas que representan a unos bailarones, otras a un tocador de guitarra y un cantador de flamenco, y un grupo de gente de pueblo, paletos con la vara en la mano, sentados delante de unas mesas, tomando café. La otra sala está forrada de un papel de color chillón, de ramos rojos y amarillos. En el fondo de esta sala hay un piano y en la otra un organillo con funda de rayas



azules y blancas. Encima del piano hay un retrato, hecho al lápiz, del maestro cuando era pollo. Unos divanes de hule, todos pelados por algunos sitios; unas cuantas sillas de paja y algún banco cojo forman el moblaje de esta academia. En la pared cuelga una guitarra llena de cintas de colores, dos bandurrias, flautas y unas ocarinas.

—Bueno, vamos a ver, niñas, a continuar vuestra lección.

Don Dimas se sienta en una silla en medio del salón, tocando las castañuelas, que suenan como veinte en sus manos.

—¡A ver, niña, ese molinete más marcado; mueve más esa tripita con gracia! Así, niña, así.

La muchacha se arremanga la falda, se la ciñe mucho, marcándose los muslos, y empieza a mover el vientre, agachando y estirando el talle, y al final, dando una embestida.

En el otro salón da la lección su ayudante. Está en mangas de camisa, con una jareta en medio, chaleco claro muy apretado, pantalón de pana negro, muy viejo, abotinado, arremangado y añadido por debajo de percalina rosa. El pelo lo tiene muy recortado por detrás de las orejas. Pone muchas posturas; ya en jarras, ya se apoya en una de las columnas con las piernas cruzadas, echándose la americana al hombro. Cuando se fatiga de dar la lección, se echa el gandul indolentemente sobre los bancos de hule, y allí se revuelve, bostezando, fumando una colilla de puro que se ha guardado en el bolsillo del chaleco, y enciende una cerilla de caja de vagón en la suela de la alpargata o en la pata del banco, y escupe de lado, llenando la pared de gargajos, entreteniéndose en ver cómo se deslizan por la pared abajo, y va a echarles una hoja de lechuga a unos grillos que tiene en una jaula que



se hizo de corcho. Él tiene su manera de dar la clase:

—A ver, tú, chavala, cómo te marcas ese molinete, muy ceñido, y a ver, tú, si alivias de ahí, que estás estorbando a la señorita en sus movimientos; no te achantes, niña, anda, así... así... ¡que si-qué!; eso está bien hecho; no te pares de *súpito*; date dos *patás cortas*. ¡Ahora, eso resulta!... Pero quitar de ahí, so boceras, ¿no veis que la estáis azorando? No la dejáis moverse; quitar a un lado, si no queréis que os dé dos *patás*.

En el salón están las bailadoras y cantadoras *La Trinos, La Pacorra, La Torda, La Pelos, La Sereni*.

—Bueno —dice el chulo—; a levantar la pierna, a ver si os vais soltando de una vez.

En la pared hay señalada una raya bastante alta, y todas las que bailan se ensayan a levantar la pierna a toda la altura que pueden.

—¡Bueno, a ver tú, *La Pelos*, ven aquí, a ver si levantas más la pierna hoy que el otro día! ¡Ven aquí, mujer!

—No... no... hoy no puedo levantar la pierna, porque hay mucha gente en el salón.

—¡Pues vaya con la señorita remilgos!; ¿qué tiene que ver la gente para que levantes tú la pierna?

—¡Otra! ¿Lo quieres más claro, hombre? Que no traigo pantalones puestos... me los he dejado en casa.

—¡Ay qué guasa! *Pa* mí que te debías haber dejado también la enagua.

Dan de pronto un fuerte campanillazo, y entra una moza como de dieciocho años, muy esbelto y airoso el talle; viste traje de seda negro; por entre los volantes de la falda se ve el engarce del pie, encerrado en zapatitos de raso; su cara, de óvalo perfecto, se recorta por la mantilla de encaje. Carmen es sevillana, y venía de recorrer algunos pue-



blos de Andalucía, donde había bailado. Ahora viene a trabajar en Madrid; tiene una hermana que estaba de cupletista en Haro.

La joven entró con su criada, que llevaba un lío de ropa, en el cuarto de vestir. Al poco rato sale en traje de escena, con una mano en el sombrero cordobés, echado por la cara. Su chaquetilla es de terciopelo azul con caireles. Todas las bailadoras formaron corro para verla bailar; se trataba de una maestra, y era grande la curiosidad. La sevillana golpeó el suelo con los tacones, moviendo los brazos airosos y sonando los dedos.

Empezó un baile digno de ser presenciado por los mejores bailarines de Jerez, Córdoba y Utrera, los de las Ventas de Macarena, Tomares, Rocío, y hubieran visto canela fina, cosa de *chipén*. Los brazos mórvidos, la línea soberbia de los muslos y el vientre plano se quebraban en la falda, marcando unas redondeces y unas entradas que daban gloria. El pecho, alto y firme, se estremecía en los giros de la gentil danzadora; en los trenzados y en los sacudidos, el vientre se movía con sus correspondientes temblores, estremecimientos, parándose a veces de pronto, y abandonando los trazos y el talle con desmayo. La moza sudaba; pero, sin rendirse, va a bailar un bolero; ciñó a su cuerpo una capa de torero, que luego, después de hacer el saludo, deja. Luego hace con los brazos los ademanes de poner banderillas, y, tirando el sombrero al suelo, se tira a matar, dando una embestida con el cuerpo, y saliendo a bastantes pasos, muy agachada, sonando los dedos y retorciéndose en contorsiones; con la agitación de los movimientos y la bravura de su baile, saltan las peinetas y se destrenza su pelo por los hombros.

—¡Eso, así es como se baila —decía el viejo maestro, entusiasmado, temblando de emoción—. Dame



un abrazo —rodeándola con sus brazos su talle y acercando su cara a la de Carmen—. Esto merece celebrarse con unas botellas de manzanilla y unas rajas de salchichón —y llenando la copa—: Bebe tú primero en mi copa, que bien te lo mereces; tienes unas hechuras y una planta que es un tesoro.

Carmen se lleva la copa a los labios, que apura. Don Dimas luego corre la ronda. Su ayudante, *Siete cabezas*, bebió su copa, dejando cortinas, lo mismo que *El Pardillo* y *El Listones*, organilleros de los centros de pianos propiedad de *El Cañero*.

Entran en el salón *El Rondeño*, *El Pintado* y *El Felpudo*, que tolean en Tetuán y en la Plaza del Puente de Vallecas. El picador *Cacheta* trae pelliza color café con guarniciones de astracán, sombrero ancho, pañuelo al cuello y botas de becerro, pantalones abotinados y bastón grueso con puño de cuerno. Los demás, capas azules y verdes con tren-cillas, gorras y pañuelo. Saludan a los señores y señoras de la reunión. Hablan del crimen de la calle del Calvario y el suicidio del criminal, Tiburcio Zarzuelo *El Hojalata*. Refieren el caso de cuando le comió la nariz de un mordisco a su amiga. Media hora después de cometido el crimen estuvo en un cafetín, cerca del Rastro, con la cabeza al aire, porque en la lucha perdió la gorra. La Policía buscaba los rastros del criminal, hasta que el cabo Cobos, comandante del puesto de la Guardia Civil de Nueva Numancia (Puente de Vallecas), patrullando con la pareja a sus órdenes, se vieron sorprendidos por un resplandor, seguido de un golpe extraño. A esto siguió una busca para aclarar el misterioso suceso. Se dirigieron al puente de Hierro; por allí pasa la línea eléctrica de la Compañía Madrileña de Gasificación, y hay allí columnas de hierros cruzados que sostienen muchos cables. En una prominencia del terreno hay enclavada una de estas



torres, y por ella trepó el criminal, buscando la muerte, subiendo hasta llegar a la altura de los cables, apoyando los pies en los cruces de los hierros; debió asirse a los cables con entrambas manos, cayendo muerto al suelo, despedido por una terrible sacudida eléctrica; su cadáver tenía las manos carbonizadas, dejando los huesos descubiertos; también tenía quemadas algunas partes de su cuerpo, encontrándose un pie partido junto a la columna. Vestía pelliza de color, pantalón de pana y zapatillas de orillo. La muerte fue por electrocución. En el poste hay un letrero que dice:

¡No tocar!
Peligro de muerte.

Debajo hay pintada una calavera. El pueblo cercano de Villaverde quedó a oscuras con el chispazo que le mató. Y lo que fue curioso, dicen, es que, al ver un furgón que iba al depósito, la gente que había allí amontonada, gritó: ¡muera el asesino!, y a los gritos de vamos a lyncharle!, tuvieron que intervenir unas parejas de la Guardia Civil, porque en el furgón no iba *El Hojalata*; llevaban el cadáver descompuesto de un pobre tísico. En el Depósito judicial entró su hermana a verle, y delante del cadáver, después de secarse las lágrimas, pronunció esta enérgica frase: «¡Valiente! ¡Valiente! Así debieran ser todos los hombres.»

El Pintado y *El Felpudo* discuten acerca del crimen. Al *Cacheta* le parece que *El Hojalata* era una fiera, y que con hombres así se podría hacer algo en España; al *Pardillo* lo que le produjo más risa del crimen, dice que fue lo del mordisco que dio a la socia en la nariz, que debió ir apañada a su casa.

Siete-Cabezas dice que *El Hojalata* era un hombre



de muchos hígados, y si no, lo demostró con el suicidio que se trajo.

Y Don Dimas dice que al *Hojalata* lo hubiera partido a cachos y en una espuerta echado a los perros.



LOS PÁJAROS FRITOS

LA tarde estaba desabrida, fastidiosa; llovía insistentemente, y parecía que no iba a acabar de caer agua del cielo, blanco, cruzado por negros nubarrones. No hacían más que pasar coches, tranvías y tartanas, en desordenada carrera, que volvían de la Plaza de Toros, pues se tuvo que suspender la corrida. Pasaban, con estruendo, pesados ómnibus tirados por cuatro caballos y el de cabecera, no viéndoseles más que las orejas, tapadas las cabezas por borlas y cascabeles. Estos coches iban llenos de gente malhumorada, dando gritos desaforados, y pataleando sobre el techo del coche. Algunos paraguas cobijaban seis o siete personas debajo. Este público de los toros va siempre vociferando, dispuesto a armar bronca, a chillar a coro, ya desde el tendido o desde el asiento de un tranvía. Por el paseo de Aragón pasaban coches de muerto, atravesando Pardiñas y las Ventas para ir al Este; coches derrengados, pintados de un barniz brillante con cenefa de un amarillo chillón, retocado con purpurina, llevando al ataúd formado de cuatro tablas, como los baúles que venden en el Rastro, forrado de paño negro mate, y ribeteada la caja de muerto con tachuelas doradas y una cruz enorme de color de tierra. Arrastran el coche de difunto dos viejos caballos blancos, con dientes enormes amarillos, temblando y hociqueando, con el cuello, largo, desprendido de aquel armazón de huesos, acariciando con las narices el piso fangoso, húmedo, lleno de charcas, turbias de cieno. El cochero, metido en un levitón negro, parecía un difunto, con la enorme chistera despeinada, maltratada, metida hasta las orejas, con la quijada



colgante y la espalda encorvada por los años en forma de arco, golpeando constantemente con el látigo en las costillas de aquellas dos bestias.

A cada momento, todos los días pasan por estos sitios coches de muerto, que van a dar con los huesos y la carne al pudridero del Este. Mezclándose con los simones que van a los merenderos y bailes de las Ventas, con los gritos del gentío, los trallazos de los cocheros y las blasfemias de los vivos.

En una tienda de ultramarinos de la cuesta de las Ventas había un carro muy grande con un toldo negro. De las lanzas tiraban cinco robustas mulas, en fila; habían calzado el carro, repleto de pellejos de aceite, y los pellejeros, unos con blusas, otros en mangas de camisa, sujetos los brazos por unas correas, lo mismo que en las piernas, a la altura de la rodilla, están descargando los pellejos, echándose hacia adelante el cuerpo, cargándolos en la cadera, en la que llevan una piel de carnero negro.

En la puerta de la tienda, el dueño, con blusa y zapatillas, con un lápiz detrás de la oreja y un cuaderno en la mano, hace apuntaciones mientras que pesaban los pellejos de aceite, poniéndose dos pellejeros, uno enfrente del otro, sujetando encima de los hombros la báscula, mientras que el medidor, con un tubo de vidrio en la mano, lleno de aceite, mirábalo al trasluz.

En una taberna de al lado, la de Román González, tienen puestas, fuera de la tienda, unas cuantas mesas de maderas enclavadas en el piso; juegan a la rana unos cuantos pellejeros, y beben sendos tragos de vino de los frascos cuadrados, y parten con las navajas de muelles rebanadas de un pan muy grande y trozos de cecina y longaniza, con la colilla pegada a la lengua, y un grupo, que acaba de descargar pellejos de vino en una taberna de al lado, apura unos quince de vino y se limpia el sudor de la



frente con las gruesas manos de robustas muñecas, y con un pañuelo de hierbas el sudor de los peludos pechos, y se dejan la manta del hombro, gruesa, de grandes rayas de colores, encima de los bancos de la taberna, salían con sus gorras o boinas negras, la camisa de color, de cuello flojo, chaquetas ribeteadas de trencilla negra, pantalones de pana, faja gruesa negra, fuerte cadena con dije de plata, botas de becerro de suela gorda con clavos, y los pantalones subidos por unas correas atadas a las rodillas, viéndoseles los calcetines, de lana gorda, encarnados o azules, y alpargatas blancas muy sudadas, hombres de caras negras, de cuellos robustos, de toro, y mucha fuerza, sobre todo en los riñones, en los que sostienen pesos enormes. Este grupo se puso a jugar al chito y a la barra en un cobertizo del merendero de Román, en los que destacaban en las paredes blancas, de cal, una ventana, cubiertos sus cristales por cortinillas rojas, lo mismo que una puerta; otra ventana estaba llena de cazuelas de guisos: fuentes de alubias, platos de callos y caracoles, platos de longaniza cubierta por arroz, latas de sardinas de tomate, chuletas atravesadas por un hueso para cogerlas en la mano y comerlas; todos estos guisos, atrasados de un día para otro; había algunas de estas fuentes que llevaban en la ventana-escaparate una o dos semanas, y nadaban en una salsa negra que se había quedado sólida y había que cortarla con un cuchillo. De algo lejos, esta ventana, encerrada en un marco verde, daba la impresión de un cuadro de bodegón; parecía que todas aquellas cazuelas, aquellos guisos, los chorizos y los tomates estaban pintados y no eran reales, por lo velados que estaban los cristales de polvo; pero se convenía uno que no estaban pintados cuando, de vez en cuando, salía una vieja bigotuda, vestida de negro, asomaba la calva cabeza por encima de las cazue-



las, y posaba una botella corta y redonda encima de las alubias, encima de los callos y en el jamón y cecina, y en la botella rechoncha iban entrando, a golpes, pelotones de moscas de que estaban llenas las cazuelas, y las inocentes moscas iban entrando en el lazo que aquella vieja bruja les tendía, y nadaban, borrachas, en el mar de vino y jabón que contenía la botella, y entonces la bruja de negro retiraba su calva cabeza de la ventana y el cepo. Después salió un hombre flaco, zanquilargo, con mucha nuez, a regar el piso; bebía un buche de agua, y lo arrojaba por la boca, a pequeños golpes, como una regadera, y después tomaba otro buche y hacía la misma operación, con un movimiento ascendente y descendente de la nuez, que bajaba y subía como una bomba de achicar agua, y cuando regó bien el piso, el zanquilargo se metió dentro tan misteriosamente como había salido.

Después salió un chico de la taberna, un gordinflas con una cara abultada y grasienta, como una vejiga, de labios abultados de cochinillo; estaba en mangas de camisa, de color, con un mandil de un verde profundo de rayas negras. Este niño de manteca, delante de una mesa baja, sentadas en un taburete alto las posaderas, puesto delante de un barreño, con los brazos mofletudos arremangados, en sus gruesas muñecas grasientas tiene atadas unas correas a modo de muñequeras.

El niño de la manteca se entretiene en ir pelando unos pájaros, y el muy *jilí*, el marrajo, les deja sólo unas cuantas plumas en la cola; lo demás, bien peladito, y se ríe de la gracia, abriendo mucho las quijadas, con una risa de salvaje, y los abre en canal; con la punta de la tijera los saca las tripas y se las tira al perro; luego va echando, mientras que los va contando, los pájaros en el barreño para ser fritos. Y así, de esta manera, sin plumas, pelados



completamente, con el cuerpo rosado, azulado, ¡qué graciosos aparecen!

Pero, ¿y fritos?

Fritos aparecen tan graciosamente ridículos, tan grotescos como los esqueletos de las tablas de los siglos XIII y XV y en las bárbaras tablas de Castilla, en los retablos y sillerías del coro de las viejas catedrales. En los exvotos macabros de cera que se amontonan, sujetos por cintas de seda de colores desteñidos, alrededor de los milagrosos Cristos españoles que les crece el pelo y las uñas: el de Burgos, el de Santiago de Galicia, el de El Pardo y otros tantos. Hojeando la crónica de Nüremberg, he visto un grabado en madera

*Septima etas mudi
Emago mortis.*

Representa unos esqueletos que salen de sus tumbas y bailan una danza que les suenan todos los huesos, se desternillan de risa, y los pocos pelos que conservan se levantan al aire; uno toca un serpentón de pistón.

Y en la tabla *El triunfo de la muerte*, de Pieter Brueghel el viejo, me ha parecido ver esta semejanza con los pájaros fritos en el carro lleno de calaveras y esqueletos, arrastrado por un penco amarillo y enfermo, lleno de vendas, en el que va montado un esqueleto con un farol en la mano, y, sobre el montón de calaveras, un esqueleto sentado toca una caja de música; por entre las ruedas se ven piernas y brazos tronchados, gargantas y cráneos aplastados.





Biblioteca Virtual

COMISIÓN DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

ROMERÍA DE SAN ANTONIO DE LA FLORIDA

DESDE la estación del Norte empieza ya la feria y los puestos de flores en sitios cercados por tablas. Hay filas de tiestos de claveles y de geranios iluminados por mecheros, y grupos de botijos de forma de gallo, con la cresta pintada de colorado. Puestos ambulantes de refrescos, vendedores de mojama, de cacahuets. Otros fijos de telas blancas con adornos de puntilla, grandes pilas de avellanas y nueces, barracas con caricaturas de barro de personajes de la política, juguetes para niños, caballos de cartón, tambores pintados de colores de papel ordinario de cocina, escopetas de fulminante, pistolas de taco, muñecas bien vestidas, otras más ordinarias, de cartón, las peponas, con una camisa por traje y los zapatos y calcetines, ojos y cejas pintados en el cartón. Al lado de la ermita de San Antonio de la Florida hay muchos columpios y el «Tío Vivo», con caballos de cartón, que arrastran un cajón forrado de trapo encarnado.

Del techo bajan cortinas del mismo color, que cubren los coches. En el centro hace mover el «Tío Vivo» un caballo viejo con los ojos vendados. Cerca, en una tarima colocada en el piso, un hombre triste y silencioso toca un viejo piano. Alrededor del «Tío Vivo» una masa negra de gente ve dar vueltas a los caballos de cartón, con las patas levantadas, como si galoparan, y las narices hinchadas.

De las calderas donde fríen los churros sale un humo denso, que se funde en el cielo negro, del cual se recorta la silueta blanca de la ermita. Las rodean una fila de barracones. Hay un tiro con escopeta de perdigones. Ponen una gallina atada con una cuerda



colgando de una pata; se destaca de un fondo de paño negro, y a poca distancia tiran a darla.

Suena el disparo, da el cuerpo una sacudida y tuerce la cabeza sobre el cuerpo que cuelga, muriendo asesinada. También ponen unos pichones sobre cajones, con las alas cortadas, o una codorniz, y dando un salto y una voltereta, mueren víctimas de un disparo a quemarropa. Una nubecilla de humo, olor de pólvora y nueva víctima. Al lado está la barraca del Pim, pam, pum; muñecos de trapo, rellenos de salvado, con un camisón blanco.

Uno es un fraile. El hábito es de tela de sacco, está muy gordo y la tripa la tiene rellena de trapos. En su cintura tiene un rosario de cuentas gordas y una cruz. También hay monjas con tocas muy tiesas, por cola de carpintero. Uno de los muñecos es el general Azcárraga, con el casco de cartón, de plumas de plumero ordinario. Un grupo de negros con la cara azulada y camisones de rayas blancas y rojas. El cabecilla Maceo, con su sombrero de jipijapa, y Máximo Gómez, y al lado el comandante Cirujeda.

Muñecos con un parche negro en un ojo y con una venda en la cabeza con sangre pintada. En este barracón hay un cartel que dice:

«Tirad a los muñecos.»

Y los golfos, de cara negra, con el pelo por encima de las orejas, con la capa caída por los hombros, uno, como un enano, con la nariz larga y torcida, con un hombro más bajo que otro, con chepa por el pecho, las botas grandes, de trapero o de munición, con la mano metida en el bolsillo de la americana, sonándose fuerte. En este grupo hay un tonto mudo con cara de viejo. Del bolsillo de la americana le cuelga un pañuelo mugriento de hierbas, y cada vez que tira a los muñecos dice: «¡Oño, oño!»



La gente, que se apiña en la cerca de la barraca, pide hacer blanco, y por diez céntimos les dan una docena de bolas de trapo y tiran con fuerza a los fantoches, dándoles un pelotazo en la cara o en el pecho, cayendo de espaldas con una sacudida violenta, doblados por la cintura.

Algunos tiran con saña a los personajes que tienen más rabia. Hay gran predilección por tirar los monigotes de Maura, La Cierva, Romanones, Weyler, etc.

Al dar a Maura en la barriga, cae, llevando también de paso a un fraile que está a su lado. Otro, dice: «Voy a tirar al obispo de Jaca, a ver si le escacharro la nariz.» Y tira con gran rabia, mientras que el monigote da con fuerza un fuerte golpe con la cabeza y se le salta un cacho de cráneo, viéndosele el cartón de los sesos. Otro señala con la bola de trapo a Polavieja, que tiene un ojo tapado por un parche negro. «Voy a ver si le salto el otro ojo.» Y tira con más coraje que nunca; pero, en vez de dar a la vieja, da en la calabaza del padre Nozaleda, separándosela del tronco, por la que empieza a salir serrín y trapos. El cuerpo panzudo da una voltereta con estruendo. El tonto, limpiándose la baba con el pañuelo, dando alaridos de contento, murmura: ¡Hum, hum! ¡Oño, oño!...

Y el que ha hecho en tan poco tiempo tan buenos y certeros disparos, grita, satisfecho, viendo todos los muñecos caídos y maltrechos: ¡Leñe, os reventé!

En el otro departamento está el tiro de pistola y escopeta. Figuras de latón pintado. De tiro más difícil, la batería del Portillo. Agustina de Aragón tirando contra los soldados franceses. Dan en un punto negro en la mano de la heroína, y se dispara el cañón. Un zapatero remendón y un carpintero; y, de vez en cuando, los tiradores aciertan en los blancos, y con estrépito, al dar en los resortes, empiezan a



moverse los muñecos con chirrido. El zapatero mueve la lezna, el carpintero mueve la garlopa y saca virutas de un tablón que tiene en el banco de trabajar. Hay también un aparato de alambre, que da vueltas constantemente, con unos huevos pintados de encarnado o de negro, y a cada momento caen deshechos por los disparos, siendo renovados por otros nuevos. El hombre que ha tirado, grita:

—Esto es lo que hacía falta en España: barrer y renovar.

—¿Qué dice, hombre? Está usted loco. Primero ha insultado a los muñecos y ahora se mete con los huevos.

—Nada, amigo, nada, que voy a dejarle en paz con su tinglado de farsantes. En España las verdades amargan.

Para oír a aquel hombre se ha formado un corro de gente, que comenta su conversación.

—Era un hombre terrible —dice el dueño del tiro—; ¡vaya un tirador! Si fuera verdad lo que ha dicho, menudo tío; pero eso será de boquilla, nada más que de boca.

La gente sigue tirando a los muñecos; los golfos tiran con las bolas, cagándose en todos ellos; y ahora cae uno, ahora cae otro, y vuelven a levantarse, y vuelven a caer.



EL ENTIERRO DE LA SARDINA

YA se acaban las Carnestolendas. Hoy es el último día y hay que aprovecharlo bien. Por la mañana os habrán puesto la ceniza en la frente para que os acordéis que no somos más que polvo y que en él nos hemos de convertir.

Memento homo quia pulvis es, et in pulverem reverteris.

Tampoco probaréis carne, despediros de ella, porque habéis entrado en la Cuaresma. Catarás boquerones, truchas, arenques y sardinas, buen besugo; pero carne, esa no... aunque, riete. Si te disfrazas, todo está permitido, y quién ha de notar si te has comido medio cabrito más o menos o trasegaras buenos tragos de vino entre pecho y espalda. Buenas tajadas de chorizo morderás a escondidas, entre trago y trago, si te disfrazas de máscara; lo harás dentro de tus mangas anchas de fraile, de tu hábito de saco con un rosario de patatas a la cintura y la faltriquera apedreada de chorizos y mendrugos y un queso manchego, y tu bota de buen morapio; pero debajo de la careta de trapo, llena de yeso y pintarrajeada, cuando comas carne a hurtadillas para que no te carguen el santo de hereje, y tú harás bien el papel de santurrón e hipócrita.

¡Miércoles de Ceniza! Madrid está preparado. De las Ventas van a acudir algunos pellejeros, y los vecinos, tristes de ver pasar tantos y tantos entierros al Este, quieren salir de sus sobrados y tiendas, quieren dar la cara al aire de la mañana radiante y clara del miércoles. También piensan dar sus estampas los vecinos de los pueblos de Barajas, Chinchón, Valdepeñas, Canillejas y Navalcarnero. Seguro es que, aunque estén cansados y amodorrados, y



no hayan descansado de la semana de trabajo, de las noches pasadas entre dos luces, entre copa y copa, trabajando, no han de faltar de ir al Canal. Los carpinteros se darán prisa la víspera con la azuela y la garlopa, y trabajarán como dos para cobrar una pesetilla más y prepararse para celebrar el día con el programa de antemano hecho en la reunión del taller, entre virutas y obras encoladas y adelantadas a fuerza de puños.

Todos los socios de la Agrupación, el miércoles de Ceniza han de llevar lo primero la bota o gato a la cintura, sin remilgo de utilizar un cuerno y todo lo que tenga cabida de morapio, ya sea una aceitera o demás enseres domésticos. Todos saldréis por la mañana temprano de los barrios, y buscaréis a los taberneros para llenar vuestras botas. De los barriles de arenques tomaréis, envueltos en papel de estraza, unas docenas de éstos.

Todos os reconoceréis hermanos de la misma cristiandad y acataréis como al cofrade mayor a Baco, y su hija putativa a la sardina. En el entierro llevad orden y que no se diga de vosotros que no bebéis buenos tragos.

Ya encontraréis a vuestro paso el corto y simpático vecindario de Tetuán, de Vallecas, de Getafe. Ellos tienen por Carnaval la mascarada del pueblo; pero tenéis que ponerlos la ceniza en la cabeza, grotesca y pobre diversión comparada a la de la corte, y eso que algunos se divierten en silencio, vestidos de niños de pecho, montados en criadas, y revolcándose por el suelo y manoseándose.

Todos estamos conformes, y con la cabeza baja acatamos al vino y a la sardina que vamos a enterrar. Estamos prontos a ponernos en marcha.

Bailando montados en escobas, palmoteando y andando hacia atrás, con palos, estacas y escobones, con jaulas y sacos llenos de bacaladas y tiras de lon-



ganiza; algunos, con vejigas que dan en la cara a la gente, se abren paso.

Siguen sus pasos otros tantos grupos numerosos con las más variadas cataduras y disfraces, uno con un embudo de petróleo en la cabeza, una aceitera en la cintura, cuál con ropilla de cura blanca y misales en la mano, otros, andando a gatas, con los pies zambos y las manos torcidas hacia adentro; otros, haciéndose los cojos y baldados, paralíticos y tullidos, e imitando a los animales; bramaba uno como un toro, otro imitaba el gallo, el rebuzno de un asno, el cacareo de una gallina, el bufido de un buey, y llevaban cabezas postizas de cartón de estos animales, muy contentos y alborozados de sus disfraces.

Unos iban de penitentes, con las cabezas bajas, otros de ajusticiados, de condenados a garrote, con un cucurucho de paja y papel pintarrajeado, un cartel en el pecho y las manos atadas, montados en un pollino viejo de matadero. Les seguían grupos de chiquillos y de gente con careta, con los puños cerrados y amenazándoles; cuando se veían perseguidos de los chicos y molestados, sacaban un palo en el que llevaban atadas unas vejigas y las sacudían sobre sus cabezas y espaldas; pero los granujas pinchaban con alfileres a los pollinos en las ancas, y, soltando un par de coces, echaban a correr a campo traviesa con las pocas fuerzas que les quedaban, haciendo de tripas corazón, como alma que lleva el diablo, y era de ver cómo dando tumbos parecían los jinetes peleles, con el cucurucho torcido por el hombro y agarrándose al cuello y con las piernas apretando los ijares, y a unos cuantos corcovones daban con su amo en tierra, saliendo despedido por las orejas, dando el salto del carnero.

En esto, se abrían paso unos mascarones de extraña catadura, tocando trompetas que sonaban hueca-



mente a cartón, y armando un estruendo infernal de almireces, sartenazos y cencerros. Sostenido a hombros, en unas andas, llevaban un ataúd muy pequeño, con unos trapos blancos, a manera de sudario, y el cuerpo de la sardina, difunta; rodeaban las andas hasta una docena de frailes motilonos, con hábitos todos de tela de saco y las manos metidas en las mangas, y los pies descalzos, con un cortezón de porquería; los ojos, bajos; con grandes barbas postizas, y a la cintura, pesados rosarios, canturreando salmodias y fúnebres gori gori; marchaba a la cabeza la muerte, con un sudario y una calavera amarilla, de cartón; en las mandíbulas tenía pegada una barba de cabra; llevaba en la mano un estandarte con unos esqueletos pintados y unas calaveras de papel recortado y pegado en un paño negro; ataba a la cintura un rosario de colmillos de caballo, amarillos y picudos; y de vez en cuando sacaba del pecho un cuerno que producía un sonido cabruno, lúgubre, que infundía pavor; y entonces, todo el cortejo se paraba y permanecía en silencio. Nada más se sentía que los palos de las andas y el crujir de todo aquel armatoste desvencijado. Luego volvía otra vez a ponerse en marcha, y seguían con su canto endemoniado, soltando palabras obscenas a cada comparación que hacían con los santos. Seguían a éstos unos cuantos, vestidos de blanco, con calaveras de papel, recortadas y pegadas al pecho, con cencerros, y escobas y orinales colgando de las cinturas, metiendo un gran ruido, dándose pescozones y haciendo muecas y contorsiones. Uno hacía de parida, y se le veía por debajo de la careta la barba, azulada y crecida de una semana. Imitaban mujeres embarazadas, con tripa de trapos, moviendo el vientre, agarrándose con las manos.

Impúdicamente, por bajo de las sayas, con pantalones de mujer, enseñaban y se tocaban las posa-



deras; llevaban en los brazos un niño de trapo, entre bayetas y pañales, e imitaban su lloro; y era de ver que los que iban vestidos de mujeres e imitaban sus movimientos, denotaban en sus zapatillas de baile y en los calcetines, que eran maricones de las mancebías.

En el Rastro hay gran animación. Grupos que se aglomeran en la Ronda de Embajadores, en una mezcla de haraposas y callejeras máscaras que corren en todos sentidos, con garrotes y escobas, que brotan de todas las calles y de las tabernas y tiendas de ultramarinos, se dirigían al Canal.

Pasan por los árboles secos y pobres del paseo de las Delicias. Cientos y cientos de máscaras horriguean como una masa de trapos de diversos colores que serpentean por entre las acacias.

A lo lejos se ve la vista de Madrid. En el cielo, claro y diáfano, se recorta la cúpula de San Francisco el Grande. A su frente mira el cementerio blanco.

Ya en el Canal, lleno de árboles frondosos, de troncos gruesos y viejos, una pradera, sembrada de suave y largo césped, cruzada por un raquíptico río donde lavan la ropa los pobres, se aglomera la gente, disfrazada, de todos los barrios de Madrid.

Al «Tío del higuí», subido en unos zancos, le rodea un corro de chicos con la boca abierta para comer el higo y va andando deprisa y a zancadas, con la caña en alto, poniendo el cepo a la altura de sus bocas. Cuando lo van a mascar da un golpe en la caña con una vara y la hace cambiar de dirección.

En el corro bailan unos mamarrachos con camisas de mujer, levantándose las sayas, dando gritos y saliendo corriendo unos detrás de otros medio borrachos. Por todos lados se organizan corros de bailes tocando castañuelas y guitarras y gritos y carcajadas, voces desgarradas y estridentes. Los carrmatos



van llenos de pellejos de vino y mesas con meriendas, tortillas, barriles de escabeche, huevos cocidos, callos y caracoles. Un hombre entre un grupo, gordo, vestido de criada con un pañuelo a la cabeza, tendido boca arriba mirando al cielo, con una torta de pan y una tortilla y chorizos, tiene en la mano un arenque y dice al mísero pez: «te veo como garbanzo en boca de quinto», y trasiega el mosto de su bota, siempre mirando al cielo. Se revolvían por el suelo buscando pendencia. Uno era apuñeteado porque asiendo un pollo entero de la cazuela, no quería dar a probar a los demás y le decía el que le aporreaba: «sábete, hijo de puta, que si bien apaleado vas, buenas tajadas en cambio tragas; que tú y yo hemos probado esta mañana la ceniza y nos hemos de convertir en montón de tierra y por eso que nos hemos de tirar hoy a las mejores faldas y trataremos y contentaremos lo mismo a la alcahueta y bruja, que a la moza más remilgada y honesta, porque todas confundidas no las vamos a distinguir y tendremos que hacer de tripas estómago, pues, aunque el tocino esté rancio, dícese que el bacalao cuanto más viejo mejor y que la mujer que dice es virtuosa, suele ser más tirada y falsa que una mula manchega.

Mientras unas y otras cosas, todas varias y curiosas, ocurren en los diferentes grupos, ha llegado el momento solemne de dar entierro a la sardina.

Y allá va la masa, el hormiguero de comparsas, a enterrar la sardina en las orillas del río. Es de ver cómo se acurrucan los frailes y rezan una monserga de cánticos de todos los idiomas del mundo, inventados y no estudiados en ninguna gramática, y allí queda enterrada la sardina en la huesa común que la ha de inmortalizar y hacer revivir en todas las épocas, en todas las edades. Nunca el polvo ruin que se empeña en velar y quiere hacer desaparecer la



tradición con el olvido, ha de borrar tu pobre hoyo y humilde tumba.

¡Pobre y modesto pececillo! Todos derramaremos lágrimas a la cabecera de tu lecho y conservaremos siempre en la memoria el recuerdo perdurable de tu mísero cuerpo, la historia de tus desventuras, las amarguras, torturas y dolores que has pasado desde que saliste de la mar para salarte y encerrarte prensada en los barriles de las tiendas de ultramarinos, de horteras poquiteros, Román, Chisco y Dámaso.

¡Ahí te quedas sobre tu tumba! Los canallas bailan, beben y se emborrachan, mantean a un pelele tan infeliz como tú, que han tenido la víspera toda la noche atado entre dos balcones colgando y balanceándose en medio de la calle y riéndose toda la gente de él, vestido con largo levitón y sombrero de copa encontrado en la calle. En la cabeza, de trapo blanco, tiene pintarrajeada la cara, la cabeza cubierta por un pañuelo negro atado. Monigote que te ponen clavado con los brazos en cruz y con una escoba al hombro encima de un montón de heno entre los sembrados para asustar a los pájaros, ahora te mantean y gritan:

Pelele, pelele,
tu madre te quiere,
nosotros también,
al aire con él.

Y ya anochecido resuenan los gritos de gente tirada por el suelo en la más descompuesta borrachera; el ladrido de los perros hambrientos, que se sacian con los restos de las meriendas.

Se ven las masas negras de gente que corren ahullando, jurando y blasfemando, saltando por entre las hogueras, que iluminan sus caras congestionadas por el vino.



Desciende todo el cortejo; la imponente comitiva por el Puente de Toledo entre el cascabeleo de las bestias que tiran de tartanas y diligencias llenas de gente, quedándose atrás los pesados carromatos que vuelven con los pellejos exhaustos de haber deramado la alegría y también de haber contribuido a las reyertas y a las encarnizadas pendencias a garrotazos y bárbaros duelos a navaja.

Toda la chusma vuelve hacia Madrid e invade la Cabecera del Rastro y las calles vecinas a los portillos de la Ronda.

Cuando amanezca mañana, claro y hermoso día, se asomarán a mirar por las rejillas del depósito de cadáveres un grupo de curiosos. Alguno preguntará anhelante, y entrará descubierto, mirando, con el corazón oprimido, las mesas de los cadáveres expuestos, encontrando al que buscaba. Con traje de trapo lleno de manchas de vino y sangre, la boca, negra, abierta, las manos crispadas y el pelo pegado a las sienes, duro y espeso, por la sangre seca, vestido de mamarracho, y en el cinto la bota de vino extenuada, tocando pared con pared, como perro hambriento.



MÁSCARAS HUMILDES

SIN embargo, queda otro Carnaval más silencioso, más sencillo si cabe. Es el de esos chiquillos de las porterías, con caretas en que dominan preferentemente las de cara de gato, perro o mono, con sus trajes andrajosos o vestidos de diablillos, ya verdes o rojos, hechos del percal más barato, y con su gran rabo, del que se muestran ufanos, y que les sirve al mismo tiempo para repartirse sus correspondientes zurriagazos. Máscaras que se suelen ver entre callejuelas desiertas y solitarias de Madrid, cuando la mayoría es arrastrada al Canal. Estas son las que se encuentran en Tetuán, junto a las puertas de la plaza de toros, en la plaza de los Mostenses, cuando ya está cerrado el mercado de hierro y los puestos de la calle. Atadas y cubiertas las banastas de verduras y pescados.

También se ven algunos pellejos y gente de tralla, que se reúnen amistosamente y que no prueban más vino que el rico Valdepeñas. Éstos, como los chicos, se entretienen con las cosas más sencillas, se distraen con nada. Hoy, en las Ventas, bajo el puente, en esta tarde fría, en las mesas y sobre las banquetas, hay unas jarras de vino y una baraja. También hay juego de rana junto al merendero del *Tío Barriga*, que tiene entornadas sus puertas, cerrados los bailes y el piano de manubrio parado. Cerca se ve un «Tío Vivo» medio enfundado, con sus pequeños caballos de madera pintarrajeados. También, de vez en cuando, pasa alguna máscara vestida de mamarracho, y una de ellas entre un grupo parado a la puerta de una tienda de ultramarinos, al lado de un carromato en el que están cargando unos pellejos



de aceite, disfrazada de oso, se arrastra por el suelo, medio borracha, con un dogal al cuello, del que tira brutalmente uno que lleva un gran garrote en la mano y la cara tiznada. O bien aparece esa clásica máscara, la más grotesca de todas, con careta de trapo y un cencerro al cuello, que finge ir a horcadas de otro y que el jinete y la cabalgadura son la misma persona, llevando las piernas como muñones rellenos de trapos, hábilmente disimuladas las suyas y cubiertas por una falda, no viéndosele más que los pies al andar.



EXPOSICIÓN DE FIGURAS DE CERA

UNA de las barracas de fenómenos que hay en la Pradera de San Isidro es la de la niña Paulina Morón y Muñoz, natural de Pozondón (Teruel).

Al entrar vemos que en una silla, puesta en una tarima, está sentado el fenómeno. Tiene la cabeza muy grande en comparación del cuerpo, muy poco crecido; en la cara tiene lunares y manchas cubiertas de vello; el color de la piel es amarillo parduzco; en una de las muñecas tiene como adorno una pulsera con dijes; tiene puesto un taparrabos, y las piernas y brazos están llenos de manchas de pelo, como si se quisieran cubrir, lo mismo que en pies y manos; la cabeza es como un capacete de pelo largo y espeso. El quinqué que hay clavado en un madero a su cabecera está lleno de pegotes de moscas, y algunas se van al cuerpo de la niña.

Una mujer explica a los que están allí:

—Esta niña, señores, es muy lista —dice—; y aunque el carácter de ella es triste y retraído, es muy dócil. Date la vuelta, Paulina —en la espalda le sale un mechón de pelo como una crin—. Pueden tirar, señores, si gustan; es pelo natural.

Vecina a ésta está la barraca de figuras de cera. Tiene un órgano pintado y dorado, con columnas llenas de espejos que dan vueltas, y figuras mecánicas de madera, pintadas y barnizadas, que tocan platillos y flautas; señoritas con peluca blanca, cascaca, medias y espadín, que dan con un martillo en una campana que tienen en la otra mano, moviendo la cabeza; negros con librea azul y calzón rojo. En este momento de espera el órgano produce un so-



nido armonioso de iglesia, tocando la romanza de *El Trovador*:

*Il valen
del suo sorriso.*

En la entrada, como muestra, hay dos figuras de cera: una señorita con traje de raso blanco, con un abanico de pluma en la mano, y un caballero con la pechera de la camisa muy brillante y tiesa, sombrero hongo nuevo y bastón. Una señora enlutada, con capota, da las entradas para ver «El museo de cera francés». Este recinto está dividido en pasillos con numerosas vitrinas pintadas de negro, charoladas, iluminadas por una batería de gas que se refleja en los cristales.

Cada vitrina tiene un rótulo que dice lo que representa.

Ejecución del asesino Carara.—En este cuadro, en los sótanos de la prisión de muros de piedra negros, vemos al criminal antes de ser guillotinado. Está en mangas de camisa; la cara tiene la barba de una semana; el sacerdote ha puesto en sus manos, atadas, un crucifijo; al lado del jesuita, unos señores que van a presenciar la ejecución, con chisteras y vestidos de negro; el juez y un grupo de gendarmes ridículos, con bayoneta calada. Junto al fúnebre aparato, con la cuchilla brillante, está el verdugo, y hace sus preparativos. Coloca el cesto para que caiga la cabeza después de las horribles convulsiones, en que no es raro que le den una dentellada en la mano al verdugo, y en la que es sorprendente la expresión plácida de vida que conservan las cabezas de los guillotinado, tan distinta a la trágica y crispada en que la congestión los desfigura y los pone negros a los que mueren en el garrote.



Pared por medio de esta vitrina, en una inscripción se lee:

«Retrato del regicida Juan An Karstrom, azotado y expuesto por tres días al público en Stockolmo, y al fin decapitado, habiéndole cortado antes la mano derecha en 27 de Abril del año de 1792.»

El criminal está sentado en el mismo tablado donde luego se le ajustició. Tiene puesta una bata llameada; la cara es de persona inteligente y de facciones muy finas; la barba y el pelo, de un castaño fino y sedoso; al cuello, manos y pies tiene puestas pesadas cadenas; la del cuello está sujeta al madero del patíbulo, y le deja sin movimiento. En el mismo madero se ve un puñal, una pistola y una pequeña sierra muy cortante, cruzadas. Sin duda, estas armas le fueron encontradas al regicida el día del atentado. Esta figura es de tamaño natural.

La secuestrada de Poitiers.—En una tarima está la urna de cristal de mademoiselle Blanche Monier. Sobre un jergón está su cuerpo desnudo. Sus ojos, muy abiertos, parecen salirse de las órbitas; de la boca, entreabierta, parece desprenderse toda la dentadura; el pelo, natural, es espeso y brillante, llega hasta los pies, que tienen unas uñas picudas, como garras amarillas y sucias, que se clavan en la piel de sus dedos, y las piernas son dos palos de hueso. Hace de esta figura una espantable reproducción de la realidad, aumentada por el brillo de la cera, por la rigidez y dureza que da el molde. En el rótulo que hay clavado a la cabecera, se lee su edad: cincuenta y dos años; secuestrada durante veinticinco.

Tagoda, la charmeuse d'oiseaux.—Esta figura, de



tamaño natural, está vestida con traje de aldeana. Los pies los tiene calzados con zuecos; toca una flauta, y en las ramas de un árbol se ven algunos pájaros de cera, pintados de amarillo y azul.

Gillette de Narbonne (artista célebre).—Está esta mujer hermosa sentada en una silla, en una actitud bastante descocada, vestida con traje de raso azul; sus piernas, desnudas, mórbidas y carnosas; entre su peinado, de pelo rubio pálido, se ven unos hilos de perlas, de cristal, y una pluma blanca; mueve la tabla de su pecho de cera por un resorte, con el difícil movimiento de la respiración, al aspirar el aroma de una rosa que lleva a sus labios; su cintura la oprime un cinturón con hebilla de diamantes, haciendo resaltar su fina cintura la curva de sus muslos; sus pies, pequeños, están calzados con unas botas altas de raso blanco, con cintas de seda y tacón alto.

M. Carnot.—Se ve el busto del presidente de la República Francesa que fue asesinado. Su barba y su pelo, muy cuidado; los ojos, de cristal. Sobre la pechera, blanquísima, la banda azul y blanca de la bandera francesa.

A su lado está el ramo de flores con que el criminal, al ofrecérselo, ocultó el puñal envenenado que le quitó la vida.

En otra vitrina, el busto del doctor Neill, con la cabeza muy gorda y calva, bigote caído, y barba recortada por él con tijera, lo mismo que el pelo, rubio azafranado; los ojos, torcidos, mirando extrañados por cima de los lentes; la corbata, de bazar, muy ancha, de lazo hecho, y la americana, vieja, desteñida y llena de manchas. El envenenador de mujeres elegía las cápsulas de estricnina como remedio seguro y rápido. Fue ahorcado en Londres en 1892.



El del doctor Freitas, profesor de Medicina en Lisboa, que envenenó a sus parientes con una caja de dulces, para recoger una herencia de 16.000 dollars.

Los dulces están reproducidos en cera, y tras sus colores preciosos se ocultaba el más terrible veneno.

Alineados, se ven en una vitrina los bustos de la familia Humbert. Un cartel dice: «*La mayor estafa del siglo. Sesenta millones de francos.*»

Madame Humbert, con su capota de terciopelo con plumas, y el busto con traje de seda rameada color café. El de su marido, cómplice de la timadora, con el pelo cuidadosamente peinado y patillas y lentes, cuello alto y corbata blanca y americana negra. El de Román Daurignac, con bigote y perilla y el pelo corto, dividido por una raya, traje azul y cuello de pajarita.

El busto romántico y delicado de la señorita Eva Humbert, con el pelo rubio, el cuello largo y fino, vestida con gran sencillez; en el pecho tiene prendido un ramo de flores. María Daurignac, vestida con un traje de mañana claro, con un sombrerito de paja con lazos negros y plumas blancas.

Gabinete de las figuras de cera, al natural, de las envenenadoras célebres.—Una señora vestida de negro, con el pelo canoso y lentes; la boca, de labios delgadísimo y crispados: María Witver.

Pertenece esta mujer a la clase media. Envenenó a cuatro maridos y a alguno de sus parientes. El tercer marido falleció, como probó la autopsia, por habersele administrado un veneno. Como no tenía hijos, heredó su pequeña fortuna. Esta criminal es una mujer sumamente fría, y cuando hicieron la autopsia de su último marido estuvo alumbrando con un quinqué al médico durante la operación.

Miss Maybrick, con el pelo muy tirante y muy bien peinada, es muy joven. El busto lo tiene vestido de



terciopelo negro con adornos de azabaches y abalorios; los brazos están desnudos. En una mano tiene un pañuelo de encajes; en el cuello, un alfiler de diamantes.

El de Cordelia Botkin rodea su cuello una cinta de terciopelo negro, en el que se destaca un collar de perlas falsas; tiene los ojos claros y luminosos, como de agua.

Miss Strets, otra yanqui, envenenó a varios de sus amantes, y se desembarazó de su marido dándole una copa de vino con estriknina.

Mad. Joniaux, con una capota, y el rostro, ajado y cadavérico, cubierto por un velo. En la cintura tiene un gran bolso negro, como los que usan las cocineras para llevar el dinero a la compra. Envenenó a varios parientes suyos, cuya vida aseguraba de antemano. El objeto de sus asesinatos era cobrar el seguro.

Estas mujeres, que han acabado pagando su vida en el cadalso, hacían sus crímenes por medio de cajas de dulces o licores, en que el veneno favorito era el arsénico.



RIÑA DE GALLOS

EN el paseo de Santa María de la Cabeza existe el antiguo circo de gallos, y entre los señores se sienta el cañí joven, de bronceada cara, y el viejo gitano con pelo largo y gris por encima de las orejas, descamisado y sucio, pero siempre con dignidad, sacando de la petaca mugrienta el tabaco, demostrando un tratado completo de cómo se hace un cigarro, y, mientras tanto, cómo se deja la vara en la faja.

En Écija, Andújar, Montilla y otros pueblos de Andalucía, hay varios criaderos de gallos de pelea. Dicen los galleros gitanos que el gallo tiene buena boca cuando pica o muerde, o al contrario, que tiene buenos pies, cuando da puñaladas con la puya y a menudo.

Si reúne las dos cosas, es que es un artista.

Ha habido, lo mismo que en los toros, pollos célebres por su poder y fiereza. A éstos se les destina como sementales a los gallineros.

Todavía, en Madrid, se celebran los domingos estas riñas. Se entra al circo por escalones de tablones, con asientos como los circos de los pueblos; el anillo es de unos dos o tres metros. El suelo del palenque está cubierto por una estera de esparto; alrededor, una barandilla alta para que no salten los gallos, aunque les cortan algunas plumas de la cola; antes de la pelea los pesan en un peso, que, en vez de platillos, son dos jaulas, para ver la diferencia y darles la compensación y las ventajas, a no ser que el mayor tenga defectos físicos o tenga un ojo huero.

Los que se dedican a la cría de gallos los preparan para la lucha y los amaestran. Los galleros es-



peran a que hayan mudado, y cuando los cañones están cicatrizados y secos, los pelan por el buche y el cuello, dejándoles la cabeza al rape y la cresta cortada, y así mondados, con los fieros espolones y la uña grande y amarilla, con la cola cortada y sus partes al descubierto, resultan lo más ridículo y pretencioso que darse puede.

La fiereza de estos animales es parecida a la de los toros, que, a veces, en los corrales, se han arremetido y matado a cornadas; así como se encuentren dos gallos no pasa un instante en desafiarse y acometerse y matarse, aunque el pollo sea de unos meses y el gallo de tres años.

Por eso los llevan al reñidero en cajones cerrados, para que no se puedan ver los unos a los otros. La víspera de la pelea no prueban grano, más que pan remojado. Una vez en el circo, y mientras les toca el turno, como a los toros en la lidia, los ve el público encerrados y encasillados en una jaula, unida como una estantería, con sus departamentos y puertas de salida y una alambarrera por delante. Durante la pelea se los ve en posturas de desafío, queriendo dar a entender que están dispuestos a la pelea; y así como a los caballos de la plaza de toros los cosen la piel y los meten estopa para nueva corrida, también a los gallos, después de la pelea, a los supervivientes, en artesas con unos grifos, los lavan, los curan las heridas con árnica y sal, los chupan la sangre mala de las heridas y los cosen el pellejo de las partes más destrozadas y los vuelven a encerrar en las cajas, después de curados, para nueva lucha.

Va a empezar la pelea; el circo gallístico está lleno de gente de pueblo, en la que siempre estará vivo el entusiasmo por los espectáculos sangrientos. Los chulos cascan piñones y cacahuetes; mujeres del barrio, con el delantal y el pelo suelto por los hom-



bros y la tijera colgando de la cintura; cigarreras y verduleras, porteras, soldados y guardias civiles; dos mujeres se pegan y tiran del pelo, y ruedan por los asientos, se escupen y se injurian; arman un gran alboroto; tiene una la cara llena de arañazos, la otra sangra por las narices, y la abertura de la falda desgarrada, por la que sale la camisa; dos municipales las sacan fuera del circo para llevarlas a la perrera. Sueltan los dos gallos en la pista: el uno es negro jabado y el otro contrincante es colorado y ojo de perdiz. De todos los asientos salen voceríos, de todas partes crúzanse apuestas. ¡Quince reales por el colorado, por el negro dos pesetas! Y entre pitos y confusión, los dos, a picadas y espolazos, hacen saltar las plumas y chorros de sangre a la barandilla. El colorado le tira una puñalada al negro en un ojo y se lo vacía. Las apuestas crecen por el colorado. En medio de los gritos de los que se creen que saldrán ganando y los insultos a los del bando contrario, el negro le da con fuerza con el espolón en la cabeza a su enemigo, y se la llena de sangre. Lo tira al suelo y ambos saltan uno sobre otro, mientras que con las cuchillas o espuelas se llenan de puñaladas.

Los duros por el colorado se van rebajando a reales y aumentando las posturas por el negro. Han pasado dos minutos en la lucha más carnífera y bárbara. Por fin, el colorado se sube en el cadáver del negro, batiendo las alas, y lanza un potente cacareo de vencedor. En el reloj de arena han contado dos minutos y tres segundos. Los vendedores de naranjas y mojama hacen su agosto, pasando sus cestas por entre los espectadores.

Luego lanzan al redondel veintidós gallos o jacas de los más crecidos y más desarrollados de espuelas. Algunos, jóvenes, sin estar formados; se los ha puesto a todos en el peso; cruzadas las apuestas y



hechas las compensaciones con arreglo a sus defectos y peso; hay algunos, entre los grandes, tuertos y enfermos, y viejos de mucho poder y de libras y onzas, y hasta ruinas de edad de seis años; los hay de todos plumajes, colorados, almendrados, cenizos, coliblanco; su presencia en el ruedo es acogida con risa y pitos, pues algunos tienen pelado el buche y los cuartos traseros, y se les ve las costuras de peleas anteriores; no obstante, andan con el cuello estirado y cacareando.

Formados en la arena componen dos cuerpos de once combatientes cada uno. Empieza la pelea y no se da por terminada hasta la muerte de once. Entonces los once vencedores vuelven a formar otro cuerpo o falanges de enemigos y se atacan cinco contra seis, contando con que en el de los seis haya un tuerto y maltrecho, y la sangre no cesa de derramarse entre cacareos estridentes de rabia y dolor, hasta que un solo superviviente vencedor canta su triunfo batiendo las alas sobre los veintiún cadáveres de sus enemigos.



NOCHEBUENA

HOY, 24 de Diciembre, como todos los años se preparan los barrios y vecinos para celebrar la Nochebuena. Unos días antes la plaza Mayor está ya llena de puestos de nacimientos con peñascos de cartón pintado y figuras de barro, donde se agolpan a mirar los chicos; puestos llenos de zambombas y tambores, y los de estacas y toldo de lienzo y otros más lujosos, tapizados con colchas de colores, donde venden turrónes de Alicante y hay pilas de cajas de mazapán de Toledo.

Los vendedores, con chaqueta de terciopelo, faja y polainas de cuero negro y pañuelo anudado a la cabeza; encima, el sombrero ancho; y las mozas, con falda de campana de estameña, moño trenzado y pegado a la nuca, cruzado por alfileres y peinetas, medias blancas de velludo y zapatos recios. Manadas de pavos y capones, que vienen de Castilla, recorren todas las calles, y en la plaza Mayor se hacen las ventas.

¿Qué madrileño no probará el rico pavo, no irá a comprar al mercado de los Mostenses o al de los maragatos el sabroso besugo? Buena besugada de Laredo y Coruña, llenos los carpanchos y cestas del mercado pidiendo comerse. El pavo, este animal de andar pretencioso, que a veces se para pavoneándose lleno de orgullo y haciendo la rueda, después de haber disfrutado de la buena vida, ahora le preparan al sacrificio, ya bien cebado y con el buche lleno de nueces y garbanzos. Los vendedores, con capones y pavos atados por las patas y colgando de una cuerda al hombro, cocineras y algún padre de familia va cargado a su casa con el capón, la caja de



mazapán y los besugos colgando de una cuerda. Y también los vemos en la manada, todos sumisos y algunos delgados y míseros de cuerpo; otros, nutridos y ventrudos.

Las cocineras les cortan el cuello con el cuchillo de la cocina, que días antes ha estado en manos del afilador, y les dan una copa de aguardiente para emborracharles, les tajan el cuello, dan un fuerte alarido, y una vuelta en redondo el cuerpo sin cabeza antes de caer en los ladrillos de la cocina.

Sirve esta preparación y matanza para el bullicio y alegría de los chicos, que con el estrépito que arman con los tambores y el rum-rum de las zambombas atruenan la casa. En todas las calles del barrio los chicos de la calle organizan grupos parecidos a cuando dicen a la drea... a la drea... Ahora éstos, más pacíficos, se contentan con meter ruido con tambores, zambombas y calderos. La Puerta del Sol parece una mascarada, cruzada por grupos de gente que baila, mujeres con el pelo suelto y la falda caída y hecha jirones, dando sartenazos, tocando almireces y panderos, y arman un gran estruendo. En los faroles se suben, y los apagan. Por el Prado baja una porción de gente con hachones encendidos y cencerros al cuello y collares de bestias puestos en la cabeza. Hay quien lleva la montura y los arreos de su mula a la espalda; escaleras llevadas entre dos al hombro, con botas de vino atadas en los tramos. Entre la algarabía y chillidos, los panaderos y los cajistas no trabajan aquella noche, y en los talleres se corre la juerga y la diversión. En todos los hogares, los artesanos y los seres más infelices participan y disfrutan de esta loca alegría. Las botas de vino y las comilonas en los bancos de Recoletos, en las aceras de la calle de Alcalá, el Botánico, los sitios oscuros; todos los barrios de Madrid salen de madre. Y se apiñan los grupos, y las rondas de



guitarras y cantores, mezclándose el vocerío y los cantos canallescos hasta quedarse roncós. El copeo en las tabernas no para. La misa del Gallo se celebra con gran solemnidad en la catedral de San Isidro. En San José y en San Pascual, la misa, con los tres sacerdotes con casullas de oro y seda, entre nubes de incienso, al levantar la custodia brilla como el sol, y se mezcla el órgano con las voces de los cantores, acompañados por la gente que llena la iglesia, que toca panderos, castañuelas y zambombas.

A los viejos que velan, con capa, se les ven las calvas de sus cabezas brillar, con escapularios al cuello, y tienen grandes cirios en la mano.

En otras iglesias se celebra con más humildad la misa del Gallo. Vemos en el altar mayor los atributos de la Pasión, hechos en madera pintada; la cabeza cortada de Pedro, que negó a Cristo, y el gallo, que cantó su pecado subido sobre la columna donde le azotaron y le escarnecieron; la corona de espinas y el cetro de caña que colocaron en sus manos, atadas para mayor burla; los clavos que taladraron sus pies y manos, y los martillos, tenazas y otras herramientas de que se valieron para clavarle en la cruz. En medio de la columna está el lienzo de la Verónica con la Santa Faz, la escalera y la lanza que abrió su costado, y en un palo la esponja empapada en vinagre con que le dieron a beber.

Todavía se conserva en algunos pueblos la bárbara tradición, en esta noche, de castigar a los gallos con palos y piedras. Todos los vecinos tienen derecho a tomar parte en la pedrea; les insultan y les llaman traidores de Cristo, cuando les debían llamar mejor de Pedro, a quien cantó el gallo su pecado, después del suplicio, y ya cadáver. Todos se alejan de él. Al otro día, todos los herejes comemos gallo



barato, porque los nazarenos y creyentes tienen a pecado mortal el comer la carne del gallo traidor.

Delante de los pórticos de las iglesias se prenden hogueras, formando corros que bailan y saltan alrededor de las llamas. Las mozas y los mozos cantan los villancicos, acompañados de tamboriles, zampoñas y rabeles.



EL DÍA DE DIFUNTOS

EL cementerio de la Puerta de Toledo hállase situado al Sur de la villa, de la que dista mucho, habiéndose construido hace años un cómodo camino desde los paradores del puente de Toledo hasta las puertas de este cementerio, cuyo interior es muy humilde, ocupando el centro la casa para el capellán, sacristán y sus familias, dentro de la cual está la capilla pequeña en medio, un arca rodeada de cirios y pintada de negro con una calavera cruzada por dos tibias pintadas de blanco, y en los costados unas guadañas y un reloj de arena. Encima de esta arca colocan el ataúd con el muerto antes de darle sepultura; el cura reza un responso, y los cuatro o seis cristianos que acompañan al difunto, todos muy mal vestidos, no saben lo que hacer, si arrodillarse o persignarse.

En este cementerio hay una zanja; es el profundo osario en que se echan, por capas, montones de tierra sobre los cientos de cadáveres que al cabo del año se entierran allí de misericordia, viéndose sólo una cruz de dos tablas pintadas de negro, como señal de consoladora esperanza y recuerdo.

El cementerio de la Sacramental de San Isidro y San Andrés es el más antiguo de Madrid. En el centro se levanta una capilla. Cuatro columnas de granito, como las de las iglesias de los pueblos, sostienen el pórtico, decorado de niños agrupados. Sobre una lápida colocada en el frontón se lee la siguiente inscripción:

«Templo de la verdad es el que miras;
no desoigas la voz con que te advierte,



que todo es ilusión en esta vida
menos los sufrimientos y la muerte.»

La entrada de la rotonda está cubierta con una cúpula abierta por un anillo que la ilumina.

En el centro pende una araña dorada, y el pavimento es de mármol. Florones de estuco y varios adornos ejecutados al claroscuro embellecen la bóveda. Una de las galerías subterráneas está cerrada con una puerta vieja de hierro que da al campo.

Las tapias de este cementerio miran a la pradera, donde se celebra la romería de San Isidro. Por la carretera y por el puente de Toledo baja una muchedumbre con cestos a la cabeza llenos de faroles pintados de negro, con la cruz de purpurina. Los palos, las coronas, los cirios y candeleros, los llevan al hombro.

En el de San Nicolás, situado en la calle del Sur, es donde está el Panteón de Hombres Ilustres. Sacaron una tarde de los nichos, con cristales empolvados, unos ataúdes de hombres vestidos con frac, todo comido y empolvado. Eran unas momias de señores ilustres, con la nariz y las orejas comidas. Algunos conservaban los puños de la camisa y las botas de elásticos, que tiró uno de los enterradores, y se quedó con el pie negro y momificado en la mano. El calcetín, pasado por la humedad, estaba pegado a la bota. El que se conservaba muy bien era el de un ministro. Tenía la cabeza calva y negra, y las venas, al momificarse, se habían quedado como tiras, haciendo bulto en aquella cabeza redonda, que parecía de cartón; la boca negra y muy abierta, en la que se veía algún diente, y el pelo gris de la barba y bigote, y la casaca azul, se habían quedado sin pelo y de un color inverosímil; los dorados, negros. Todas estas momias de académicos y personajes estaban en las actitudes más retorci-



das; la cara con una mueca, ya de risa o de rabia, y la espalda en arco, como un ovillo; los brazos y las piernas, torcidos. En las cuencas de la calavera, como cuévanos, se enroscaban gusanos y lombrices, y los ataúdes estaban llenos de terrones de tierra que habían entrado por las tablas podridas. Una de estas momias era la de un señor muy alto. Tenía los brazos muy largos y secos. Entre el pantalón, comido y hecho pedazos, se veían las piernas en los huesos amarillos y careados como madera apolillada. La calavera conservaba todavía, muy metido, hasta los ojos, el sombrero de copa, que distraídos, al cerrar la caja, se lo habían dejado puesto. Era una chistera enlutada por una funda que la quitaba su brillo natural, señal de que era viudo el difunto. En el chaleco, desabotonado, conservaba una cadena gruesa de oro y una sortija en una de las manos, pues la otra la tenía comida. Los sepultureros, al remover las momias y quitarles los objetos de valor, anillos, gemelos y leontinas, se quedaban con pedazos de trapo en las manos, de fracs y pantalones. En unas jícara echaban los dientes y apartaban las tibias para ser entregadas estas cenizas a los herederos; las calaveras, alhajas y cruces, para venderlas, y los demás miembros para ir en espuestas al quemadero.

Por la calle de Alcalá arriba sube, por el paseo de Aragón, un gran número de gentes en uno y otro lado del paseo como procesión negra.

Los mozos de las tartanas y coches gritan como en los días de toros: ¡al cementerio, al Este! ¿Quién quiere subir para ir al Este? Al llegar a Pardiñas los tranvías eléctricos suben llenos de gente. En algunos simones van señoras y jóvenes enlutadas, de la clase media, acompañadas de sus hermanos y familia. En las Ventas pasan por el puente, donde los dueños de los merenderos sacan las mesas al



aire, como en una romería, para hacer consumo de meriendas a la gente que ha ido a acompañar el entierro de un difunto, y a la vuelta todos los acompañantes, ante un frasco cuadrado de vino de Valdepeñas, comen una ensalada con escabeche y aceitunas negras, lonchas de jamón, morcillas y chuletas que preparan en parrillas las viejas de los ventorros y merenderos.

Por los desmontes del camino del Este se ven pasar manchas de gente, a lo lejos, que vuelve del cementerio con las hachas y faroles y pies de madera negra. Van por los desmontes y atajos serpenteando, en hileras de figuras muy pequeñas, que se encuentran con los que suben por la carretera, camino recto, y se cruzan con algún coche de muerto. A estos coches los arrastran dos caballos negros, en los huesos, con gualdrapas de paño negro y plumero. El cochero, con el levitón de paño grueso y negro y botones anchos y el sombrero de copa muy grande. Llevan el ataúd negro con galones amarillos y cruz grande, y el acompañamiento de gente que va a pie. Pero al despedirse el duelo en Pardiñas, emprenden los pencos un trote largo. Algún otro coche que vuelve de dejar al difunto en el pudridero, se cruza con éstos. En la urna de cristal, vacía, llevan el plumero del caballo, y en algunos van sentados donde iba el ataúd, algún cura o sacristán que vuelven a Madrid.

En estos días de tanto trajín, en los cementerios que están en las afueras, aprovechan todos los coches y carros, en los que, colocadas en unas sillas, van las viejas arrebuajadas en el mantón con el moño saliente y en pico como brujas, y las manos como manojos de sarmientos, hundidas en el vientre. Van cargadas con cruces, con los palos de faroles, rollos de cirios y coronas amarillas y despín-



tadas. Tiran de estos carros mulas viejas llenas de mataduras y esparavanes.

Al llegar al cementerio, entre la aglomeración de coches y el piso lleno de charcas y barro, puestos de flores y coronas, entran los visitantes por las anchas puertas en el grandioso cementerio, con los muros de ladrillo. Entre los panteones de lujo, cargados de coronas, y los nichos de familias ricas, con cruz de mármol, junto a éstos, se ven las tumbas humildes con cerco de ladrillo y cruz de palo negro con letras blancas. Tienen una inscripción.

Y la fosa común donde todos se mezclan, sin nombre ni señas que los distinga, dando a entender que allí todos son iguales, y que todas las grandezas se equilibran con la muerte. Los faroles, los cirios amarillos, alumbran aquel campo, por el que cruza en ráfagas el viento helado de Noviembre de este Día de Difuntos. El cielo va apagando paulatinamente sus fulgores, y al hacerse de noche chirrían las lamparillas dentro de los vasos llenos de aceite, colocados y ocultos entre flores y arbustos, y las llamas de los cirios parecen agrandarse iluminando las sepulturas.





SEMANA SANTA

LA Semana Santa en Madrid tiene un carácter aristocrático y suyo, que la distingue de la ostentosa de Sevilla en la que en los días de Jueves y Viernes Santo no hacen otra cosa que pasar por sus calles procesiones interminables de esas imágenes que guardan sus iglesias en los altares, hermosas obras de arte algunas, como el Cristo del Gran Poder, obra de Montañés.

La diferencia de la severa y trágica de Toledo el Cristo de la Sangre. De esta espantosa imagen, cubierta de sangre de la cabeza a los pies, tapado su rostro cadavérico por una melena de pelo negro que cae por su pecho. El enorme y grotesco paso del Descendimiento se agiganta al pasar entre sus estrechas y retorcidas calles, llegando hasta la altura de un segundo piso y llenando con su anchura la separación que hay entre dos casas de balcón a balcón, bamboleándose las figuras con el peso y falta de base de su peana. Van rodeadas estas imágenes de penitentes con los pies descalzos, y disciplinantes con la espalda desnuda, llena de verdugones y mataduras, azotándose y agujereándose la piel.

Estamos a 22 de Abril. Ya en Madrid la primavera se echa encima —más bien parece haberse anticipado el verano—. El calor de un día de junio; el sol, pica; el cielo, azul y radiante, sin una nube; las calles ruidosas de la corte están silenciosas y tristes; en algunos barrios apartados resuenan en las fachadas de las casas, con un chirrido estridente, las carracas, tocadas por chicos de la calle.

En los balcones, las mujeres con la mantilla pren-



dida, vestidas con trajes claros y ligeros, con los brazos desnudos.

Dos mujeres, en una casa de la calle de Toledo, se abanicaban sentadas al balcón, esperando con impaciencia a salir a la calle a recorrer los monumentos. La calle de Alcalá está animadísima; las señoras con mantilla, y los caballeros con sombrero de copa y levita, pasan en grupos por en medio de la espaciosa y hermosa calle. Las mujeres del pueblo, con las mantillas, el traje de seda rameada con adornos de abalorios y azabache, y la señorita de la clase media acomodada, con la mantilla blanca puesta con gracia sobre los hombros, y muy bien peinada, con claveles a la cabeza y en el pecho, y los pies, pequeños y finos, calzados con zapatos de raso blanco, y el devocionario y rosario de nácar con aplicaciones de plata.

Los balcones de la Puerta del Sol están llenos de mujeres hermosas; el aleteo de los abanicos, que se abren y cierran con gracia; los saludos de amigas desde la calle, que, invitadas amablemente, suben al balcón a presenciar la procesión. Las plazas y aceras están regadas, y bruñidas por los rayos del sol. Entretanto van desfilando los pasos e imágenes: el Nazareno de Medinaceli, con cabellera de pelo; la Dolorosa y el Cristo de los Alabarderos. La tropa rompe la marcha, y los guardias civiles a caballo, con las escopetas a la funerala. Después pasa la procesión del Santo Entierro con el cortejo de todos los cofrades de las Congregaciones de Madrid.

Una de ellas es la de indignos esclavos del Santísimo Cristo de la Agonía y Buena Muerte. Otra, la de los Agonizantes, fundada en 1643, con el piadoso objeto de asistir a los enfermos moribundos.

La de las Incurables, la de las Arrepentidas; todas estas agrupaciones marchan con estandartes; detrás van los monaguillos y sacristanes, con mangas y ci-



riales. Por la calle Mayor, la gente se agolpa en las aceras, y de los portales sacan sillas, donde se suben las mujeres, dejando paso a la procesión, que da la vuelta por la plaza de Oriente, adonde afluye más la gente del pueblo, que se sube a los bancos. Los chicos se cuelgan a los árboles y a las estatuas de piedra, que en otro tiempo estuvieron colocadas encima del Palacio Real, y que dan la vuelta a los jardines de la plaza de Oriente. Cierra la marcha de la procesión un piquete de Caballería.

En San José, la iglesia está deslumbrante, llena de lámparas y cirios. En el altar mayor se admira un bonito monumento. Los paños de terciopelo con franjas y flecos de oro, revisten las paredes de la iglesia. Venérase el Cristo del Desamparo, obra del siglo XVII. Esta venerable imagen es de madera muy parecida al color de la carne, sin más pintura que la de las heridas; tiene los labios abiertos y la lengua levantada, en actitud de hablar. Por mandato de D. Juan Fariñas, corregidor de Granada, hizo el escultor Alonso de Mena la preciosa imagen del Santísimo Cristo del Desamparo, y habiendo sido nombrado Fariñas corregidor de Madrid, trasladó en su compañía la imagen, haciéndola conducir con tanto decoro, que todo el camino fue traída en hombros, y precedida de cuatro servidores con hachas encendidas. La Congregación de esclavos de esta hermosa imagen celebra su culto los viernes que siguen a la Semana Santa, e igualmente en el ejercicio de las Siete Palabras, el Viernes Santo, ocupa el Cristo del Desamparo una capilla aparte. A sus pies hay una bandeja de plata llena de monedas, y al lado una mesa petitoria, donde se venden fotografías de la imagen. En las mesas petitorias se sientan hermosas mujeres con mantilla y guante blanco. En las bandejas, en un cartel se lee: «Limosna para la es-



cuela de la primera casa del Hospicio.» «Colegio de niños desamparados», en otra.

En la puerta de la catedral de San Isidro hay puestos de tijera con cuadritos de marco de estaño y cromos con la Santa Faz; medallas, rosarios y carracas; gritan los vendedores:

«¡A cuarto y a dos
la cara de Dios!»

Cuando entramos están cantando el oficio de Tinieblas. Un contralto canta por todo lo alto, y el bajo da fuertes berridos. Algunos chicos tocan las carracas.

En la Visitación, un predicador alto y huesudo, con una hueca y fuerte voz, predica sobre el drama del Calvario, con tonos dramáticos y altisonantes. Con términos y ademanes enérgicos, pinta toda la negrura de la religión. Los herejes escupieron en el rostro al Señor, la tierra se convirtió en sangre, las murallas de Jericó se derrumbaron, los muertos resucitaron, los sayones, al oír las palabras de Cristo: ¡Perdónalos, Padre mío!, vinieron, aterrados, a tierra.

En las Recogidas vemos las chicas de la Inclusa, con tocas blancas, sentadas en las mesas petitorias, entre monjas; las hermanas, con las manos caídas a lo largo del cuerpo, con la cara amarilla y el cuerpo enclenque y encorvado, algunas muy jóvenes, con trenzas pequeñas encima de la espalda y una goma en la cabeza, que las separa tirante el flequillo; con el escapulario y una cadena con medallas; el uniforme de la Inclusa, cuello almidonado y traje de percal de cuadros blancos y negros. Las hermanas monjas, con la falda azul profundo y el blanco de sus tocas, pesados rosarios pendientes de la cintura, y en la bandeja un crucifijo de bronce;



en dos modestos candelabros unas velas, y en la bandeja unas monedas de cobre.

Cada vez que se acerca una vieja y saca de la faltriquera una perra, besa el Cristo.

Al lado de estas mesas conmovedoras, humildes y pobres, vemos otras espléndidas, donde hay hermosas señoras con peinados que son una obra de arte, con las manos aristocráticas y crujientes enaguas y faldas de terciopelo. También vemos acercarse un caballero y depositar en la bandeja un billete, mientras que se cambian un gracioso saludo.

Una pequeña mesa con un tapete de paño negro lleno de gotas de cera, de estos paños que vemos en un oficio de difuntos, colocados en una mesa, servir de sostén a un ataúd, un chico con delantal y la boina en la mano, el pelo esquilado, sentado al lado de dos viejas, y una bandeja, en la que no hay más que unas perras y un cuadrito —para los chicos de la Inclusa—; un *Ecce Homo* de madera, con la cabeza muy grande, la corona de espinas chorreando sangre y la boca entreabierta, enseñando los dientes; en las manos, atadas, sujeta una caña, entre dos velas, está la iglesia, casi a oscuras, cubierta de paños negros de terciopelo y franja de plata.

En la tarde del Jueves Santo se hace en Palacio la ceremonia del lavatorio de pies de los pobres.

Con capas, bastón y sombrero de copa entran en Palacio. Los pobres se sientan en sillas bajas, se quitan las botas y se arremangan los calzoncillos.

El Rey se sirve de una jarra y una jofaina, en la que meten los miembros, ya lavados de antemano con estropajo, y después se los seca con una toalla. Se reproduce delante de todas las damas esta escena, al ejemplo de Jesucristo, que lavó con sus divinas manos los pies de los pobres que creían en él.

A los mendigos favorecidos con este acto de humildad se les regala el traje, que acaban de estrenar



para presentarse en Palacio, y se les obsequia con un cesto de comida y una bota de vino a cada uno.

Otra ceremonia imponente es la adoración de la Cruz en los oficios de Viernes Santo.

En este acto, el Rey suele conceder el indulto a varios condenados a garrote o a la horca.

Después del regreso de la procesión a la parroquia de San Ginés, de cuyas paredes en el patio cuelgan valiosos tapices, la gente pasea por las avenidas, calles del centro de la villa y calle de Alcalá, convertida en paseo, en vez del ordinario rodar de los coches; el rumor de las conversaciones animadas y el arrastre de los pasos resuena como un zumbido, y los paseos de Recoletos y el Prado están muy animados, con hileras de sillas y puestos de refrescos, en donde se sientan las hermosas mujeres, y ríen, abriendo los abanicos junto a su pecho, entre el parpadeo de los ojos, que brillan, acariciadores.

En la mañana del viernes, muy temprano, bajan largas filas de romeros por la plaza de Oriente, camino de la Princesa, a la Cara de Dios, al final de la plaza de los Afligidos, y entran en la capilla del Príncipe Pío, en la que se venera la Santa Faz.

En la plaza, puestos de vinos y de rosquillas; las mujeres, con mantones de Manila; las buñolerías y el vocear de los vendedores con mostradores de tijera con aleluyas y cromos de la Cara de Dios; los monigotes de cartón, las banderas y los globos, el tránsito y la aglomeración de gente dura hasta el mediodía, en que empieza a sentirse el cansancio.



LOS PÁJAROS SABIOS DE
LA PLAZA DE LA CEBADA

Es una tarde de sol, y vemos en la espaciosa plaza los carros repletos de melones de las Vistillas y cargados de legumbres; las viejas sentadas en las porterías; algunos vecinos desocupados, tomando el sol echados boca arriba, y vendedores de mojama. Una masa de gente se apiña delante de un cartelón de forma de estandarte con unas pinturas como una aleluya, que están chorreando sangre. El crimen de Gádor, el Moruno, sacando, ayudado por sus cómplices, las mantecas al niño. Otros curiosos forman corro y escuchan los romances sangrientos que canta un ciego acompañándose de la guitarra, de un chico que rasca un rallador y de una mujer tuerta, con una venda en un ojo, como los caballos de los toros, con la boca desdentada, negra como una fosa; una mujer zamba y manca que toca las castañuelas con movimiento de muñeco al alzar los pies con alpargatas como si bailase, mientras que el viejo entona sus romances: De los siete niños de Écija, del Rey de Sierra Morena, José María (El Tempranillo), el del niño de Gloria, el del Pemales, el del niño del Arahal o aquel de la Higinia Balaguer, cuando la llevaron al palo y la oprimieron el gañote.

Un hombre tiene en un mostrador de tijera todo un retablo o tinglado, una jaula grande con banderitas de los colores nacionales y una hucha de madera llena de papeles doblados, de color, de los sinos. Abre la jaula y sale un gorrión, que tiene cortadas las alas; el hombre le empuja con una varita, señalando la caja, y el pájaro saca con el pico el papel. Da dos vueltas y lo deja en la mesa.



—A ver si tienes suerte, Margallo, dáselo a esta señora.

En unos dice: tendrás mucha suerte, te harás rico, y en otros: una mujer suspira de amor por ti, o tienes un pariente en Cuba que te va a mandar 50 duros. Luego, el dueño saca un cañón pequeño, de madera, cargado con un fulminante; el pájaro tira con el pico, suelta el gancho y el cañón se dispara.

—Bien, Espartero, te has portado.

Y en la palma de la mano echa unos cañamones que come el gorrión.

—Esta es tu comida, por haber trabajado bien.

Luego le pone una manta de bayeta amarilla.

—Anda, para que no te constipes, vete a la cama. A ver, Rin, sácale otro papel a esta señora; acierta con su sino. ¿Quién quiere otro? La suerte del pájaro sabio.

Luego saca entre unos trapos de una caja una tortuga grande y la pone al comienzo de la mesa, y la tortuga va con su calma y su paso reposado andando, y cuando ha recorrido ésta de uno a otro extremo, la vuelve a colocar al principio de la mesa.

Este hombre vende las aleluyas del Hombre Cerrilla, y cuadernos con grabados en madera.

Las 299 novias por cinco céntimos, con los nombres, costumbres y propiedades de las señoras mujeres. El León y el Grillo. Terrible batalla habida en los montes de Escamatí, reino de la Ilusión, entre los dos ejércitos del León y el Grillo.

Siendo este puesto la diversión de los chicos, de las cocineras y soldados.



ROMERÍA DE SAN ISIDRO

Y A de madrugada, entre dos luces se preparan los romeros para ir a la pradera. En algunas casas de la calle de Toledo se ve a media noche en las habitaciones que dan a la calle y tienen luz encendida, destacarse, tras los cristales del balcón, la silueta de una mujer o de dos hermanas que se ayudan a prenderse la mantilla en los hombros. La madre, anciana, saca con manos temblorosas de la cómoda su traje negro y las tocas, y a la luz ya del amanecer resuenan sus zapatos nuevos, las enaguas crujientes y sonoras al andar por los pasillos, dándose los últimos toques de polvos, mirándose al espejo que hay encima de la consola. En el marco se conservan dos ramos de flores artificiales de trapo empolvado y descolorido, recuerdo del año anterior. En la Puerta del Sol vocean los mozos de los ómnibus y tartanas: «¡Al Santo, al Santo, por dos reales!...»

El día es espléndido; se engalana y entolda con el más puro y radiante cielo del quince de Mayo.

El pueblo de Madrid, que con ocasión de celebrar la fiesta de su glorioso patrón San Isidro Labrador, desde época remota empezó a ir en romería el día de la festividad del santo, siendo en un principio devota y para cumplir promesas hechas durante el año, se dirige en alegres masas por el puente de Segovia a la ribera del Manzanares. Viniendo, con el tiempo, a mal estado la primitiva ermita, se hizo la que hoy existe sobre los cimientos de la antigua, en el año 1724. El santo tomó por compañera y esposa, en el mismo altar, a la santa y virtuosa María de la Cabeza, que hoy veneramos con él en dos figuras de madera de tamaño natural, estando al cui-



dado de esta ermita la Archicofradía Sacramental de las parroquias de San Pedro y San Andrés, haciéndose en los campos cercanos el cementerio actual de San Isidro. La gran romería que se celebra en esta ermita es la primera y más importante de Madrid, siendo inmenso el gentío que a ella asiste. Todos los «isidros» que paran en la posada del Peine, las criadas que bailan los domingos con los soldados en la fuente de la Teja, como una peregrinación, bajan en hormigueros por la calle de Toledo, plaza de la Cebada y Cava Baja. En los mesones y paradores de la Gallinería, de Maragatos y del Galgo, en que se hospedan los recién venidos, hay gran animación. En los patios de estos paradores se ven diligencias viejas y despintadas; sube la familia de los «isidros» en una galera con las cestas de la comida, preparada de antemano, chorizos del Cagalar, morcillas de Candelaria, tortillas y pollos asados, y la bota de vino.

El charro, de Salamanca, elegante y serio, con el pelo blanco, junto al maragato, de Astorga; y las mozas de la Alcarria y Teruel, coloradas y sanas, de ojos negros y brillantes como la mora, y el gitano viejo de Andújar, que hace un cigarro, sacando muy despacio la petaca de la faja y estrujando el tabaco en la palma de la mano, con la pechera de la camisa mugrienta, sin corbata; las manos y la cara de color de bronce.

El camino bajo de San Isidro está lleno de tiendas de comestibles, con los mostradores, de carne de cerdo, salchichas, butifarrones, pollos, jamones y chuletas.

Bajo el puente de Segovia vemos los gitanos que duermen en tiendas hechas de esteras y estacas; guisan al aire libre y se lavan la cara en el río. Los húngaros recorren la Pradera de San Isidro con los monos y el oso, delgado y encanijado, con un bozal,



y al cuello una soga, que sujeta su amo con un garrote al hombro; hace bailar al oso, y le sacude un estacazo. La piel de estos animales está llena de pegotes de basura. Luego le ponen el pandero en los brazos para que el público eche unos céntimos. Otro húngaro lleva un mono. —Baila, «Mariano» —dice; y el mono, con el culo lleno de desolladuras, con taparrabos de trapo encarnado, da volteretas de vez en cuando y chilla furioso, subiéndose de un salto al hombro de su dueño, haciéndole caricias. Por todos lados se ven, en las cercanías de la ermita, puestos, de lienzo, de torraos y avellanas. En uno hay un cartel como una aleluya, con dos viñetas de la Tía Javiera. En uno de los cuadros sale de su pueblo, montada en un burro; éste se asusta, y sale despedida por las ancas. En otro, la vieja Javiera, vestida de paleta, con el moño cano, bajo y trenzado, fabrica rosquillas, en la Pradera, con las posaderas, y dice abajo en un letrero:

«Estas son las auténticas rosquillas de la Tía Javiera.»

Los pobres forman fila en los cerros de la ermita. Uno, con una pata de palo vendada, imitando ser de verdad, calzada con un zapato; con una venda en la cabeza y la sangre y las llagas pintadas. Un manco, que con los dedos de los pies sujeta la pluma, moja en un tintero y escribe cómo se llama, y dónde nació y la fecha. Otro, con un brazo que es un hueso pintado y pelado, mientras el sano lo esconde. Otro, metido en un cajón, figura no tener piernas ni brazos. Se valen de estas tretas para inspirar caridad; luego, por la noche, se reúnen todos y cuentan las perras que han recogido; y los mudos de nacimiento, cojos y mancos y tontos beben y comen; hablan y se despabilan, bailando alrededor de una bota y una gran torta, con buenas tajadas que se jaman.



Abajo, en la explanada de la Pradera, el humo que hacen las calderas de churros, y la polvareda del galopar de los caballos y los tranvías de mulas, que llegan atestados de gente; los «Tíos Vivos», columpios, montañas rusas, puestos de comidas y bebidas. En la tienda de vinos de Acal se sirven callos y caracoles. Se oyen los gritos alegres de las mujeres que se suben al columpio; se organizan bailes españoles, por parejas; se baila la jota, el bolero andaluz. Y en la alfombra de fresco césped, se ven grupos sentados a la margen del Manzanares. A lo lejos se ve la iglesia de San Francisco el Grande, el Palacio Real, esta vista de Madrid bañado en una luz transparente y clara que refulge como el acero.

Ya de noche, todavía queda gente en la pradera cenando y las rondas con guitarras de gente descamisada que baja voceando y cantando por los cerros de la pradera como visión fantástica, con las guitarras y las botas de vino en alto, metiendo un estruendo infernal.

Entonces parece cumplirse el refrán español de que, «romería vista de cerca, mucho vino y poca cera».



VISITA A LOS FENÓMENOS DE LA PRADERA

EN una barraca, después de tomar entrada, vemos sobre una tarima, sentada en una ancha silla baja negra, a una mujer hombruna con todo el tipo de un carretero. Tiene el pelo cortado y peinado con raya; lleva puestas una bata azul con peto muy escotado, de puntillas, unos calzones de punto, de señora, y las piernas muy gordas y cortas, con medias de rayas negras, verdes y amarillas. La barraca está llena de paletos y alguna mujer con un niño, forman un corro bastante separado del fenómeno; pero le observan con gran curiosidad. Se levanta y hace con la mano una seña:

—Acérquense, señores, que ni es hombre ni es mujer.

Con las manos cortas y anchas, con unos anillos de hoja de lata, se desabrocha la bata y saca los pechos, muy desarrollados.

—Vean los pezones, siempre han estado cerrados, son como la tetilla de un hombre.

Se desata la cinta de los pantalones, y entre la abertura enseña sus partes, todo lo que Dios le dio, entre la admiración de los espectadores.

—Vean, acérquense y examinen.

Algunos se retiran cohibidos; otros, algo de lejos, miran. Luego el fenómeno se moja los dedos en un frasco y deja el trapo con que se seca dentro del pantalón. Se levanta y dice con una voz chillona:

—Soy el único ser viviente, señores, que presenta por un lado ser mujer y el otro un hombre. Que ni es hombre ni es mujer.

En otra barraca se exhibe la mujer barbuda.

Se descubre una cortina de colcha rameada, como



esas que hay en las mancebías, y aparece de pie, en la tarima, una señora desgarbada, con barba muy negra hasta la mitad del pecho y bigote que tapa sus labios; el pelo rizado, con un moño muy alto y muy bien hecho; el traje es de corte pasado de moda, de seda negra a grandes ramos; al cuello lleva una cadena de oro con un medallón muy grande con marco de camafeos, con el retrato de su marido; de otra cadena larga cuelga un abanico muy grande; el busto, corto y ancho, dibujándose las ballenas del corsé; tiene una estatura hombruna y gigantesca, y los pies enormes, con botas de elásticos, se ven entre la falda, con cola larga, que tiene recogida en una mano. El hombre que presenta a este fenómeno le pregunta:

—¿Cómo se llama, señora? Díganos su nombre y nacimiento.

—Miss Post —responde con voz grave y fuerte, con acento extranjero y nasal, que parece que está tartamudeando—. Soy yanqui; mi edad es de cuarenta y siete años.

—¿Tuvo usted, Miss, muchos pretendientes antes de casarse?

—Sí, caballero; a los jóvenes, sobre todo, gustaba mucho, y había alguno empeñado en casarse conmigo.

—¿Y cuándo, Miss, la empezaron a brotar las barbas hasta tenerlas como ahora, tan desarrolladas?

—Desde muy niña, señor, me empezaron a salir la barba y los bigotes. Desde entonces, yo misma, mirándome al espejo, me las veía crecer de día en día; pero es de advertirle, caballero, que pasaba por ser una de las muchachas más bonitas de la vecindad; me invitaban a todas las reuniones y me traían rifada; todos los jóvenes aspiraban a mi mano.

—Y su marido, ¿vivió con usted feliz?

—Sí, señor; a mi marido le gustaba mucho mi



barba; me decía con frecuencia, que si alguna vez pensaba en cortármelas, me abandonaría.

—Y usted, señora, ¿pensó alguna vez en cortárselas?

—No, señor, nunca, aunque no fuese más que por darle gusto a mi difunto marido, a quien yo adoraba.

—¿Ha tenido hijos en su matrimonio, Miss, que heredaran sus gracias?

Miss suspira, y su voz se vuelve más nasal y menos estridente.

—Sí, señor, hemos tenido dos niñas; pero murieron a los pocos días de nacer. Así es que yo y mi marido no tuvimos el gozo de ver si heredarían mi gracia.

—Me han dicho, Miss, que habla usted varios idiomas.

—Sí, señor, el francés y el ruso.

—Bien, Miss Post; despídase de estos señores.

—Caballeros, buenas tardes.

Fuera de las barracas vemos cuadros con cartas de certificados de las celebridades médicas de Europa, que atestiguan con su firma la autenticidad y rareza de estos fenómenos que acabamos de ver.





EL RASTRO

Es una tarde de sol y tomamos el tranvía para ir al Rastro, que baja por la calle de Toledo, y contemplamos los puestos de los vendedores ambulantes de frutas, las pilas de melones, los mostradores de tijera, con percales, chambras y pañuelos de colores chillones, de los que llevan al cuello los chulos y las chulas a la cabeza. Todos estos puestos de baratijas se amontonan junto a la catedral de San Isidro. Recorremos las calles del Peñón, de las Velas, Mira el Río, callejón del Mellizo, de las Amazonas, Cuesta de los Cojos; todas estas calles, que son las de más carácter de Madrid, con fuentes de pilón y escalerillas de piedra donde cosen las porteras, sentadas en sillas, y los chicos del barrio juegan al toro. Nos encontramos en la Ribera de Curtidores. Allí, arriba, se ve la casa llamada el Tapón del Rastro. En la calle del Carnero, en una casa humilde, paraba, cuando toreaba en Madrid, el espada Tato; y las chicas del barrio, que son pequeñas, pero muy bien formadas, salían a los balcones a verle ir camino de la plaza a matar toros. La cuadrilla y los picadores esperaban abajo en la calle, y su querida salía al balcón, con una bata y los brazos desnudos, redondos y sonrosados, a despedirle, tirándole un beso con la mano; y el matador bajaba los tramos desiguales de la pobre y humilde casa donde vivía, saludaba a los vecinos y hablaba con los porteros, y, entre un corro de chicos de la calle que le tiraban de la capa y de los alamares de la chaquetilla, subía al coche de la cuadrilla, con el puro en la boca, desde el cual arrojaba un montón de perros.



Ir al Rastro en domingo, es encontrarlo más animado, más alegre, cuando abundan más las ventas, montones de faldas y pañuelos; todo parece que se rejuvenece, que lo asean; pero en los días de trabajo es cuando vemos y encontramos más cosas estrambóticas y raras, montones de americanas y chaquetas cortas, de chulos; chisteras, sombreros hongos, fracs y chaqués empolvados y de colores desteñidos, calcetines sucios y botas rotas, de elásticos; capas con embozos descoloridos, de gente que duerme hace muchos años en los panteones y en la fosa común. Algunos habrán sido académicos, diputados, pintores insignes y enmedallados, marquesas y señoras públicas; pero de tapado aún conservan estas ropas el brillo de gentes que se han dado buena vida. El traje de señora, con la falda llena de volantes y ramos muy grandes de seda; el polisón y las medias azules de color de cielo, y las blancas de las viejas prostitutas; las ligas y los chapines diminutos de un pie torturado y enano de la que recibía a los hombres insignes y a las amigas los miércoles, echada en la cama o en el sofá, abierta de piernas, fumando un cigarrillo y la jofaina debajo de la cama; todos estos recuerdos de otros tiempos de gente que ya ha desaparecido y que se han podrido en el nicho de un panteón.

El Rastro es el sitio más industrial de Madrid, donde más se trabaja. En pequeños departamentos, hacinados y separados unos de otros por unas telas, a manera de tabiques, vemos todo lo que nos hace falta: herramientas, camas, cómodas, sillas desvencijadas que luego las reparan y las dejan como nuevas, despojos de cosas que fueron, mantas, cuadros y álbums de fotografías descoloridas, de tipos del año 30, de la época romántica.

Los industriales se reúnen en medio del mercado, y allí tasan y apartan lo que traen los carros de



todas las casas, de las mudanzas, de gente que se muere o se arruina. Todo tiene que pasar a manos de otros en la vida. Lo que uno no quiere, a otro le presta servicio; hierro viejo, estufas, balcones y columnas, material de derribo, los puestos de ropa y trapería, con un olor de miseria y de chinches; tenderetes de zapateros de viejo, que con la azuela van cortando a hachazos los montones de botas, los tacones torcidos y las suelas comidas; material para deshacer y aprovechar para nuevo.

Hay tiendas de baúles, pilas de sillas y muebles, mezclados con los más diversos objetos; cabezas de toro disecadas y algún esqueleto articulado y metido en su urna que ha pertenecido a un médico difunto, fotografías de delincuentes y criminales que han estado en las paredes de algún gabinete de antropología, álbums de mujeres de mala vida, y de enfermedades de la piel y venéreo, con cabezas de niños llenas de postillones, de sangre y de pus, de males heredados de sus padres; caimanes, culebras y gatos disecados. Los mozos de cuerda husmean a los compradores. Estos mozos, viejos y humildes, que no se ven más que en el Rastro, esmirriados y míseros, con la camisa hecha tiras, enseñando el pecho, peludo, se conforman con lo que les dan, y son de una honradez tal, que el parroquiano puede irse tranquilo. Lo que les gusta más y agradecen es que les conviden a una copa; pero que no se les pregunte si les gusta el vino.

Estos puestos son los de las Américas. Arriba, en la cuesta de la Rivera de Curtidores, los puestos son más aseados; todo es más limpio.

Pero volvamos abajo, al portalón, donde hay un letrero que dice: «Las primitivas Américas». A la entrada hay una tienda de boteros que cosen unos pellejos; colgando de la puerta, botas y cuernos, de vino, que llevan la gente a los toros; mostradores



de tijera, en los que venden patatas rizadas y gallinejas, que fríen al lado, con sebo. Dentro de la puerta se ve una taberna y tienda de comidas, donde van los traperos, con el saco al hombro, a comer.

Se ven unas casas muy bajas, de vecindad. El patio son las Viejas Américas; los puestos, con tabique de madera, cubiertos de esteras, están a los lados; en el centro se ven montones de sillas viejas, sofás desvencijados, caballos de cartón, cristos de madera e imágenes de piedra y trozos de estatuas, cajas de coches viejos, sin ruedas, apoyada la lanza en un gato de madera; con una sola rueda sana y las otras hechas cachos; fuera, en las paredes, cuelgan montones de ropa vieja de una cuerda; capas, gorras y calzado; puestos de libros viejos, donde se paran a comprar los curas; y, pegado a las tapias, en una silla de cocina, desvencijada, afeitan cara al sol. Por un perro gordo le ponen a uno un trapo que usan para todos dándole la vuelta, y allí dejan toda la barba. Los útiles de servicio son una brocha vieja y una bacía descalabrada.

Son los parroquianos algún pobre de estos que tienen cosido al jergón o enterrado en la pared, en un puchero, buenas onzas; o un pellejero o botero sano y fuerte. El barbero, con la colilla pegada en la oreja, empapándoles de saliva la cara, les pone de cortes como un nazareno; en las heridas aplica telarañas que tiene en una petaca. También se ve algún zapatero remendón, socarrón y golfo, sentado en la caja de las herramientas, con la colilla pegada a la lengua. Echa, al pasar, piropos a las buenas mozas que bajan al Rastro, taconeando a su lado fuerte para dar en cara al Crispín, que arregla unas tapas en unos tacones torcidos. Vecinos a éste, son el paragüero, y esos pobres que al calor del sol matan su miseria de la camisa y la capa entre el zurrón con algunos mendrugos de pan, y que lim-



pian y bruñen con una lija las conteras de los bastones viejos o liman un clavo roto.

En una tela tienen los más diferentes y absurdos objetos: lavativas, dentaduras postizas, la mandíbula de una calavera, máquinas rotas de relojes y un saco lleno de cascos de caballos de los que se matan en la plaza de toros.

Más abajo, cruza por allí la Ronda de Toledo, y estos son los últimos y más pintorescos puestos del Rastro. Maniqués de modista, cabezas de cartón de peinadoras, maltratadas y despintadas y con el pelo sucio y caído por los hombros; puestas estas cabezas en un palo y otras con el cuerpo de mimbre, con una blusa azul y una falda negra, llena de manchas que da grima.





EL MATADERO DE CERDOS

EL Matadero de cerdos está en un alto llamado el Cerrillo del Rastro. Una escalinata de piedra con barandilla de hierro, y una fuente de pilón de tres caños baja a la Ribera de Curtidores. Sobre la puerta de este caserón se ve el escudo de piedra de Madrid. Es mezquina la puerta que sale a la callejuela del costado: la de los Cojos. Una de las fachadas está apuntalada con unos maderos por ruinosa. Al lado están las calles de esta pobre pero importante barriada, con el gran desnivel de su pavimento lleno de guijarros desiguales. En las primeras horas de la madrugada se hace el degüello de cerdos, después que en los corrales se ha verificado la inspección veterinaria; se suben en pesados carrromatos arrastrados por cinco mulas que la reparten en carnicerías, puestos y cajones, y pasan por las calles con estrépito que hace retemblar los muebles en los pisos de las casas. Allí van los cerdos golpeándose unos contra otros, boca abajo, con la piel de cera grasienta, pendientes de los garfios de acero que hay en la techumbre. Una pesada cortina de sarga verde y rayas negras, llena de manchones de sangre, deja ver la carnicería que va dentro. El carretero y los mozos van con las cabezas descubiertas, redondas y duras, de frente saliente, y las blusas de colores rojos, para que se vea menos la sangre; la llevan seca y tirante, lo mismo que las gordas manos.

Al hacer la matanza por la mañana, un río de sangre sale por la puerta del Matadero y corre por la cuesta sobre los guijarros de la calle; se corrompe de un día para otro en los petos de los delantales de los sayones del Matadero, con un olor nauseabundo; éstos se encargan de baldearla, y con escobas



arrastrarla a las alcantarillas. Dentro del Matadero la sangre corre en olas; los cerdos degollados forman un montón, que esperan a ser romaneados y subidos por los mozos a los carromatos. Entre varios los cogen de las pezuñas y suben la pesada mole. He visto a un sayón cargarse en los riñones un cerdo muy grande y llevarlo hasta el carro.

En las inmediaciones de la puerta de Toledo está el Matadero de reses, que después de la corrida vienen en carros de la plaza al Matadero para ser despellejados y venderse la carne de toro, que tiene mucha aceptación en el mercado. Se compone la casa-matadero de varias casas unidas. Tiene salas de colgaderos y armarios para las ropas y herramientas de los matarifes, y casas-mataderos donde se acogotan a las vacas y otras donde se hace el degüello de carneros y bueyes. Después de su muerte se recoge la sangre en cubos, se cortan con cuchillos y mondan las pieles, y los mondongos se echan en espuestas.

Con unas poleas se levantan en alto, abiertas las reses en canal; se sueltan los grifos, y el agua arrastra a los sumideros los charcos de sangre.

La fábrica de pieles y curtidos está en el sitio llamado el Campillo del Mundo Nuevo, con salida a la Ronda. En las tejavanas ponen las pieles a secar para que se aireen y luego curtirlas, y están días y días. Detrás de las cortinas se ven las tiras de pellejo como trofeos, con su olor repugnante y nauseabundo, que se mezclan con el de las gallinejas. Un mozo de cuerda, borracho, que las había comido, provocando y echando las tripas por la boca, agarrado a un árbol, hablaba de lejos con las pieles, creyendo que eran ahorcados, y con las cuerdas daba fuertes zurríos, que se enroscaban en sí mismo, diciendo lleno de indignación, entre blasfemias: ¡¡Ya os arreglaré yo, hijos de una grandísima zorra!!



PRIMERA DE ABONO

Hoy han sonado ya en todo Madrid las horas de diversión, el ensordecedor bullicio de risa y algazara.

Abril, con sus rayos de sol, baña las casas de la Puerta del Sol, y se desprenden de sus ventanas y balcones torrentes de luz. Despierta la capital con arrogancia a su diversión favorita: la fiesta de los toros. Cientos de coches cruzan la espaciosa plaza y se abalanzan en precipitada marcha por la calle de Alcalá abajo, con hermosas mujeres recostadas elegantemente en los pañuelos de Manila, que cuelgan de la capota de la manuela. Los coches simones, coches grandes de campo, arrastrados por vigorosas mulas esquiladas hasta la mitad del cuerpo y las colas recogidas y atadas con cintas de colores. Los ómnibus con el techo lleno de gente. El estrepitoso rodar de tantos coches, para conducir a las masas de gente, al circo madrileño, pasa raudo y veloz por la carretera de Aragón.

A ambos lados del paseo filas de gente que se dirige a pie entre el pregonar de las naranjeras y el confuso rumor de la conversación. Llegamos a las puertas de la Plaza. El patio de caballos, de paredes blancas, en las que resbala el sol, está muy alegre, lleno de aficionados y chicos que esperan la llegada de los toreros para estrechar la mano de los espadas. Los picadores se preparan, probando los caballos, y picándoles las espuelas, los hacen ir a galope hasta la pared y embisten contra ella, dando con las garrochas fuertes golpes; miran si están bien apretadas las cinchas de las monturas, mientras los monos sabios atan las orejas de los caballos y los



vendan los ojos. Los picadores, de rostros bronceados, con el castoreño echado sobre las espesas y juntas cejas, y el puro en la mano, hablan con un grupo de admiradores. Este viejo, de cara simpática y bondadosa, es el señor Manuel Agujetas, el veterano picador madrileño, que de chico tenía el oficio de cerrajero en el barrio de Lavapiés; aquel mozo fuerte y joven es Carriles; el más joven, de nariz aguileña y ojos verdes y penetrantes, es Brazofuerte, y el bajito que se limpia el sudor después de haber venido montado en su rocín, bañado de sudor, con los ijares agujereados por las espuelas, desde la calle de Toledo, posada del Manco, donde se hospeda, es el valiente picador Melones, de frente saliente y cabeza redonda, cortado el pelo al rape. En las paredes del patio se ven los carteles de la corrida con grabados en madera de un torero saltando un toro a la garrocha; son de colores fuertes, como el papel de cocina, rojos, amarillos y azul oscuro.

El sol abrillanta el oro y plata de las chaquetillas de los picadores; se oye fuera el alegre sonido de cascabeles y los vivas de los chiquillos.

Todos se aglomeran con curiosidad y hacen su entrada los banderilleros y peones, con su cigarrillo pegado a la boca, y los maestros Vicente Pastor, con traje de plomo y oro; el Gallo, de azul y oro, y Martín Vázquez, el diestro de Alcalá de Guadaíra, de negro y oro. Hoy ya no es como en aquellos tiempos en que los lidiadores, con la capa cogida arrogantemente y con humildad, entraban en la capilla a rezar fervorosamente breves momentos, doblando la rodilla.

Ahora, con el cigarro en la boca, y la montera calada, nada más que se asoman, y eso por no perder la costumbre.

La gente, que pocos momentos antes invadía el ruedo en animada conversación, en un momento lo



despeja y queda la Plaza, en un abrir y cerrar de ojos, con un lleno rebosante, en que no se ve ni una sola localidad vacía, pues días antes se había formado cola para sacar las localidades. Entre la gente del pueblo se defendía una entrada de sol a golpes para ver al Chico de la Blusa.

Al compás de la charanga, que toca una música alegre, sale la cuadrilla.

Pastor, muy plantado y derecho, pisando fuerte, con las piernas algo zambas y duras de tanto pisar, la boca apretada fuertemente, haciendo dos arrugas muy marcadas en las comisuras.

Parece que se nota que viene con ganas de trabajar.

Gallo, con esa dejadez peculiar en él, con el brazo separado del cuerpo, arqueado, y la manga tápándole casi la mano, con mucho tipo y hechuras de torero; y Vázquez, serio, modesto, reconcentrado en su propio valer.

Todo el barrio de Embajadores ha acudido para ver las faenas emocionantes y paradas de su ídolo.

Después de cambiar los capotes de lujo, que tiran a los tendidos, por los de brega, Gallo juega con el capote como costumbre para probar, viéndose que tiene manejo y soltura.

Suena el clarín, y al llegar aquí nos acordamos del difunto y veterano buñolero, el que ha dado salida a tantos toros muertos a manos de Bocanegra, Montes, Cúchares, Chiclanero, Frascuelo, Lagartijo y el Gallo. Entre la expectación de los espectadores la gente de coleta espera en el redondel la presentación de uno de los toros dispuestos para la lidia.

Sale del toril el primero, de Colmenar Viejo, con divisa negra y verde. «Manchego», negro, bragao, de kilos y excelente lámina.

Recargando, aguantó hasta once varas, a cambio de cuatro caballos. Uno de los picadores, ebrio de



entusiasmo, arrancó la divisa y se la entregó a Soledad, que ocupa una barrera con su madre; agradeciendo el obsequio, la joven le tiró el ramo de claveles que tenía en el pecho.

Vicente le da un pase, con los pies clavados, de cabeza a rabo, y sigue pasando entre la emoción del público. El toro, jadeante, se va aplomando; tiene el testuz rizado por el sudor; al alzar la hermosa cabeza, engañada, fascinada por el trapo rojo, los palos de las banderillas golpean los cuernos, gruesos y anchos; un hilo de baba corre, de la boca entreabierta, por el pecho y pata; a contados pasos se quedan toro y espada como clavados a tornillo en la arena, y fijándole las cuatro patas con un movimiento de la muleta, entra a matar con una media estocada. Saca el estoque con una banderilla, y como una estatua, solo en medio de la Plaza, recortándose su sombra y la del toro en la arena, sin moverse un milímetro de la línea que proyecta, corre el estoque por la cerviz y descabella, cayendo el toro patas arriba.

Salen las mulillas, lujosamente enjaezadas, cubiertas sus cabezas con borlones azules y banderitas de los colores nacionales. Los mulilleros o chulos, con los pantalones abotinados y guayabera, a latigazos las hacen correr a galope, llevando al toro arrastrando; luego arrastran los cadáveres de los caballos.

Sale el segundo toro, con muchos pies, entre una nube de polvo. «Choricero», colorao, ojo de perdiz, listón y cornalón.

Gallo le quiebra de rodillas a la salida, entre grandes aplausos; termina la suerte con una larga cambiada. Luego coge las banderillas, y como él sabe hacerlo, después de una preparación artística, seria y elegante, pone un soberbio par; luego otro, estimando muy bien los brazos, y otro de trapecio.

Con la muleta da pases de rodillas muy ceñidos,



dicjando que los cuernos rocen los alamares, y prolongando la faena de gran torero para que el público saboree su arte clásico, a cada pase pone la mano en el testuz; luego se tira a matar de verdad, dando una buena estocada. El público, entusiasmado, le arroja sombreros y cigarros.

«Ermitaño» se llama el tercero, negro y bien armado. Al llegar a los medios de la Plaza se para en seco, moviendo la cabeza; duro al hierro, toma ocho varas. Agujetas pone una gran vara, apretando de firme y sacando incólume al caballo de la suerte. ¡Olé por la *gente güena!* Melones, después de picar con gran coraje y valor, saliendo a los medios, cae debajo del caballo; se levanta con trabajo, esparrancado, andando zambo, con las recias botas e incómoda armadura, con la pica al hombro, saludando con el sombrero en medio de una gran ovación.

El cuarto, de Miura, es muy grande y cornalón, con los cuernos escobillados; es condenado a fuego, saltando varias veces la barrera en medio del humo y el estruendo de los cohetes; espumajea rabioso y entre su boca parece resoplar el humo.

Vicente Pastor manda retirar la gente y lleva al toro a los medios de la Plaza. El toro está de mucho cuidado, con los dos cuernos más astillados por haber rematado con furia en la barrera al ponerle las banderillas de fuego. Pasando con los pies juntos y ceñido, en un derrote le voltea y le rasga la camisa; es una faena de emoción que hace levantar al público de los asientos. Un silencio imponente llena la Plaza. Algunos pases son de una elegancia como no posee ningún lidiador; parece una figura de cera. El toro brama; pero el gran espada consigue hacerlo bravo a fuerza de estar entre los cuernos, y se tira a matar de un gran volapié que lo tira con las cuatro patas al aire. La ovación que se le tributa es estruendosa, entre botas, sombreros y cigarros.



Después vemos una faena desastrosa del Gallo en su último toro. Es este torero tan desigual, que unas veces está como nadie, produciendo en el público verdadero delirio y entusiasmo, y otras indignación con sus espantadas, tirándose de cabeza al callejón. Tiene finales desastrosos en que, después de pinchazos y puñaladas, coge la puntilla de ballestilla y la tira con saña al cuello del toro, como si estuviera jugando con los golfos, con un perro gordo, a rajar un melón; y se da el caso, lo que no es corriente entre los toreros de nombradía, de tener que ser retirado el toro al corral entre cabestros, en medio de los insultos y la indignación de ese público de los toros, que lo mismo se entusiasma voceando de entusiasmo, como muestra su crueldad insultando a los lidiadores en esta fiesta bárbara y de sangre.

Vázquez se encarga de quitarnos el mal efecto de la faena de Gallito con un trasteo breve y valiente. Mientras los capitalistas se arrojan al ruedo para ver el toro muerto de cerca y arrancarle las banderillas, saltamos nosotros con ellos a ver el matadero o desolladero.



LA CAPILLA DE LA PLAZA DE TOROS

MOMENTOS antes de la corrida se reúnen los toreros en el patio de caballos. Al lado está la enfermería, con las camillas, donde hacen guardia un cirujano y un sacerdote para prestar auxilios a los heridos. Los chulos atan con cadenas de fuertes collares, a los perros de presa. Son estos animales hermosos y de pura raza. Las mulillas, enjaezadas soberbiamente, atadas de la argolla de un poste, esperan el arrastre del toro muerto. Cerca de la enfermería está la capilla de la Plaza. Instantes antes de la corrida, reuníanse en ella los espadas Bocanegra, Cúchares, Chicorro, Machío, Lucas (el que saltaba al trascuerno a los toros), Montes y Reverte. La capilla está adornada con una imagen de la Virgen de los Dolores, con su manto de terciopelo lleno de abalorios y azabaches; sus manos, amarillas como la cera, cruzadas, con los dedos finos como puñales, y la corona de relampagueante plata que rodea su cabeza. El altar está cubierto por un lienzo blanquísimo. Arden en rededor de la imagen algunas velas. Estos espadas murmuran una oración, y en un braserillo con carbones encendidos, sacan un cigarro y lo encienden en él y fuman, charlando animadamente. Enfrente hay una cabeza del toro «Morriones», muerto por Bocanegra. Cuando se condujo de noche, acompañado de otros, al encierro, entre garrochistas, se desmandó este célebre toro, y el vaquero se subió a una higuera. El toro la arremetió, y tirando cornadas como un hacha, la deshizo. Cuando fue lidiado mató ocho caballos; dos picadores fueron heridos y retirados a la enfermería. Re-



mataba en las tablas con poder y bravura, y los toreros se retiraban a las barreras entre un griterío ensordecedor. Un picador se salvó milagrosamente entre la barrera y un caballo, recibiendo gran número de cornadas en las piernas, en el pantalón de cuero, forrado de hierro. Luego arremetió contra un burladero, arrancándolo de raíz. Bocanegra, sin ser el toro banderilleado, le dio dos pases de muleta muy parados; pero el público pidió unánimemente, en vista de su bravura, que fuera retirado en medio de los mansos y destinado a toro padre. Dos años más tarde volvió a ser lidiado, matando seis caballos y muriendo a manos de Bocanegra de un soberbio volapié. En los cuernos de la noble fiera disecada se marcan los siete anillos de su edad. Rodean la cabeza un castoreño y un pañuelo con manchas de sangre de un picador herido y el estoque, corto y ancho, de hoja mohosa, junto con la muleta de Bocanegra. En una vitrina, detrás de los cristales empolvados, se ven unas banderillas con flores de trapo descoloridas y delicadas como si fueran de cera. En las cintas, azules y encarnadas, desteñidas por los años, se mezclan la sangre apagada ya, la sangre roja, negra y espesa de los morrillos de los toros. En un papel pegado a la pared se lee que las puso Reverte, en una corrida de Beneficencia, después de una gran preparación artística. También se ve la camisa, con manchones de sangre y hecha jirones, del célebre Espartero, y la faja que llevaba puesta el día que el toro «Perdigón», de Miura, lo mató en la Plaza madrileña. La musa popular cantó su muerte con estas sentidas coplas:

De verde y oro vestía
el célebre matador,
que en Madrid perdió la vida
por su arrojo y su valor.

[116]



Cuatro caballos llevaba,
todos llevaban plumero;
los sevillanos lloraban
la muerte del Espartero.





Biblioteca Virtual

CONSELERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

LA MEDIA LUNA, PERROS DE PRESA
Y BANDERILLAS DE FUEGO

LA fiesta de toros ha sido en todos los tiempos bárbara e inhumana. Las banderillas de fuego, que hoy se tachan con justicia de crueles, han sustituido a otros procedimientos de tortura, como la media luna y los perros de presa, para castigar al toro manso que no tomaba picas y huía de los caballos. Pero de este espectáculo, hoy, se tiende a que se suprima el caballo, a que se le libre, por medio de una coraza, de las cornadas. Entonces se acabaría con la fiesta, pues lo sangriento, el desorden en la lidia, son las notas más fuertes de toda buena corrida. Por eso Mazzantini no ha sido nunca un gran torero, pues su divisa era orden y respeto. Yo he presenciado corridas en Tetuán, y en provincias en la vieja plaza de Cabra, que recordaban cómo debían ser las buenas corridas antiguas. Hoy los toreros degeneraron mucho. Guerra, que dicen que era muy bueno, no podía compararse con maestros de su época. No era de torero su vida reglamentada de conservador, de tacaño. Frascuelo, el señor y dueño del estoque, el madrileño castizo, aunque nacido en Churrana, corría una vida llena de azares, de derroche, y cuanto ganaba lo gastaba. Era un hombre modesto en el vestir. Llevaba la camisa sin corbata; otras se le veía lleno de alhajas, montado en un magnífico caballo. Una vez entró en la Plaza Mayor rompiendo botijos, que luego abonó con gran esplendor. Lagartijo el Grande, el enorme torero, se presenta en alguna fiesta vestido con la mayor sencillez, siempre digno y torero. Cuando toreaba en Madrid se le veía salir de una posada de la calle de Toledo, hablar



con arrieros y gente del pueblo. El portalón de su posada estaba interceptado por carros y diligencias; subía al coche que le conducía a la plaza entre chicos del barrio que le daban vivas. Otras veces se le veía pasear a caballo por El Pardo, con el sombrero que él se inventó, con la pechera llena de diamantes y la silla del caballo vaquera. Se paraba en un mesón a beber una jarra de vino.

¡Qué diferencia hoy de aquellos tiempos en que los toreros todo lo intentaban, se arrodillaban ante la cara de los toros y ponían banderillas en silla.

Siempre es motivo de fiesta en los pueblos el encierro de los toros que hemos visto desde el tren en los campos y montes y a orillas del Jarama.

La víspera de la corrida acude la gente a las afueras a verlos pasar entre cabestros. Los piqueros a caballo y los mozos con la honda en la mano y los toros que han de ser lidiados, pasan corriendo entre nubes de polvo. Después del encierro se ve la verbena llena de mozos y mozas que bailan en la plaza de esos viejos pueblos: Castellón de la Plana, Ronda, Medina del Campo... La murga, que no falta en los pueblos los días de fiestas, alegra la plaza con su música bulliciosa y detonante. Los balcones del Ayuntamiento lucen colgaduras e iluminaciones, y los toreros que torear mañana pasean hasta altas horas por las tabernas y bailes. Los murguistas tocan el serpentón y el bombo.

—¡A ver, maestro, otra tocata!; servirlos otra ronda de vino.

Y el trombón y el trompetín de pistón soplan con fuerza, con un sonido penetrante, y la ronca voz del serpentón y el grito agudo y chillón de un violín.

La media luna se empleaba cuando el toro era huido, no se prestaba a la muerte, no humillando la cabeza, y salía corriendo. Entonces, un hombre, con un largo palo, terminando con un hierro muy



cortante, en forma de media luna, le cortaba traído-ramente los tendones de las patas, por detrás, y le remataba de un puntillazo, sin el menor temor, asiéndole de los cuernos.

A veces, el toro hacía esfuerzos por sostenerse sobre los muñones, arrastrándose, y entonces se le cortaban las manos. Esto era un asesinato; y, comprendiendo que el público no toleraba más tan repugnante manera de acabar con la vida de la noble fiera, se pensó en suspender su empleo.

Por entonces, en aquellas famosas corridas en que se lidiaban ocho toros en una tarde, y que eran estoqueadores Curro Cúchares, Montes y el Chiclanero, se emplearon también los perros de presa para castigar la cobardía de los toros mansos. Los chulos los azuzaban con palos; los perros se sujetaban de las orejas, del morrillo y del vientre del bruto, impidiéndole sus movimientos y desgarrando su piel; el toro bramaba rabioso y corneaba a los perros, volteándolos a gran altura, y, al caer, se arrastraban destripados por la arena los perros, no abandonando su presa; sujetaban al toro clavado en la arena hasta que se le veía rendido doblar las corvas y echarse. Entonces, el cachetero lo remataba. Hoy, cuando el toro no recibe más de dos varas, se le condena a fuego; se arma un gran alboroto en la plaza y por todos lados gritan: «¡Fuego, fuego!» Los banderilleros salen armados de unas banderillas anchas, llenas de cohetes que se encienden al poco rato de penetrar en la piel, corriendo la llama hasta la mecha, donde está la pólvora, estallando en detonaciones, tostando vivo al pobre animal, que permanece parado, con la lengua fuera. En seguida le colocan otros pares, hasta cuatro; algunas banderillas estallan con estrépito en el suelo. El toro entonces da botes y brincos, corriendo entre una nube de humo y de fuego, sacudiendo las banderillas, que



se golpean sus palos ardientes y carbonizados, bramando de rabia y babeando.

También se soltaron alguna vez a la arena, al final de una corrida, por petición del público, caballos viejos que eran muertos a cornadas, romaneados entre las astas; colgajos de tripa colgaban de un cuerno, o eran lanzadas al aire. El caballo, con la montura torcida, chocándose el hierro de los estribos, emprendía un galope desenfrenado, perdiendo el pañuelo que vendaba sus ojos, y recorría desbocado todo el ruedo, estrellándose contra la barrera, y, al choque, hacía saltar alguna tabla. Aún se conservan y se dan corridas en esas plazas viejas, que parecen fortalezas de piedra —la de Olot, la de Astorga—, y se registran algunos casos de toros que, saltando la barrera, llegaron a los tendidos, campaneando y prendiendo entre sus astas a algunos espectadores, y sembrando la desolación y la muerte, quedando barridos los tendidos de gente que se golpeaba y se atropellaba para salir de la plaza, entre montones abandonados de chaquetas, capas, sombreros y faldas hechas jirones. Todavía muchos circos de pueblos son de tablas, y los asientos de los tendidos son cajones; pero las barreras son fuertes y seguras, y, por precaución, se ha puesto en todas un cable que se extiende, a bastante altura, entre fuertes postes de la contrabarrera.

No olvidaré una corrida que vi en Sevilla torear a Pepete, el torero sevillano del barrio de la Puerta de la Carne. Toreaba con otro torero sin cartel. Fue la corrida de más desorden y más accidentada que he visto. Un toro que tenía los cuernos de hormigón saltó muchas veces la barrera y se le condenó a fuego. Uno de ellos fue bravo: mató seis caballos. Los picadores caían al descubierto, y los maestros no se cuidaban de hacerles el quite. A los caballos,



con las tripas enredándoseles entre las patas, no los puntilleaban.

El picador Cirineo cayó sobre el lomo del toro, y fue corneado y arrastrado por la faja y golpeado con furia contra la barrera. El picador Aceitero cayó, después de una vara, de pie, cubierto todo él de sangre del caballo. Luego montó en otro caballo, lleno de ira, y cayó de cabeza, teniendo que llevarle en brazos a la enfermería. A los pocos momentos estaba tan tranquilo entre barreras, con la cabeza fuertemente vendada, fumando un cigarro puro que había cubierto de papel por estar roto.

Pepete dio en la cruz una estocada, embraguetándose con rabia, y el toro y él cayeron y rodaron. El diestro quedó debajo y se levantó; y el toro, pendiendo de sus astas la faja y trozos de camisa, con las patas abiertas, esparrancado, sacude la cabeza, y, entre el derrame interno y entre un temblor, se desploma con las astas clavadas en la arena. La ovación que se tributó a Pepete es de las que hacen época, entre chaquetas, sombreros y botas, que va devolviendo el héroe de aquella tarde y de muchas en que tomó parte.

Pero aquel dicho de la gente, que era carne de toro, que siempre que salía a la plaza llevaba, más que el traje de oro, el sudario de la muerte, tuvo triste profecía. Pepete tenía el cuerpo cosido a cornadas; en su semblante, en sus ojos tristes llevaba impreso su trágico fin: el de la copla popular:

«El apodo que llevas
suena a cogía;
quien te puso Pepete
te conocía.»





Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

EL DESOLLADERO

UNA puerta ancha y fuerte pintada de rojo como la barrera que comunica con el ruedo, es la del toril. Al lado del establo de los toros, y de las cuerdas de caballos, está el patio donde se les desuella, y en él hay unos cuantos cajones numerados y muy fuertes, con ruedas, donde vienen encerrados los toros. Al entrar en la carnicería se ve un montón de cadáveres de caballos con los cosidos del pellejo y las tripas fuera, el cuello largo y estirado, los ojos muy abiertos, redondos y fuera, los caballos blancos quedan agarrotados, azulados y lívidos. En estos caballos se nota las crispaciones de espanto en sus patas y bocas, con las dentaduras negras y apretadas y con la lengua fuera llena de polvo.

Sobre el montón de cadáveres han echado unas paletadas de tierra para apagar la sangre y el desagradable aspecto de las tripas. Arrimadas a la pared hay unas cubas grandes y cubos de cocina: es el botiquín. Cuando entra un caballo que ha quedado fuera de lucha, pero que puede prestar servicio para picar otro toro, ya en los corrales, entre unos cuantos hombres, le derriban, le echan un lazo a sus patas y tiran con fuerza desde lejos para que no tire coces. Durante la cura, le meten estopa empapada en árnica, y con una aguja de coser esteras les cosen las heridas. Después le hacen ponerse de pie y con cubos le lavan la sangre. En el ruedo las curas son más crueles. Cuando el asta ha entrado entera en el vientre del caballo, con gran rapidez, sin que apenas los espectadores se den cuenta, ya los monos sabios han vuelto a meterle las tripas y tapado el boquete con un montón de trapos, y con las varas



que llevan en la mano le golpean las rodillas, y sujeto fuertemente de la brida, el picador, a fuerza de pinchazos de espuela, ayudándose del movimiento o impulso del cuerpo, les obliga a entrar nuevamente a picar al toro. El caballo es levantado con el picador en alto; ha recibido una cornada en el pecho, quedando las dos patas de delante encima de la cabeza del toro, que las cornea fieramente, y cayendo violentamente, el picador queda al descubierto. Entonces, como no hay momento que perder, uno de los espadas, cuando el toro va a cornear al picador, tira su capa encima de la cabeza de la res y se agarra a la cola, dando vueltas. Aquel valiente coleo ha librado de la muerte segura al picador, que se retira a la barrera molido del golpe. El caballo, entretanto, atraviesa el redondel pisándose las tripas, y entre una ola de sangre que brota como un caño del pecho, le entra un temblor y cae de cabeza con las cuatro patas al aire.

Entran las mulillas a galope en el patio arrastrando al toro muerto, el último de la corrida.

El carnicero, con manguitos en los brazos, con un cuchillo abre el pecho del toro. En este momento se abre paso entre los curiosos una mujer de pueblo con un joven anémico.

Tiene la cara blanca como el papel, y en un vaso grande que ha llenado de la espesa sangre aún caliente, que sale a borbotones del pecho abierto, le dan a beber todo el vaso seguido.

El matarife capa las partes del toro y las guarda en un taleguillo en donde tiene las bolsas de los demás toros; atan una cuerda de una pata y tiran, pisando en el vientre para que salga toda la sangre por el pecho; luego, a hachazos, arrancan los cuernos. Algunos chicos, con banderillas y cuernos en las manos, miran con gran curiosidad y se restregan la suela de la alpargata en la sangre. Los empleados



colocan un lazo al vientre del toro, y con una polea le suben en alto de un madero para subirlo a un carro. Uno de los sayones se sienta en la panza y lo lleva al matadero para descuartizarlo y vender su carne. Mucha gente del pueblo espera a las puertas de la plaza para ver salir los toros en los carros. Durante la corrida se contentan con oír los aplausos y los silbidos, y el toque, sobre todo, de la suerte de matar, esperando con ansia el ver salir el cadáver del toro. En la cuadra del patio, al lado del montón de caballos muertos, están tranquilamente sus hermanos atados a las paredes de ladrillo, comiendo la paja y esperando con la piel cosida el sacrificio. Son éstos, pobres bocicones rocines de deshecho, que después de haber prestado servicio tirando de un coche de alquiler durante muchos años, pobres animales que se les debía dejar morir de viejos, son vendidos a bajo precio para que sus cuerpos sean desgarrados a cornadas.





Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

DILIGENCIAS, GALERAS Y CARROS

EN diligencias, galeras, tartanas y carros se hacen viajes diarios a Torrijos y pueblos inmediatos.

Los alrededores de Madrid están rodeados de cuestras, quebraduras y lomas, que impiden ver, desde cualquier punto que se tome, la multitud de pueblos vecinos, como Barajas, Chinchón, Navacarnero. Por eso no puede sorprender el que se encuentren piedras sueltas por los campos, porque son restos de las peñas que existieron antiguamente, de montes poblados de arbolado, con abundantes pastos, donde se criaba mucha caza de conejos, liebres, perdices, así como también ciervos, gamos, corzos, jabalíes y osos. Así es que en los terrenos donde hay arena gruesa y arcilla, que proviene de ellos, como en los altos de Fuencarral, prueba que las peñas que allí hubo fueron de granito; por el contrario, los que son calizos, como las de los lados del camino de Aranjuez, emanan de los peñascales de yeso; las peñas que constan de greda, arena, marga y un poco de materia yesosa, como las de Alcorcón, provienen de la amalgama de diferentes peñas de dichas materias, dando origen al barro con que se fabrican los pucheros y vasijas de aquel lugar, los cuales se funden con un fuego muy violento, y son de gran fama por su duración.

En cambio, hay otros parajes en Madrid en que el terreno es plano desolado, parecido a los campos yermos de la Mancha. La galera de Salustiano Pantorrillas sale para Cuenca del parador del Dragón, Cava Baja, 14. Mientras suben los bultos, arcas y baúles, con una escalera, a la techumbre del coche, en una tienda de enfrente, los boteros están echando



unas botanas a unos cueros de vino que están horadados, y dos arrieros se pegan, dándose buen número de mojicones y porrazos, vomitando uno de ellos cuanto había comido, en las barbas del otro. Al lado de la Fuente de Toledo, de granito, con un grifo y un oso que indica los blasones madrileños, se para a beber en los pilones una recua de mulas de labor que vienen de Medina del Campo. En un carro grande llevan los arados; en alguna de las mulas van montados labradores; las mulas llevan los arreos recogidos en las monturas.

Bajan las pesadas diligencias por el puente de Segovia, severo y sólido, con algunos de sus arcos cegados y enterrados por las arenas del río. Decora este puente un parapeto elevado, de granito, de adorno churrigueresco. En una hornacina hay un santo con las manos y la nariz rota, apedreado por los chicos. En todas las cepas del puente tiene como adorno grandes y pesadas bolas de piedra. Las mulas emprenden un trote largo, entre el sonido de los cascabeles y los trallazos del mayoral.

Hace muchos años, cuando todavía no existían los ferrocarriles en España, las diligencias y galeras hacían viajes a Navarra, Andalucía, a Vizcaya, a Victoria, Irún, Haro y Vergara. Entonces había competencia, y buen número de ellas volcaban y se hacían pedazos en las cuestas y quebraduras, en Despeñaperros, en Andalucía y en las carreteras peligrosas.

El tiro de la diligencia solía ser de ocho mulas y los postillones. Cuando el ganado estaba muy cansado, se hacía un alto para cambiar de tiro de mulas y descansar en las ventas de los pueblos los viajeros. Hoy, todavía se utilizan las diligencias y carromatos cubiertos, de forma de galeras, para ir a los pueblos de Arganda, Colmenar Viejo, Escorial y para el ferrocarril del Tajuña, teniendo sus puntos



de salida de la posada de San Blas, calle de Atocha, y de la carretera de Extremadura y demás paradores y mesones.





Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

LA CASA DEL POBRE DEL RETIRO

DE los antiguos reservados de los reyes, el gabinete del Pescador y el del Contrabandista, sólo se conserva en el Retiro la casa del Pobre.

En una frondosa alameda está la casa rústica, hecha de troncos de árbol clavados. Al visitar esta choza los niños tienen miedo y se quieren marchar, agarrándose a las faldas de las niñeras. Se entra en una gran oscuridad, pues el piso de la casa del Pobre no tiene más que dos pequeñas ventanas; se ven una mesa con una cesta llena de huevos de madera pintada, un almírez y una escudilla con varias cucharas de madera.

De las paredes ahumadas cuelgan unos cuernos de cabra, y en los vasares se ven platos de loza pintada y pucheros desbocados, viejos; sartenes, quesos manchegos de madera, sucios y brillantes, barnizados, imitando la grasa. Debajo del vasar hay un armario o alacena de pino, donde se guardan los vasos y la mantelería, compuesta de dos o tres servilletas y un mantel de lienzo burdo y tieso, oliendo a humedad en el fondo, entre una sombra oscura, dura y recortada que proyecta la luz de un ventano alto taladrado en el muro. Debajo, una cocina de campana. Cubre su vasar un lienzo blanco con una cenefa roja, en la que hay huevos y pucheros con aceite rancio y trasnochado, y una aceitera y embudos de hoja de lata.

Penden del techo negro, sujetos de una cuerda, un jamón rancio y seco y un trozo grande de tocino, chorizos y cecina y sartas de ajos. Al calor de la lumbre una aldeana con pañuelo a la cabeza y pelo de persona tapado por un pañuelo, corpiño azul de estameña y refajo amarillo de bayeta. En la ma-



no tiene la caña y el copo: está hilando. De vez en cuando se incorpora con un movimiento de muñeco y mueve la cuna de un niño que llora entre pañales. En otro compartimiento vemos dos muñecos que representan dos niños negritos lujosamente vestidos, con el cuerpo de trapo. Uno colgado de las anillas y otro del trapecio, dan vueltas y hacen piruetas. Sus padres, viejos negros, sentados en sillas, con las cabezas de cartón, los ven trabajar.

Una cortina mugrienta separa el aposento contiguo, donde reposa el viejo enfermo metido en la cama, enjuto y amarillo; tiene un gorro de dormir; en una mano huesuda y blanca sujeta un pañuelo de hierbas. En la ventana entornada que da a la cabecera de la cama, hay un cantarito de agua. Por el intersticio de la ventana entra una línea de sol que viene de la alameda, apagada por la frondosidad de los árboles. La colcha rameada y de color rojizo, oliendo a miseria; y como si el catre le viniese pequeño para su gran estatura, los pies hacen un gran bulto, saliéndose fuera. En una esquina de la alcoba se ve un lavabo de hierro sin jofaina y una jarra abollada caída para un lado. El viejo tiene puesta una camisa de dormir de lienzo duro, haciendo pliegues recortados y pegada por el sudor, por la calentura del cólera, a su cuerpo de huesos. El viejo se incorpora entre el chirrido de resortes que mueven todas estas figuras mecánicas, se sienta en la cama de golpe, como si pidiese agua y se sintiese por la fiebre morir, con el rostro espantado y angustioso, porque nadie acude a socorrerle, nadie se sienta en la silla que tiene a su cabecera a su mano diestra.

Subimos con trabajo por una escalera muy pendiente. Al aspecto rústico de cortezas de árbol de que se hallan cubiertas las paredes de esta casa, sucede la agradable ilusión de verse transportado



a un lindo gabinete, tapizado de damasco amarillo con adornos y plegados rellenos de seda azul. Esta casa es la del Rico.

En ella hay unos divanes del mismo color, una mesa de mosaicos con madera dorada y sillones con espejos en el respaldo. Esta sala tiene las ventanas con las persianas cerradas, y en ella se nota una fresca y grata penumbra como en los palacios de Aranjuez y El Pardo. El viejo guarda que nos acompaña, el mismo que ha movido los resortes de las figuras, abre las ventanas, y los árboles frondosos, los caminos enarenados, los macizos simétricos y recortados, y el cielo luminoso, se reflejan con fuerza en los espejos de la habitación, en el respaldo de los sillones, en la ventana abierta situada al Mediodía. Al abrirse se ve entre las copas de los árboles que lo recortan y limitan, la línea de cristal del estanque del Retiro.

Todo lo vemos luminoso, y deslumbra nuestros ojos al destacarse radiante en los espejos, quizá porque desde que hemos entrado en esta casa no hemos visto más que la oscuridad y la negrura, y ahora se ve la luz tersa y clara. Al repetirse en los espejos todas las formas invertidas, al levantar la vista al techo, nos vemos boca abajo. De pronto, una música deliciosa, grave y antigua, como la voz de un viejo cantante, nos hace llevar una sorpresa, y es que nuestro guía ha dado cuerda a los relojes de sonería, un reloj de pared de caja con unas figuras de madera pintada.

Representan un baile de aldeanos flamencos, como los de los cuadros de Teniers. Se retuercen bailando al compás de la música. De pronto, el reloj no funciona, se siente un ruido de ruedas dentro de la caja, como si se fuera a romper, cesa la música, y las figuras, como si las hubiesen detenido en sus movimientos más graciosos, se paran bruscamente.



El presente documento tiene como objetivo principal proporcionar información sobre el proceso de evaluación de la calidad de los servicios educativos. Este proceso es fundamental para garantizar que los centros educativos cumplan con los estándares de calidad establecidos y para identificar áreas de mejora. El documento describe el marco teórico, los instrumentos de evaluación, el procedimiento de aplicación y los criterios de valoración. Asimismo, se detallan los roles y responsabilidades de los diferentes actores involucrados en el proceso, así como los recursos necesarios para su implementación exitosa. El objetivo final es promover una cultura de mejora continua y garantizar que los estudiantes reciban una educación de alta calidad.



EL RETIRO

ESTE magnífico parque, llamado vulgarmente el pulmón de Madrid, es el paseo preferido de todos, por sus espesos bosques y sus paseos silenciosos y solitarios. En él hemos pasado nuestra infancia, esas tardes que nos han parecido tan cortas al concluir las pesadas horas de encierro en el colegio delante del pupitre y de la plana, escribiendo al dictado, y nos acordamos de su tristeza, de la rareza de sus paseantes, de su tierra regada y del fuerte olor de humedad que de ella se desprende.

El estanque grande es el sitio preferido por la gente de pueblo. Los domingos, a todos los paletos que vienen a Madrid les llama la atención el barco de vapor y los de remos; la barandilla de hierro, con asientos de piedra que dan la vuelta al embarcadero, están llenos de niñeras y niños; por el paseo de coches va la gente elegante y acomodada; las filas de coches dan la vuelta al llegar a la estatua del Ángel Caído. En el parterre, en el verano, cuando apenas ha salido el sol, comienzan los paseos matinales. Las niñas saltan a la comba, y las jóvenes que quieren novio, con el pelo suelto, se quitan los sombreros y juegan a las cuatro esquinas y a la gallina ciega; luego se sientan en un banco unas cuantas amigas, con las mejillas encendidas, y agitan precipitadamente los abanicos; las mamás, sentadas en un banco, llevan allí la costura de casa.

Un coro de niñas canta:

«Carrión,
Trencilla y cordón,
Cordón de Valencia.



¿Dónde vas, amor mío,
Sin mi licencia?
Carrión,
Trencilla y cordón,
Cordón de la Italia.
¿Dónde vas, amor mío,
Sin que yo vaya?»

En las frondosas alamedas y plazuelas, con gran fuente en medio, sentadas en los bancos, vemos gente gozando de la tranquilidad de aquellos deliciosos paseos, llenos de copudos y viejos árboles plagados de pájaros y de ruisseños. En el estanque de las Campanillas son muchos los que se han ahogado; o en las tapias del Retiro se han pegado un tiro en la sien, al lado de estos estanques, llenos de hierbas y juncos, en los que se crían peces y nadan patos y cisnes.

Hay fuentes raras y bonitas, como la de los Galápagos y la de la Alcachofa; en invierno rodeada por los árboles, que se han quedado sin hojas, y los pilones de agua verde estancada, por donde asoman la cabeza las ranas, en medio de un silencio sepulcral; en la primavera, cuando están llenos de frondosidad los árboles.

La Casa de Fieras está también muy concurrida los domingos.

En ella se ven la jaula de los monos, la cebra y la jirafa. El elefante «Nerón», sujeto con una argolla de una de las patas traseras, está en una cuadra de barrotes de hierro.

Cuando tocan la campana para la señal de la comida, todo el público se acerca a las jaulas. El domador, que tiene el pelo rojo y la blusa y las manos llenas de sangre como un matarife, lleva una espuerta llena de carne. Al oso negro le da una libreta de pan y un gran trozo de carne que cuelga de los



hierros de la jaula. El león da fuertes bramidos que resuenan en las avenidas del Retiro.

Luego da de comer a la foca en un cubo lleno de pescados y sardinas, que tira al aire, reuniéndolos con gran tino. Sale de la piscina con la piel negra y brillante, y va engullendo los pescados enteros.

En una artesa está el cocodrilo. A la serpiente boa la saca el domador de un saco y se la enrosca por los hombros, y la da a comer conejos y pichones vivos. Se ve su cuerpo cómo se hincha cada vez que los traga.

Luego hemos dado una vuelta por el paseo ancho, donde hay filas de estatuas de piedra, a derecha e izquierda, de los antiguos reyes españoles; hemos visto pasar a un señor de aspecto vigoroso y cara bondadosa, con barba corta, lo mismo que el pelo, blanco, y una mujer simpática y joven. El porte de ellos es el de dos burgueses; él lleva sombrero nuevo de paja y traje sencillo, de americana; ella, traje claro, elegante, y sombrero de mañana; caminan un poco separados; pero se nota en la conversación animada y en el paso decidido, que la felicidad les sonríe. La alegría fuerte y sana de dos caracteres unidos. La voz de él es clara y enérgica.

Unas niñas saltan a la comba y cantan en corro. Ellos se paran a oírlas y verlas jugar; y mientras los pájaros gorjean en los árboles, el sol radiante marca sus siluetas. Reconocemos con simpatía a Francisco Ferrer y a Soledad Villafranca.

FIN DE LA PRIMERA SERIE

[139]



El presente documento tiene como finalidad proporcionar información sobre el desarrollo de la actividad de la biblioteca en el ámbito de la Comunidad de Madrid. El texto describe el estado de la biblioteca en el momento de la redacción del informe, así como las acciones que se están llevando a cabo para mejorarla. Se menciona la importancia de la biblioteca como instrumento de cultura y de formación, y se detallan las medidas que se están tomando para garantizar su funcionamiento y su acceso a los usuarios. El informe concluye con una serie de recomendaciones y propuestas para el futuro de la biblioteca.



MADRID, ESCENAS Y COSTUMBRES

SEGUNDA SERIE

(1918)



Biblioteca Virtual

COMISIÓN DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

MADRID, ESCENAS Y COSTUMBRES

Madrid, Escenas y Costumbres, by Benito Pérez Galdós, is a collection of short stories and sketches that provide a detailed and often satirical look at the social and cultural life of Madrid in the mid-19th century. The stories are set in various parts of the city, from the grand palaces and aristocratic neighborhoods to the bustling streets and the lives of the lower classes. The author's keen observation and sharp wit capture the essence of the city's atmosphere, from the opulence of the high society to the struggles of the poor. The work is a masterpiece of Spanish realism, offering a rich and nuanced portrait of a city and its people.



LA PUERTA DEL SOL

*A la admirable y rara
artista Margarita Nelken.*

Es el punto de Madrid más concurrido, más famoso y que más modificaciones ha sufrido; pues hoy, de su antiguo carácter, sólo conserva el nombre, que proviene de la imagen del Sol, que había pintado en dicha puerta, que fue derribada en 1520. En el mismo sitio se construyó un castillo para defender a Madrid de las sorpresas de los bandoleros y foragidos que infestaban sus inmediaciones.

También se abrió un foso que cercaba el hospital y la Iglesia del Buen Suceso; el castillo y el foso desaparecieron al ensancharse la población por esta parte.

El terreno que hoy ocupa, está regado con la sangre de muchas revoluciones y motines. En 1750, la Puerta del Sol la componía una barriada de casas chatas y sórdidas, de portales lóbregos y húmedos, con tortuosa escalera; la mayoría eran de un solo piso, y de balcón a balcón había tan poca distancia, que se podía pasar de uno a otro; muchas de estas casas fueron de mal vivir y pendían de las bohardillas profundas y hediondas y de los balcones como distintivos, colchas y mantones y gran cantidad de medias de rayas de colores y enaguas. A las mujeres públicas las hacía llevar el corregidor, para que se distinguieran de las honradas, un cordón que caía por el pecho y estaba cosido al hombro. El barrido de las calles se hacía semanalmente; cada casa tenía un basurero en el portal, y los vecinos depositaban en ellos toda clase de suciedades; y por falta de



retretes, hacían sus necesidades en un vacín, que sacaban a la calle esperando el paso de las letrinas; pesados armatostes de hierro en forma de cuba, con una tapadera al costado, donde iban las aguas malas para desaguar al campo. En los corrales había caballerías muertas que llevaban semanas enteras, y sacaban unos hombres misteriosamente, arrastrándolas con unas cuerdas por la noche; una mula o un pollino con el vientre hinchado como una caldera, para abandonar estas carroñas en las afueras; el Ayuntamiento dio orden de suprimir estos basureros por causa de la epidemia del cólera morbo, y haciendo que la limpieza fuera diaria, recorrían las calles unos carros con una campanilla para avisar a los vecinos que sacasen las espuestas de la basura de seis a ocho de la mañana; no por eso dejaban de verse en las aceras de los numerosos conventos, y junto a las tapias de las casas, las inmundicias de hombres despreocupados que se bajaban las bragas donde mejor les cuadraba para hacer de el cuerpo. Alguna vez bajaba a la calle, de las espadañas de los conventos, el sonido tristísimo de las campanas tocando a muerto. Era que pasaba la Cofradía del Consuelo, encargada de dar sepultura de misericordia a los cadáveres de los pobres; cruzaba la Puerta del Sol un ataúd encima de unas angarillas, acompañado de cuatro pobres con cirios y un cura con cruz alzada; un hermano que iba delante llevaba un estandarte de hule negro, que era el de los ajusticiados a garrote; también se utilizaba el mismo ataúd para varios, y así que se sacaba de él al que lo ocupaba y se le echaba al hoyo, volvían con él para enterrar a otro difunto.

A causa de los numerosos incendios ocurridos en la Villa, se adquirió una manga ancha y fuerte por la que se podían meter los vecinos desde los balcones en caso de que la escalera estuviese invadida



por las llamas. En 1820 siguen las casas mezquinas y pobres; en cambio, van ganando las calles Mayor, Carretas y Arenal, por la parte del Oeste; el callejón de los Cofreros ha desaparecido; el convento de San Felipe, con sus gradas y covachas, y la calle del Empecinado; la figura de la Puerta del Sol es irregular, y las casas se aglomeran y no guardan simetría; la planta baja, destinada a figones y despachos de vinos; en los días festivos se reúnen los jornaleros y soldados y se entretienen en tirar a la barra y jugar al tejo (muchas veces hay pendencias de garrotos y piedras). En una de estas tascas existía un cuadro, que el dueño hizo desclavar del bastidor, y pegado al lado de la puerta de la taberna; eran dos hombres de pelo en pecho: un torero y un valenciano se encuentran en un camino y los dos no se quieren ceder la derecha; debajo tenía este lienzo la siguiente inscripción:

—De un zablazo que di
con esta mano derecha,
a un galápago una brecha
de ziete jemez le abrí.

—Pues, yo con la diferencia
de haber sido con un canto,
a un edecán otro tanto
hise serca de Valensia.

En las casas de soportales tenían sus tiendas los cordeleros de cáñamo y los beloneros, colgando del marco de la puerta belones y candiles de Lucena. Cruzan la plaza enormes carros con maderas de construcción de los pinares de Cuenca y de tierras de Soria; en las puertas de los paradores y mesones hay pesadas galeras; en los bancos del portalón están reunidos los labradores y ganaderos de los pueblos de Guadalajara, Sigüenza, Alcalá de Henares;



allí están las galeras del tío Jeromo, del Vallecano, del Siete Varas, que tardan diecisiete días en llegar a las provincias vascongadas, durmiendo los viajeros en los colchones extendidos a fuerza de cálculos, para que el espacio que cuentan dé cabida a todos. Las comidas se hacían bajo el toldo de la galera, mientras caminaban, reuniéndose los viajeros alrededor de una enorme sartén y de una cántara de vino; las cenas, compuestas de la olla de sopa de ajos, apedreada de tocino y cabrito asado, rebañada con pan moreno y rociado el gazzate con tragos de vino de la bota. Durante la ruta se hacían varios altos en las posadas y paradores con objeto de dar descanso al ganado y continuar las travesías abrumadoras de la Mancha y Castilla, en que se solía cambiar el pellejo. Casi todas estas ventas no tenían más que las paredes desnudas, salvo alguna estampa de la virgen, una mesa para todos, unas sillas, tres o cuatro camastros y algún colchón en el suelo; en la cocina, ahumada y sombría, alumbraba un candil a una vieja que freía un par de huevos, y un rufián, con el pelo muy corto y la cabeza voluminosa, machacaba en un almirez unos ajos; en la pared había una sartén, un triple asador y una bota, sintiendo el viajero, tras los cristales del balcón, a media noche, rasguear una guitarra y cantar al mozo de mulas en el silencio imponente del pueblo.

Alrededor de las posadas de la Puerta del Sol tenían establecidos sus cajones los tablajeros, choriceros y tocineros, y en unos carteles se anunciaba los precios de la carne de toro el día siguiente de la corrida. A la luz de los escasos faroles de aceite que había, se ven atravesar la plaza recuas de mulas, carros con arados de labranza, y al amanecer manadas de corderos y carneros, piaras de cerdos negros que salen a los pueblos de las afueras. Durante todo el día recorrían las calles vecinas a la



Puerta del Sol, reuniéndose en ella los vendedores callejeros que gritaban de distinta manera su mercancía. El arenero, voces a todo pulmón; un chico con el pantalón comido, con los pies descalzos y la camisa raída, llevando a la espalda una espuerta de arena.

La sebera, hay se-e-ebo, grita con voz ronca una mujer desgredada que camina sin medias, en chancas, con un peso que en vez de platillos son unas tablas con unas cuerdas y el talego de sebo a la espalda, con la falda puerca, llena de manchas que huele a podrido. El aceitero, con la cabeza encasquetada en una montera de cuero y pelo, el pelo caído y el cuero pelado y seboso, lleva un pellejo que le da la vuelta a la cintura y sujeto con una correa, y cuando le hace señas una mujer desde una ventana para que se pare, él se mete en el portal y llena las botellas y alcuas de la vecindad, abriendo la llave del pellejo, pareciendo que el chorro de aceite sale de su vientre. El quesero, con sus alforjas llenas de quesos manchegos, se aprieta un pañuelo a su cabeza; la ropa, de paño duro y seco, se ajusta a su cuerpo enjuto; sus zapatos de madera, que han pisado tantas veces el polvo y el pedernal de la tierra castellana; cuando se para a vender el queso, los saca muy envueltos entre lienzos, y al cortarlos con su cuchillo, se le quedan las manos relucientes de aceite, esparciéndose por el aire un olor fuerte y sano del suero de los quesos. El sartenero chilla; un hombre ruidoso que pasa chocando fuertemente dos sartenes. ¿Quién me compra un gallo reloj y despertador de la mañana? Y así durante el día iban desfilando los distintos pregones, los cuales, si algunos han variado, otros se conservan lo mismo en nuestros días, y se les puede aplicar el dicho de ser perros con los mismos collares. A partir del año 50, la piqueta en la Puerta



del Sol empieza a hacer estragos; por todas partes no se ven más que derribos, y las calles empiezan a urbanizarse y gana Madrid en comodidades, perdiendo y sacrificando la parte artística y monumental. Coincidiendo con estos derribos, en 1851 se construye el primer tren de Madrid a Aranjuez, cuya aparición es celebrada con diversiones y festejos públicos. En las litografías de la época vemos este ferrocarril dibujado de una manera algo infantil; la locomotora, cubierta con ramos y banderas; tiene una chimenea muy larga que echa mucho humo; los vagones llevan en su techo atados los equipajes de los viajeros, y algunos de estos coches no parecen ni mejores ni peores que los terceras que hoy todavía se emplean. Unos señores saludan con sus sombreros de copa, y las señoras con unas sombrillas muy pequeñas que llevan abiertas; extienden los pañuelos al aire cuando el tren se pone en marcha, y los artesanos dan vivas al inventor del vapor, al ferrocarril que ha de destronar para los grandes viajes a las diligencias y galeras. En esta fecha, la Puerta del Sol, va tomando aspecto populoso; se ha aumentado mucho su tamaño y las casas se han triplicado. A las dos de la tarde queda despejada la Puerta del Sol; es la hora de comer y los balcones tienen cerradas las persianas y las cortinas echadas durante la comida; la gente acomodada no sale a la calle hasta que el sol se ha quitado de los declives de los tejados. En las horas de más calor, la Fuente de los Galápagos, en la Red de San Luis, está llena de cubas y aguadores asturianos y gallegos con sus monteras, la chaqueta parda y los zapatos de siete suelas, esperando turno para luego subir el agua a las casas y llenar las tinajas. Los industriales van llenando de tiendas las casas de la Puerta del Sol, comprendiendo que es el sitio mejor y de más importancia para hacerse ricos y echar raíces. En los



primeros pisos estaban establecidos los sastres, los peluqueros, las comadronas, y en los más altos tenían su estudio los fotógrafos de daguerreotipo.

En los portales se veían los muestrarios de los dentistas y callistas, cajas con un cristal y un candado, en que exhiben dentaduras postizas y callos clavados en el fondo de bayeta de la caja; en algunos de estos portales tenían su cajón los memorialistas, y en sitios muy visibles han puesto su anuncio los prestamistas, y luego había que irlos a buscar por los tejados en cuartuchos innobles, entre pasillos largos y húmedos.

En las plantas bajas había muchos cafés, fondas y restaurants, con el mantel de lienzo burdo, lleno de grasa y vino; en las copas empolvadas estaban metidas las servilletas tiasas y húmedas, dobladas en pico al lado de los platos descalabrados; cerca de las vinagreras está un palillero de porcelana de una rubia batelera con las piernas cruzadas y desnudas. Entran y salen de vez en cuando los cocineros del comedor a la calle a matar y pelar un pollo para demostrar lo bien que se come dentro. El jefe de cocina, un viejo que tiene la nariz y la cara roja, con granos, no hace más que tantear y retirar las botellas de vino de las mesas, mandando descorchar otras mientras él se bebe el contenido, a escondidas, de las que lleva a la cocina.

En los estrechos escaparates de los librerros se veían tomos en rústica mezclados con alguna vieja crónica encuadernada en pergamino; entre los primeros se encontraba la «Tertulia de invierno», de don Francisco Mellado; «El arte de fumar y de tomar tabaco sin disgustar a las damas», «Las fábulas del sabio y clarísimo Isopo», «El tratado del hombre fino al gusto del día», «Los caxoncitos de Anita», «La filósofa en el Tajo», «La devoción ilustrada de madame de Beaumont», «Los días en el campo



o la pintura de una buena familia», por Dueray-Durninil, y, por último, «Entre col y col, lechuga».

Abierto este tomo, por su primera hoja tenía un grabado grotesco, que mostraba a las claras el carácter jocoso del libro. En una sala lujosa, de cuyas paredes cuelgan retratos de familia, sentado en primer término y recostado un brazo en una mesa enana, en la cual hay una vela encendida, grande y desproporcionada, un señor gigante, de abdomen hinchado, como un globo; con la cara muy seria lee este libro a un concurso de gente elegante: damas descotadas, militares de rojos y deslumbrantes uniformes y señores con corbatín de cabeza gorda y cuerpo pequeño, que han tomado asiento para escucharle, ríen, abriendo una boca de oreja a oreja y llevándose algunos el pañuelo a los ojos maliciosamente.

Nunc est ridendum

Si forec in terris videre Heraclitus.

En 1857 empiezan en la Puerta del Sol los nuevos derribos para la reforma que había de cambiarla totalmente de aspecto. Grandes boquetes abiertos en las fachadas; balcones arrancados de cuajo, colgando de maromas, atados a otros. Paredes abiertas por los picos, y al venir al suelo queda descarnado, al descubierto, el lienzo de pared ruinosa, de la que se sostiene en pie, teniendo por otro lado pegadas más casas; una que hace esquina y mira a las Siete Calles, queda aislada y valiente con su esquina afilada, llena de boquetes de ventanas pequeñas que dan a los tabucos; tiene una fila de balcones, y para disimular la falta de los otros, están pintados en relieve al claro oscuro con tanta realidad, que parecen de verdad.

Por todos lados cuelgan vigas desgajadas de los



techos; tiene un aspecto tristísimo el ver desde la calle algunos pisos sin fachada, abiertos a los cuatro vientos, donde se habían dejado olvidado un lavabo de hierro y un retrato que ha quedado torcido, encima del intacto papel chillón de ramos y flores; la puerta blanca que da a la alcoba o al corredor está cerrada, y conserva el picaporte; parece que en su interior la gente sigue viviendo en la casa; otros pisos con boquetes enormes, de los que penden colgajos de papel brutalmente arrancados; en los suelos hay cuevas, por las que caen de vez en cuando, al derrumbarse las paredes, montones de cascotes; entre nubes de polvo y yeso van mezcladas las vigas negruzcas, taladradas de polilla, que se desprenden de los techos con las cuerdas de esparto arrolladas a ellas.

Todo se desmorona, llenando los patios de ladrillos y pedruscos, que caen con estrépito encima del material del día anterior.

En las casas de enfrente los albañiles están encaramados en los tejados, y se oye, durante todo el día, el ruido de los piquetazos y la calle la ocupan los carros llenos de escombros.

En una de las casas empezadas a derribar, que tiene por delante vallas de tablones viejos para no dejar libres las entradas al interior, entre las rendijas se ven los patios y portales llenos de cascote; en uno de ellos está instalado el despacho de billetes para ir a la Plaza de Toros, y los carteles anuncian la corrida, encargándose de dar muerte a los toros José Redondo (Chiclanero), Cayetano Sanz y Julián Casas (Salamanquino); la gente se estruja para tomar las entradas, y se habla del buen trapío y romana de los toros, que traen mucha leña en la cabeza, y todos señalan al toro «Hurón» como el más temible de los que se van a lidiar, y que han



visto en los corrales de la Plaza; este toro es retinto, bragao, salpicao y con dos grandes cuernos.

Entre los grupos de gente pasean los vendedores de rosquillas y de agua; llevan en la vasera una botella de aguardiente.

Sentados en el suelo hay desocupados que se disponen a echar la siesta; alguna vieja, con un pañuelo a la cabeza para resguardarse de los rayos del sol, cose sentada en una piedra, y un grupo de viejos encorvados sobre el bastón; entre ellos hay alguno enfermo, envuelto en la capa, con la cayada entre las piernas. Como no les interesa para nada la corrida, hablan del sol, del tiempo y del agua clara y fresca; junto a éstos unos señores con altas chisteras, levitas y pantalones claros, que han tomado entrada para la corrida, miran al cielo, pues una nube grande se va ensanchando amenazadora; discurren los guardias municipales, con pantalón blanco; pasan los chulos con sombrero calañés, chaqueta corta y pantalón amarillo; los vendedores de fósforos caminan, llevando una caja colgada del cuello por una correa, y atada a ella el paraguas para resguardarse del sol; estos vendedores usan también el calañés.

El servicio de coches de alquiler estaba muy descuidado en esta época en Madrid; el de punto era un armatoste negro y pesado con un farol en el pescante, tirado por dos caballos, en el que se veía a un señor con sombrero de copa sentado junto al cochero en el pescante, y las señoras, dentro, pasear por el Prado y Recoletos, donde se cruzan tantos carruajes, desde el simpático y plebeyo calesín, a los ridículos y pretenciosos cabriolé y tílburí.

Entre las reformas que ha sufrido la Puerta del Sol, las fuentes son las que han jugado un principal papel; desde la famosa de Mariblanca a la del pilón, cuyo surtidor lanzaba el agua a gran altura en 1862.



Pocos años después, se hizo otra de la misma forma, pero más grande. La gente se sentaba, entonces, alrededor de la baranda para tomar el sol de invierno los domingos. En el verano, refrescaba mucho aquel sitio la cantidad de agua que corría por sus pilones y conchas, donde los «golfos» se acostumbraban a bañarse y lavarse la cara. Durante algunas horas del día, su surtidor no funcionaba y, entonces, se quedaba el pilón sin agua, viéndose su fondo de baldosas bien unidas. Poco a poco, hemos visto cambiar en la Puerta del Sol, su adoquinado por el asfalto; los tranvías de mulas y los rípers de Oliva por el tranvía eléctrico, desapareciendo para siempre en esta plaza el carácter pintoresco de antaño.

Hoy, en la Puerta del Sol, es donde se nota más la afluencia de gente que en las demás vías; tiene una acera, a una hora del día, que es la más cargada, pues a todos les da por ir donde hay más apreturas; en los cafés, por ejemplo, si uno está lleno y los demás vacíos, al lleno quieren ir, y sentarse a la fuerza; en el tranvía, donde haya más gente, allí hay que subirse; parece que todos tienen la simpatía de la raza, y se perdonan las apreturas y molestias con tal de mirarse la cara y observarse; por cada grupo de cincuenta personas que se ven en la Puerta del Sol, cuarenta son provincianos, que vienen de su pueblo a Madrid a repartirse los cargos y plazas que reparte un ministro paisano que chupa del bote.

Al amanecer, los primeros transeúntes que se ven son los barrenderos, que levantan una nube de polvo con las escobas, y riegan la espaciosa plaza; el trasnochador que en aquella hora se encuentra, recibe en la cara unos puntos de agua de las mangas de riego que refrescan su rostro, y mira, atontado, a todos los lados, en busca de un café que se abra, y piensa que ya es mejor ver salir el sol que meterse



en la cama; los albañiles, beben la primera copa en las tabernas que ya están abiertas; el echador, que es un chico con el cuerpo muy crecido, lo mismo que la cabeza, y las piernas muy cortas, coloca en las bandejas una ronda de copas muy limpias para los primeros parroquianos; deja correr el agua por la goma, abriendo el grifo; coloca en el zinc del mostrador los frascos grandes y cuadrados de aguardiente, llenos de guindillas y moras; los otros, de blanco, con rajadas de limón; riega la madera del suelo, se rasca la cabeza y despabila a las moscas, dando un fuerte golpe con el trapo sobre el tablero de una, con ánimo de aplastar a todas, que estaban poco antes en pelotón picando a unas migas de queso y unos pellejos de longaniza, restos de un banquete del día anterior; las moscas vuelven a la mesa, esta vez a beber en un pequeño charco de vino que hay en la misma; coloca las banquetas, que están recogidas unas encima de otras en un rincón, y, a porrazos, las va poniendo junto a las mesas; después de haber hecho estos trabajos, se siente mandria; tira la escoba, de golpe, a un perro de la calle que ha entrado; se pone a hacer letras en la pizarra, y, no sabiendo qué hacer, pinta rayas; cuando está más distraído, el amo, que se ha levantado, viene por detrás y le da una calabazada contra la pizarra y la pared.

A las nueve de la mañana se forma la parada de los coches de punto, y los cocheros se desayunan en las tabernas; los vendedores de periódicos corren pregonándolos, y al mediodía, en los numerosos puestos de periódicos que hay al pie de los cafés, los golfos y los vendedores cuentan la calderilla, producto de la venta, encima de la americana, extendida en el suelo, y apilan las perras para meterlas en cartuchos. Al llegar a Madrid, siempre resulta nueva la visita a la Puerta del Sol, con su barahúnda de



tejados, de tejas descoloridas y amarillentas, y ese color seco y terroso que adquieren las fachadas de las casas en Madrid, en que la piedra toma un tono rojizo y huelen a sol como las murallas y monumentos históricos de Castilla, que tanto los diferencia del negro de la piedra y del color rojo y fresco de los tejados de las provincias del Norte, que todo huele a humedad, a musgo y a blandura. Destacan del cielo cristalino y diáfano de Madrid las cúpulas y veletas de las iglesias vecinas, la torre de Telégrafos de la Casa de Correos, llena de hilos, que cruzan por todas las calles, y la cúpula del famoso reloj de bola del Ministerio de la Gobernación, de este sencillo y severo edificio, del que pueden aprender tanto los arquitectos que ahora se gastan; de noche la esfera del reloj se ilumina. ¿Cuántas veces han visto y esperado el momento de caer la bola los isidros que vienen a Madrid con sus trajes regionales, los salmantinos y las lagoterías de Toledo?

Actualmente, a la Puerta del Sol, parece que quieren ir sustituyendo otras vías que van llenándolas de edificios nuevos de estilo cursi y ramplón, pero es difícil, pues su importancia siempre será la misma por dar salida a las calles tan viejas y de tanto movimiento como Montera, Preciados, Carmen, Arrenal, Mayor, Carretas y Carrera de San Jerónimo, cuyas esquinas eligen los vendedores de cosas raras, inventores ingeniosos de juguetes mecánicos, los que llevan un pupitre colgado al cuello con gomas de borrar, lapiceros, plumas, tinteros, cajas con sobres y cartas, barras de lacre, llaveros, botonaduras y petacas, y colgando de la caja una gran cola de cordones para las botas; venden también unos cuadernillos con cartas amorosas, que tienen en la portada un corazón atravesado por una flecha; estas cartas y estos versos, que copian los soldados para declararse a las niñeras y a las amas de cría. Y esos descui-



deros que acechan el paso de un paleta y dándole una palmada en la espalda, le dicen: ¿quieres tú salir de pobre?, dejándole así, que le han convencido a cambio de unos billetes de Banco, como fianza, un sobre cerrado donde está el capital que le entregan, para que él lo administre durante su ausencia y hasta su vuelta de América, y al abrirlo, en un portal y a escondidas, se encuentra con que el sobre no contiene más que cuentas de la tienda de comestibles y recortes de periódicos. También se ve en la esquina al hombre de las barbas, con su americana de cuadros, atigrada, de género catalán, y su gorra de pelo, con visera; tiene algunos perros, recién nacidos, en los bolsillos, y otros con una manta y una cinta en el rabo, para venderlos a las elegantes, y desnudos y atados de un cordel algún perro golfo que le ha vendido un lacero, y dice que es un gran perro de caza. Los que dan el timo de la sortija al incauto que pasea confiado, invitándole a entrar en un portal y le enseñan con mucho misterio una sortija buena por muy poco dinero, y rápidamente y sin que se aperciba, se queda con otra igual, pero falsa. También suelen vender fotografías obscenas de mujeres desnudas. Pero ninguno de estos timos es tan sangriento como el que se da en Valencia a los fumadores. Se presenta un hombre gordo y alto, con faja y pañuelo a la cabeza, en una calle del mercado, al forastero, saliendo a su encuentro, de frente y sonriente; como si fuera un amigo de toda la vida, le da un golpecito de llaneza en el vientre con su tripa, y le saca, sin hablar palabra, de la faja, una libreta de tabaco con todos los sellos y etiquetas de ser legítimo de La Habana. Muy barato, dice; seis reales; el fumador se queda asustado de su baratura, mientras que el ladrón del valenciano no hace más que ir sacando libretas de la faja y llenarle, con aire protector, los bolsillos,



sin dar abasto su faja, que parece un estanco; todo regalado, dice para sí, marchando muy contento, deseando probar el tabaco en su pipa, y lo que creía el riquísimo de La Habana, no es más que tierra y boñiga valenciana.

Ahora, en la Puerta del Sol, han puesto una barreira para encasillar a la gente que quiere tomar el tranvía. En unos hierros se ven unas placas con las direcciones de las calles y adonde los guardias hacen formar cola; otro guardia, apostado en esta plaza, le cierra el paso al transeúnte cuando menos lo espera y le señala los sitios por donde debe andar; también se ven las cuevas y túneles del Metropolitano, porque no digan en París que los madrileños somos unos salvajes. Hoy la Puerta del Sol está infestada de salones de limpiabotas, constituyendo un gran negocio para hacerse ricos, pues la gente forma cola a todas horas del día, y las señoras se van soltando y no tienen ya reparo de sentarse entre los hombres a limpiarse el calzado.





Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

EL ORTOPÉDICO

ME encuentro entre la gente que acude alrededor de un coche parado en la plaza de Antón Martín, frente a la farmacia de «El Globo», compuesto de un público de verduleras, vendedores de periódicos y quioscos de floristas en los que todo el año se ven coronas para el Día de Difuntos; en esta plaza hay siempre dos clases de personajes: los que van a sus obligaciones muy deprisa, el cartero, los empleados, los panaderos y los polleros, con la cesta del pan y la jaula de gallinas a la cabeza, y los desocupados, que se ven en las puertas de los numerosos cafés establecidos en las desembocaduras que dan a esta plaza tan concurrida; los que leen los anuncios y las carteleras de teatros al lado de la fila de coches que allí hace parada; los que toman el sol, a lo que son tan aficionados los madrileños, sentados en los bancos, cerca de la valla de un solar, donde descansan recostados, durmiendo de pie, los mozos de cuerda; los barrenderos, sentados en la carretilla de la basura, y un grupo de jornaleros, tumbados en el suelo echando la siesta al pie de una casa en derribo. Poco a poco se ha ido aglomerando la gente hasta formar una masa compacta; de pie, subido en el asiento del coche, habla un señor de edad, calvo, bajo y grueso, y con barba blanca, recortada en forma de perilla, con el aspecto de un general retirado o de un burgués de dinero; viste levita negra, cuello de pajarita, corbata de lazo negra, viéndose un trozo de la pechera de la camisa muy almidonada; los puños son de goma con mucho brillo; descansa el brazo derecho junto al pecho, y el otro caído a lo largo del cuerpo; lleva



un pantalón amplio de cuadros blancos y negros, y las botas grandes, de punta cuadrada, limpias y lustrosas; en una silla tiene el sombrero de copa, de forma anticuada, bastante despeinado, y un bastón de caña amarilla y gruesa, cuyo puño es una gran bola de metal; este señor, muy serio y erguido, rompe a hablar con una voz pausada y grave:

—Yo, señores, soy Antonio López; mi padre fue aquel famoso cirujano-dentista que, nada más presentarse en público, con su ingenio y simpatía llenaba la plaza de alegría; yo soy el inventor y fabricante de la pierna articulada más práctica que se conoce, y de otros aparatos ortopédicos para curar los vicios de las desviaciones de la espina dorsal, que les hace parecer ir siempre mirando a los tejados; estos individuos que, cuando pasan a nuestro lado, parece que nos miran a la nariz. También corrijo los vicios de los cargados de espalda, que les hace ir, inevitablemente, camino de la chepa o jiba; curo y evito, en una pierna enferma, el que la tengan que cortar; les contaré el caso siguiente: Pepita Rodríguez, de doce años; sus padres, unos labradores de Ávila, la llevaron a todas las clínicas; la niña estaba pálida y no crecía; por todos lados del cuerpo la salían tumores y varias fuentes, y así es que los cirujanos aconsejaron a los padres el cortar la pierna; vinieron a Madrid y me visitaron; yo, en seguida, tendiendo una sola ojeada, vi que tenía un tumor frío; la enyesé la pierna, hice que estuviera en la más completa inmovilidad, y hoy está sana y buena, corre y salta, tirando las muletas que llevaba siempre consigo; así es que, para las consultas, dirigirse a mi clínica, y por carta los que vivís fuera, Leganitos, 103, entresuelo; acordáos del famoso crimen de Leganitos, que no voy a contar ahora, por saberlo todos los que me escucháis de sobra.

Señores, las piernas de palo están hoy desechadas;



son feas, antihigiénicas, recogen todo el polvo y la suciedad de la calle, y eso nada más que lo puede llevar un descuidado, un pordiosero; la pierna articulada que yo vendo, es limpia y elegante; va tapada por el pantalón y puede ir calzada por la mejor bota, y nadie sospechará que os falta ese miembro; ni la misma mujer con quien os habéis casado, con ser tan curiosa, lo notará, hasta que al ir a acostaros la dejéis en un rincón de la habitación; tiene también una gran ventaja sobre la pierna de goma, y es la de que con el calor, la de goma, puede doblarse, dar de sí o achicarse; además, lo sé por experiencia; ésta no consiste más que en el esqueleto de metal, vendado con grandes tiras de lienzo y dándole la forma mullida de la pantorrilla natural.

A ver, Cartón, acerca esa silla. Cartón, señores, más que mi criado, es mi fiel amigo. Entonces, aquel hombre jovial, que habla con inmovilidad de autómeta, rígido y sin mover un pliegue de su ropa, empieza, ante la estupefacción de la gente, a quitarse la levita, el chaleco, quedando en mangas de camisa; luego, se quita los pantalones, quedándose con unos peles de punto, sentado en la silla; entonces se ve que tiene unas correas por el pecho; se levanta y separa una pierna, quedándose con ella en la mano, enseñándola al público, mientras que Cartón le coloca una silla debajo del muñón para que no se caiga; pero el ortopédico se tira del coche de un salto y empieza a andar a saltos entre la gente, enseñando la pierna que lleva en la mano. Esta es, señores, la verdadera, la maravillosa pierna articulada; véanla y examinen; llevo este aparato de mi invención hace nueve años, y está completamente nuevo, menos la bota; como es natural, la he cambiado algunas veces de pares; ésta que tiene puesta todavía está en buen uso; es tanta mi costumbre, rejuvenece tanto esta pierna y da tanto



vigor, que ya casi soy capaz de andar sin ella; ¡pero no!, no me separaré jamás de mi querida pierna; cuando muera, haré que me entierren con ella puesta. Ahora me la voy a poner para que vean lo sencillo que es: la parte más alta, como ven, tiene una almohadilla; sobre ella descansa y se ajusta el muñón; los arcos son muy sencillos: consisten en unos tirantes que van desde la pierna a la espalda y cruzan por el pecho; ya está colocada; bien sujeta, tiene todos los movimientos de la pierna natural, pues al sentarse se dobla perfectamente; hasta se puede poner uno de cuclillas; como veis, nadie ha notado hasta ahora, y acabado de vestir, nadie me sabrá decir cuál es la pierna natural y cuál la artificial.

Y ahora, señores, yo, su servidor Antonio López, inventor de esta pierna, la vendo en los precios de 20, 30 hasta 60 duros, según sea su fabricación, en tocante al lujo, edad, estatura, etc. Está al alcance de todas las fortunas, pues la vendo a plazos por la módica cantidad de 10 pesetas mensuales; al venderla al contado, hago una gran rebaja. Esta tarde, antes de marcharme, voy a leer a ustedes la lista de mis parroquianos: «Ángel Rojas, de treinta años, jornalero, natural de Madrid y casado, que puede hoy seguir trabajando debido a mi invento; Juan Piñuela, artesano, natural de Chinchón, de cuarenta años, casado, viene usando mi invento hace siete años; Epifanio Manteca, de treinta y siete años, carpintero, natural de Cáceres, propagandista entusiasta de mi invención; Pedro Marganes, farolero, soltero y que su empleo en el Municipio lo debe a la compra que me hizo; Serapia Muñoz, de cincuenta años, natural de Segovia, portera, que hoy riega la escalera y va al lavadero gracias a su pierna mecánica; y, en fin, no continuaré la lista porque sería interminable.»



LA ESTACIÓN DE LA PROSPERIDAD

SON las primeras horas de la madrugada, momentos antes de apuntar el sol por el Oriente, cuando el gallo se despreza de haber dormido de pie y ensaya unos pasos algo atolondrado primero, y abriendo sus alas después que le hacen dar un brinco, rompe en un vuelo torpe a ras de tierra en que se le caen algunas plumas, y de pronto queda de un salto triunfante subido en un alto pedestal, que es el alero del tejado del corral, y sosteniéndose en puntillas sobre los fieros espolones y estirando mucho el altivo cuello lanza al aire de la mañana un agudo y prolongado cacareo anunciando la salida del sol.

Poco después se levantan de la cama los mozos amodorrados y soñolientos, que bostezando y frotándose los ojos, entablan la conversación que dejaron pendiente la noche antes de acostarse; hay dos que no hacen más que mirarse a la cara y empiezan a hablar de lo que sostuvieron acaloradamente antes que les sorprendiera el sueño, sobre las mulas que estaban enfermas llamándolas por sus nombres: una que tenía el muermo, otra que se quitaba a cada momento la cabezada y se comía el esparto del ronzal y la madera del pesebre, la Capitana que se meaba en bragas, discutían los defectos de algunas mulas que se debían vender a los chalanos y gitanos hábiles en esto de ocultar los defectos y encubrir las enfermedades. Una hora más tarde, cuando el Dios del día lucía en el cielo con todo su esplendor, el depósito de tranvías presentaba un aspecto alegre y pintoresco en sus patios blancos taladrados por ventanas y balcones, van y vienen mozos con



los tiros de mulas, pasan los mayores con el látigo por la espalda, los encuarteros con vergajos en el cinto; dos o tres hombres empujan los coches por la vía, que sacan de unas casas ensombrecidas por un tejado bajo, unos arreglan los atalajes, aquéllos cargan en los serones de unos pollinos el estiércol acarreado en las vías del camino y en las cuadras, que ha de ser vendido para abono de los campos; sentados en unas banquetas, delante de una mesa, juegan a los naipes unos mozos de cuadra; en el suelo hay una bandeja con copas de vino; al lado de las cartas, en un platillo, echan unas perras para el que gane el juego; uno tira una peseta que saca entre tabaco y papeles mugrientos del bolsillo del chaleco.

—Oye, ¿qué echas aquí? —dice uno de los jugadores frotándose la contra el pelo del cogote—; es más falsa que Judas; nada, hombre, ¡mala tiña le dé al que me la dio!; no saben los puercos que tiene uno que responder con el sueldo a cada moneda falsa que le meten a uno; y así que se gana el jornal descansadamente. Pero mientras tanto les dejamos embebidos en su juego, observaremos las diferentes escenas que pasan en la estación.

LA CURA DE LAS MULAS

Unos mozos con blusas curan delante del maestro veterinario a una mula enferma que han tenido que operar y la están vendando una pata; tiene puesta una manta que le tapa la mitad del cuerpo, y la cabezada, con cascabeles, está caída en el suelo; otros cosen la piel de una herida a una mula tumbada en el suelo, que tiene atadas las patas; empotrado en la pared hay un armario con dos puertas abiertas lleno de frascos, tazas, jofainas, estopas y trapos.



LA FRAGUA

Un grupo de herreros desnudos de medio cuerpo para arriba; tienen las manos musculosas y los antebrazos anchos y fuertes, dan martillazos en una placa candente cogida en una prensa; la campana del horno tiene una repisa con herramientas y objetos por componer; pegado a ella hay un gran fuelle que hace funcionar uno que tira de la cadena y a cada resoplido aviva el fuego, levantando puntos encendidos que chisporrotean en el aire; de las paredes bajan churretes de aceite y de hollín; en una percha clavada en un poste cuelga la ropa de los obreros, y en un aro de hierro está el botijo con huellas negras de los dedos; en el muro se ve una puerta tapiada en parte; del boquete alto de un ventano lóbrego, abierto en la piedra, baja la corriente de un aire frío que dan unos volantes movidos vertiginosamente por unas máquinas que con su estruendo de hierro ensordecen.

EL HERRADERO

En un aposento contiguo está el banco del herrador; conteniendo un tejado bajan unas vigas enterradas en el suelo donde están atadas las mulas esperando que las pongan calzos; tienen la cabeza y el cuello al sol, destacándose en la pared la silueta dura y recortada; los hombres con perneras y mandiles de cuero, las mangas de la camisa dobladas que enseñan la camiseta de bayeta encarnada; sujeta uno fuertemente en su rodilla la pata de la caballería, mientras que aplica otro, en el casco, un hierro que despidе humo y huele a chamuscado.



DISTRIBUCIÓN DE LOS PIENSOS

El establo, largo y espacioso, con algunas ventanas por donde entra el sol marcando fuertes batimientos en el suelo, el techo está cruzado por vigas; en ellas hay clavadas escarpías de las que cuelgan un gran número de collares, bridas, cabezadas y bozales; separadas las mulas unas de otras por una valla, comen el pienso; unas son manchegas, otras extremeñas y andaluzas, y las más sufridas para el trabajo, son las castellanas; unos labradores de Argamasilla, con el pañuelo negro atado a la cabeza, cayendo en dos picos por la espalda y la blusa de cuadros, traen los granos para las bestias; están delante de arcas y artesas; uno con un tanque o medida, lo echa en un cedazo, cerniendo la avena en otra arca vacía; arrimados a la pared hay sacos de pan duro, y cuelgan del techo criveros y cerneadoras; el piso de la cuadra es de guijarros desiguales puestos de punta; unos mozos recogen con escobas de mimbres la boñiga, y la ponen en un montón; en la atmósfera hay un vaho cálido de estiércol; un perro de presa, rojo y apretado de carnes como un toro, con un collar al cuello, de púas, pasa entre las patas de las mulas, algunos moscones de reflejos verdes, pasan zumbando.

EL PATIO

Cercado por un cobertizo, las fachadas de ladrillo y las ventanas cerradas por el calor; dentro se siente un fresco agradable que da ganas de dormir, como lo están haciendo unos empleados, tumbados al lado de un botijo grande, cubierto con un paño mojado; fuera, al sol, limpian en camiseta los coches, y con



una manga riegan el piso, bañan las mulas desnudas, las sujetan de las orejas, y con un cepillo fuerte, las frotan la piel en dos palos pegados al muro con una cubierta de zinc; de un alambre penden los atalajes y arneses que refrescan con grasas para que no se sequen y abran las correas por el calor; los mozos, con los zapatonés de cuero resquebrajado y la suela de madera gastada, meten en cubos las correas de las colleras para limpiarlas, y en seguida se pone el agua negra; en el pilón del abrevadero, dos mulas sedientas llevan bebiendo un gran rato; el cielo, por lo luminoso, ciega la vista: el sol cae a plomo echando lumbre. Son las tres de la tarde, cuando el calor es de castigo, la suela de las botas y su piel rígida, quema los pies; hay un silencio de reposo, no se siente ningún grito, el menor ruido, nada más que el murmullo claro de la fuente, que a los rayos del sol, brilla el agua como si fuera de vidrio; en esa hora es cuando el encuartero suelta el tiro cansado de dos mulas que, al verse sueltas, andan despacio y se meten en la cuadra como si tuvieran aprendido el camino; el encuartero prepara otras caballerías para el enganche, que pronto se llenan de moscas; de vez en cuando hacen mover la collera, sacudiendo los cascabeles para asustarlas, o dando una fuerte patada, ya moviendo la piel del lomo, ya los músculos de las patas y tendones del cuello, ayudadas por el rabo que lo pasean por los cuartos traseros dejándole caer de golpe; suena un latigazo, y el tranvía se pone en marcha, con las cortinillas caídas tapando los asientos. Hoy, 20 de Agosto, hace un calor de cuarenta grados a la sombra, escasea el agua en las mangas de riego, el polvo pastoso, pone las botas blancas; las veletas y las hojas de los árboles están inmóviles; ni una ráfaga de aire. Al pie de la estación de Santa Engracia, hay un tranvía parado con las persianas corridas,



dentro, los empleados duermen echados en los asientos esperando el otro coche; por la calle de enfrente viene el caballo con la cuba de riego; el conductor, subido en ella, se resguarda del sol con un enorme sombrero de estera; un borrico viejo se revuelca en el suelo, muy alegre, viéndose en libertad.



EL CURANDERO

VUESTRA obligación es que cualquier molestia o enfermedad del organismo me sea consultada rápida y sin perder tiempo, que aquí estoy yo para curarla... Así hablaba junto a la casa llamada el Topón del Rastro, un hombre, metido en el hueco hondo y sombrío de la capota, de un enorme y despintado coche, tirado por un caballo muy viejo; el curandero vestía un chaqué muy ramplón y un sombrero flexible ridículo, de una forma inverosímil por lo estrambótico, mientras que su criado Beteta iba poniendo en el suelo, ante los ojos de la gente, unos cartones con láminas de todas clases de enfermedades de la piel, iluminadas con tanta verdad, tan a lo vivo, que parecía no poder tocarse a no cogerlas con unas pinzas para evitar el contagio. Uno de los cartones era una espalda taraceada de pequeños granos en supuración; otra, una cabeza vuelta atrás, con el pelo caído por muchos sitios y llena de costras y mordeduras de lepra; otra, era el cuerpo de una mujer cortado por la cintura, con la camisa levantada enseñando el pecho; debajo del vientre estaba iluminada con un color muy claro, y los muslos los tenía llenos de ronchas y manchas. El curandero, saliendo de las profundidades de la capota y sentándose en el pescante, seguía diciendo: Es indudable, señores, que las capitales están llenas de grandes enfermedades; ver estas láminas y os convenceréis; las excitaciones nerviosas provienen del vicio, y él es la causa del agotamiento, ¡triste raza cansada! Yo, en mi larga práctica, he comprobado que la mayoría de estas enfermedades provienen de la herencia de padres a hijos; no coméis, estáis débiles



y sobrevienen las jaquecas, desarreglos en los intestinos, y en los oídos percibís silbidos. La mayoría de la gente está enferma y no quiere curarse porque lo ignora. ¿Y qué sucede después? Pues que el mal no tiene cura, y entonces buscáis al médico y llenáis las clínicas; en la mía, de Barcelona, por la que han desfilado miles y miles de pacientes, sabéis con qué los curaba: pues con esta cajita que voy a sacar de mi maleta-botiquín, la maravillosa pomada con que he logrado las más rápidas curaciones, desapareciendo en pocas horas las manchas y erupciones de la piel, sin temor a que puedan reproducirse de nuevo; no tenéis más que untaros al acostarse brazos y piernas, o sea la parte invadida, y tendréis la curación. En el hombre, los males crónicos del estómago, la falta de memoria, la locura, y en la mujer, la anemia, los desarreglos menstruales, el histerismo, los males de la matriz y las afecciones crónicas del corazón, son las causas de que vuestros hijos engendrados en tan malas condiciones sean seres degenerados; esos niños raquíuticos con la cabeza muy gorda, que no se les ve más que las orejas y que les dáis aceite de ricino, Hígado de Bacalao que no sirve de nada; vosotros, pacientes, que me escucháis ahora, que si no es hoy, es mañana, recorreréis clínica tras clínica con enfermedades del pecho, el corazón, la matriz, los riñones, la neurastenia, el ruido de oídos, las manchas de la vista, la melancolía y ictericia, y, por último, la muerte, después de horribles sufrimientos. ¿Y por qué? Porque no habéis atendido vuestras dolencias como se debe. ¿Qué se precisa, pues? Dar a vuestros órganos enfermos la reconstitución, la vitalidad que les falta. ¿Y cómo lo conseguiréis? Comprando este frasco de cápsulas, patente de mi casa, y tragando dos en cada comida, cauterio que cicatriza la úlcera del estómago, bálsamo que hace dormir los dolores



más crueles; mirar esta piedra que tengo en este tarro. ¿Qué es? Es el cálculo de un atacado del mal de orina, de un vecino de un pueblo de Santander, llamado Ogarrio, el que la padecía; no podía vivir de dolores el infeliz; decía que parecía que por la noche le mordían los perros la vejiga. Beteta, coge el frasco y enséñalo a estos señores, que vean bien la piedra; todo empezó por un simple catarro a la vejiga. ¡Cuán grande ha sido el adelanto de mi invento, ya que evita los antiguos y crueles sondajes y operaciones; comprando un simple tarrito de estas cápsulas maravillosas, tendréis la curación completa de todos vuestros padecimientos; en las farmacias no encontraréis este específico, pues tengo yo la patente aquí en la plaza; mientras esté, no os costará más de cincuenta céntimos; podéis aprovechar la ocasión; la explicación de su empleo la lleva en este prospecto en que los voy envolviendo; en estos específicos, todos los ingredientes que intervienen no son drogas nocivas, sino raíces y hierbas aromáticas cogidas en el campo; a ver, Beteta, dale este paquete a esta señora.



EL ENTIERRO DEL PANADERO

AL lado de una humilde casa de la Cuesta de los Cojos estaba parado un coche de muerto; en el portal había gente, chiquillos y mujeres, y en las casas de enfrente alguna persona está asomada al balcón en espera de ver bajar el ataúd. Llegaron a esta casa unos obreros con largas blusas y boinas; otros llevaban chaquetas de pana y capa y subieron la escalera, entrando en la guardilla, que tenía la puerta abierta por no haber todos los que estaban allí. En el suelo, metido en su caja, se veía al difunto rodeado de cuatro velas; en el cuarto de al lado se oían lloros y lamentos; en algunos semblantes barbudos se notaba el cansancio y la demacración de haber pasado toda la noche en vela junto al cadáver, y las frentes estaban ocupadas por pensamientos tristes y los ojos miraban al suelo y en silencio se saludaban los que estaban en esta estrecha habitación y los que acababan de entrar; poco después era bajada la caja en hombros de cuatro compañeros que llevaban la boina metida en el bolsillo y los pañuelos extendidos en los hombros para más respeto; dejaron la caja en el suelo y el cortejo se puso en marcha; presidía el duelo el dueño de la panadería, un hombre bajito y barrigudo, con su capa y un güito nuevo de mucho brillo y la corbata negra desprendida de la tirilla subida por el cuello de la camisa; en el camino se cruzaron con un coche fúnebre seguido de una fila de coches de alquiler, esos simones cerrados y sucios que huelen mal y que muchas veces han servido para llevar un herido a la Casa de Socorro, y algún coche blanco, de niño, con una caja diminuta, que van completamente solos



al cementerio, pero les acompaña una paloma de madera pintada que hay en su techo sujeta por un alambre que se mueve en la marcha y parece que quiere volar. Ahora, caminaban por el Paseo de Aragón, pensando más que en el difunto en sus ocupaciones, y como el sol iba castigando mucho por ser un día de primavera, habló el maestro panadero y dijo: ¿No os parece que le pica a uno la espalda por el sudor y que nos debemos quitar las capas y las pellizas? Y además, hay que ver lo que es una capa de larga y pesada, que se tiene de pie, hablo por la mía, y agobia y huele mal cuando hace calor y parece que no le deja a uno andar, pues todo es sano cuando hace mucho frío; parece ligera, y aunque está mugrienta y huele a pobre, lo agradece uno; los acompañantes, en vista de esto, decidieron doblar las capas y ponerlas al hombro; entonces se descubrieron al sol muchas rodilleras y culeras zurcidas y con brillo; ¡bendita capa que ocultas los hilachos de las mangas, los rotos y su mugre!; al quitarse estas prendas nos quedamos algo avergonzados y hablamos menos, aunque de un entierro se trate, porque eso de ver las lañas de nuestra ropa y las rodilleras, nos quita las palabras y nos hace ser más tímidos. Al llegar a las Ventas decidieron tomar a escote un frasco grande de vino y luego andarían deprisa para adelantar al difunto. El cochero también vio la ocasión de esta parada para bajarse del pescante un poco más arriba y se entra en una taberna para beberse una jarra de vino y comerse un trozo de queso lleno de gusanos, que saltaban del plato a la mesa, y una ración de caracoles. Después de buen rato se encuentran todos en el camino; el cochero con su alta chistera vieja y sus largas y desprendidas orejas, que llaman la atención visto por detrás; vuelve algunas veces la cabeza para mirar atrás, viéndose el perfil de su gran nariz. ¡Qué to-



davía estamos lejos!, pregunta el maestro. Un poco, una buena carrera de galgo, contesta el cochero sin volver la cabeza. Bueno, pues ya que nos queda mucho por andar, apretemos el paso, que hoy parece que somos nosotros los únicos que llevamos a enterrar. Quia qui hacer, ricontra; ya encontraremos algún difunto más en el camino; tan seguro estoy yo de ello, como que le voy a dar un palo en las ancas a este caballo, que parece que no ha dormido esta noche, y esta tabla del pescante está tan dura, que se le va clavando a uno en los huesos de atrás, en el rabo. Los acompañantes llevan un buen rato de ir a buen paso; a derecha y a izquierda del camino se ven lomas y desmontes de tierra dura y seca; la carretera está cubierta de polvo. En esto, son adelantados por un coche fúnebre que pasa chirriando las ruedas y dando tumbos al trote largo de los caballos; el ataúd va saltando dentro. Mira ese, dice el cochero, va bailando a la olla; ya le pararán los pies los gusanos cuando le dejen en esqueleto, como los del queso que me comí antes, que me están haciendo erupstar y echar aires por arriba y por abajo. Al poco rato el cortejo está ya a las puertas del cementerio del Este, de muros de ladrillo rojo con cruces pintadas de negro; pasan entre los coches parados a la puerta y otros fúnebres que vuelven hacia Madrid; los acompañantes y el entierro se paran frente a la capilla del cementerio; bajan el ataúd, lo meten dentro y lo colocan encima de una mesa catafalco y empiezan a hacer cumplidos con el agua bendita; hay algunos que se la han dado tres veces; se abre la puerta del fondo y viene un cura seguido de un monaguillo a rezar un responso; en el altar hay un pobre y modesto cáliz de cobre que sirve todos los días para celebrar el sacrificio de la misa; el cura, con su casulla negra galonada de amarillo, lee un libro. Gloria Patri, Requiem æter-



nam dona eis requiem; dona nobis pacem, cojus loco dicitur dona eis requiem sempiternam, dona eis Requiescant in pace. Los acompañantes, de pie, muy derechos, las manos ocupadas en dar vueltas a la boina; en algunas cabezas se dibujan la forma de los huesos de los cráneos y los tendones de la nuca en el colodrillo y las orejas blancas y desprendidas; rezan en voz baja para disimular su torpeza y dicen amén a cada palabra del sacerdote; levantándose y arrodillándose a cada momento, sigue diciendo la voz apagada del viejo sacerdote: Oremus, ante primam dicitur etiam Dominus vobiscum, y dando con el isopo en el ataúd, Misereatur vestri Indulgentiam absolutionem et remissionem peccatorum vestrorum tribuat vobis omnipotens et misericors Dominus. Requiescant in pace. Amén. Después cogen el ataúd al hombro y caminan en silencio y pensativos entre las calles de panteones y sepulturas, y al lado de las de ladrillo las que no tienen ninguna inscripción, nada más que la tierra donde brota la hierba y una cruz de palo. ¿Adónde le enterramos? —se preguntan entre sí—. Porque aquí llevarán algo —dice el maestro rascándose la cabeza— y por aquí no veo a nadie. Voy a llamarle a ese que va por ahí: ¡oiga, hermano, que estamos aquí solos! Bueno, ya estamos enterados; ¡para todo hace falta dinero, hasta para que le entierren a uno!... Aquí está mi sombrero, ir echando en él el dinero que podáis, a ver si reunimos para el enterramiento. Después les entregan una hoja: pagó la cantidad de cincuenta y dos reales por la sepultura del cadáver de Tadeo Fariñas Gallego, fallecido en el día de ayer, según el parte. Una vez entregada y firmada la hoja, se dispone el sepulturero a abrir la zanja y descubren el ataúd. En él está el difunto, muy crecido, como una espiga, amarillo y seco; el maestro le esparce sobre el pecho un ramo de flores que lleva en la mano; después



cierra la caja y se guarda la llave para entregársela a la viuda; antes le echan la primera paletada de cal en el vientre, hundido, que todo es ropa y pantalón, mientras que el sepulturero echa con la pala grandes terrones de tierra, que resuenan huecos en la caja; el maestro se pone a hablar del difunto: —Pobre Tadeo, ya le dije yo hace tiempo, todo lo echas en manos que te crecen por días, mientras que las piernas cada vez se te están alargando más; el ruido de la tierra se va haciendo más sordo, hasta que queda la fosa casi cerrada; luego pisa en ella, dando golpes con el mango de la pala y coloca una cruz de madera. Entonces se retiran los acompañantes, y cuando llegan a las Ventas se entran en una taberna y piden algo de comer al chico de la misma; les trae una cazuela llena de lagunejas (pájaros muy grandes); el maestro coge uno de ellos en la mano y todos se quedan tristes; por todos pasa la misma idea, que se parece al difunto; su osamenta es como la de una persona; visto por detrás parece un cojo, por tener una pata más larga que la otra; las alas parecen los brazos; en la espalda, pelada, se señalan los huesos como en una persona; tiene el cuello larguísimo y la cabeza es como la de un esqueleto; pero lo más chocante es un hueso que le sube de los hombros torcido; el trasero es la parte más ridícula; negro por el aceite y el buche muy hinchado y recortado; están fritos con la piel y los cañones de los pelos negros y chamuscados por el aceite; cuando se ponen a comerlos y a echar tragos de vino, aparecen al abrirlos y desgarrarlos las entrañas, sangre que ensucia el mantel y tienen dentro los intestinos y el riñón. ¡Yo no como eso! —dice indignado uno de los comensales—, es un crimen; a mí me parecía estar comiendo a mi padre o a mi abuelo.

Mientras tanto, que los demás, sin hablar, van tronchando y masticando los huesos de los pájaros,



llegan de la calle unos gritos de mujer de angustia: se levantan todos sobresaltados y se asoman a la puerta. En la carretera hay un hombre sentado en el suelo que hace esfuerzos por levantarse; tiene en el vientre una tremenda herida por la que arroja la sangre a borbotones; a su lado hay una mujer mal herida en el pecho y con los dedos de la mano cortados al intentar defenderse en los momentos en que la gente ha quedado paralizada de espanto y ha sido testigo de esta escena; el criminal ha aprovechado este instante de confusión para huir después que los han recogido en sillas a los heridos y los han llevado a la casa de socorro; se oyen a lo lejos dos descargas y, ya de noche, se comenta que en el camino del Cementerio del Este fue reconocido el criminal, al que se le quiso detener y atar, oponiendo resistencia con una navaja cabriteras, siendo muerto por la Guardia Civil.



EL SACAMUELAS

SOBRE una tarima al lado de un sillón de dentista y de un lavabo de hierro con su toalla, limpia, está sentada una mujer, de espalda al público, cubierta con una sábana blanca, donde destaca el pelo negro y suelto, que le llega hasta los muslos; en las rodillas tiene un montón de prospectos de colores, que reparte entre un público muy escaso; mientras tanto el sacamuelas está entretenido en colocar unas cajas que saca de un baúl, retardando mucho esta operación para despertar la curiosidad y dar tiempo a que se aglomere más gente; luego, limpia con un plumero la bocina de un gramófono que al fin se decide a hacerle funcionar. Un aguador, sentado en la cuba, apoyada la cabeza en la palma de la mano, espera en primer término junto a un hombre con un artefacto de madera a la espalda, en que lleva un montón de libros recién encuadernados; poco a poco se van llenando de curiosos los alrededores del tablado.

El sacamuelas exclama:

—Acérquense, señores, que no les va a costar nada el mirar y oírme; yo no soy uno de esos charlatanes de feria que con unos polvos todo lo curan; tienen un colirio para todos los males de la vista y que confunden las cataratas con las legañas; que lo mismo venden unas hierbas para matar lombrices como para curar la úlcera de un pie; hace que viajo por toda España con mi específico muchos años, vendiendo miles de frascos como éste que tengo en la mano, el poderoso reconstituyente del cuero cabelludo, que ni ensucia ni mancha la ropa; *impregné d'odeurs sui generis des parfums combinés de l'ether*



et des diverses plantes aromatiques, por medio del cual crece el pelo instantáneamente a los cuatro días después de su empleo; ahora les explicaré prácticamente las ventajas y desventajas de tener o no tener pelo; voy a poner cerca de ustedes esta mesita o velador; quitando este trapo que la cubre aparece esta caja, dentro está la cabeza de este señor calvo. ¡Hombre, tiene una mosca! Por eso está haciendo guiños, porque le pica. ¿Han visto ustedes nada más ridículo que una mosca posada en una calva? Hay muchas mujeres que se quejan del carácter de sus maridos, poco cariñosos con ellas, indolentes y dormilones, y nos dicen a nosotros los especialistas de no sentir placer con ellos. ¡Señoras, vuestros maridos son hombres tristes por no tener pelo! Darles este específico y que les brote, y entonces veréis cómo se vuelven insinuantes y se os pegan a las faldas; además, a los mil contratiempos a que están expuestos los calvos, constipados, enfriamientos, y si llevan un peluquín a parecer tiñosos, a que en una reunión, al ir a pedir la mano a una dama, estando distraídos, se suba un chico por sus rodillas a la espalda, les lleve las manos a la cabeza para tirarles del pelo y se quede con el peluquín en ellas; el calvo hará el ridículo y perderá la proporción, si no es hombre de mucho dinero, que entonces ya puede ser cojo o jiboso, pues en ese caso la mujer no mirará defectos. En cambio, un hombre, con una hermosa cabellera y una barba crecida y poblada, ¡qué de proporciones, qué de conquistas! Mi específico tiene también la propiedad de matar la caspa y evitar la caída del pelo, el picor y la falta de memoria. Pero en vista que mis palabras no las habéis echado en saco roto, agotando las existencias y llenándome de calderilla, os doy las gracias y me quedaréis agradecidos al probar los resultados de mi medicamento, que no cuesta



nada más que 25 céntimos y que vale casi más el frasco; yo estoy sólo hoy en Madrid, pues mañana salgo para Cuenca, por lo que tengo mucha prisa, y conviene aprovechar otra de mis especialidades, la de sacar muelas; en mí es sencillísima la extracción de una muela, diente o raigón, mientras otros dentistas os martirizan con un procedimiento primitivo y bárbaro. ¿Quién de ustedes necesita de mí en este momento? Si es que la muela está podrida o es un raigón que, como un clavo, les martiriza, suban a este sillón y se verán, en un abrir y cerrar de ojos, libres del estorbo; caries, flemones, todo se cura con mi específico dental; mi señora se los irá vendiendo, mientras yo voy a extraer la muela a esta señora, que parece querer subir a la tarima.

La mujer que sube a sacarse la muela es una vieja de pueblo, que va en chanclas, con un pañuelo negro atado a la quijada; tiene las manos muy crecidas y largas; parece que no conserva de ellas más que el esqueleto.

—Siéntese sin miedo en el sillón —le dice el sacamuelas, y la empieza a quitar el pañuelo—, ¡bien atado lo llevaba, señora! ¿Cuántos nudos le ha hecho?

Al quitárselo, se ve su cabeza de garbanzo con el moño tan tirante y mezuquino, que casi no se nota; la cara la ocupa, en su mayor parte, un enorme flemón.

—Abra la boca, señora, ¿de qué lado es la muela dañada?

Mientras, le mete los dedos en la boca; la vieja señala con los dedos ¡hum, hum!, pues no puede hablar.

—¡Ya la veo! ¡Ya la veo! —Y diciendo para sus adentros: menuda es; me parece que me vas a dejar en ridículo delante de estos papanatas—. Bueno,



señores, con mi específico yo le adormeceré la en-
cía, y esta señora no sentirá ningún dolor.

El bárbaro le mete en la boca un hierro muy gran-
de y empieza a tirar; la vieja da una embestida con
el cuerpo y se cuelga a su brazo; pero como sabe él,
lo mismo que el mejor dentista, que la víctima lleva
siempre el quedarse atontada, como si se le hubiese
caído encima una montaña, es muy eficaz dar una
vuelta para desengatillarla de la mandíbula y tirar
bruscamente muy fuerte y muy limpio, y decir al
cliente, aunque esté desmayado y todavía no se haya
repuesto del susto:

—¡Aquí está, mire lo que tenía dentro! ¡Vaya una
pieza! Y si se rompe en pedazos: —¡Si estaba podri-
da, no tenía más remedio que partirse!

De pronto da la pobre vieja un alarido de ende-
moniado, como si estuviéranla ahorcando, revolvién-
dose en el sillón convulsivamente, mientras el ope-
rador sigue con el puño metido en su boca tirando
y grita:

—¡Aquí está, miren qué grande es; venga la jofai-
na! —y echa un chorro de mejunje en un vaso, que
dice es el elixir—. Enjuáguese con esto; ya está lis-
ta —mientras que la mujer baja los tramos del ta-
blado con un boquete sangriento y sin poder cerrar
la boca, como si la hubiesen arrancado media qui-
jada, andando despacio entre la gente, que la miran
asustados.

El sacamuelas, algo avergonzado, se lava las ma-
nos y se seca con la toalla, mientras exclama diri-
giéndose al público:

—En mi vida he sacado una muela más rebelde
y que me haya hecho sudar tanto como la que voy
a guardar en esta caja, en vez de seguir mi costum-
bre de devolverla, envuelta en un papel.

Luego parece cambiar de cara y, ya más jovial,
se arregla los puños de la camisa y dice:



—¿Qué es esto que tengo en la mano? ¿Ustedes se dirán que para qué sirve este hierro? ¡Já...! ¡Já...! Pues este gancho, que es de acero pulimentado, y este otro, que es un forceps, son para extraer la criatura de la mujer que tiene dificultad al parir y necesita de mi auxilio; yo, con este sencillo gancho, la extraigo con la misma limpieza que pueda sacar una muela; pero esto lo hago en mi domicilio.





Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

EL CARRO DE VISTAS

ESTAMOS cerca del Arco de Cuchilleros, del que baja una larga escalerilla de piedra; dentro se oculta la antigua taberna de El Púlpito; en ella hay un cuarto, cuyo techo es tan bajo que puede tocarse con el brazo extendido. A la hora de comer se sientan en este comedor, delante de unas mesas largas y estrechas, algún barrendero o aguador a tomar la sopa y el cocido. En esta calle las casas están defendidas de la pendiente tan grande que hay en su suelo por unos muros salientes de piedra que las da una gran consistencia y fortaleza, y las pocas ventanas que hay en sus fachadas, que no guardan orden ni simetría, tienen por delante unas pesadas y antiguas rejas. Casi todas las tiendas de estas casas son pollerías, a cuyas puertas se apilan gran cantidad de jaulas y cestos que han venido de la estación llenas de gallinas; y, ya sacrificadas, pasan de mano en mano en un corro de mujeres, sentadas en unas sillas bajas, que se entretienen en pelarlas, dejando sus delantales llenos de plumas. Esta calle tan típica, pero de por sí tan lóbrega, por la estrechez y amontonamiento de sus casas, tiene una hora, las tres de la tarde, en que el sol la alegra y la ilumina por completo. A esta hora se encontraba parado un carro grande y ancho, pintado de un color serio y triste, que recorre los pueblos de Madrid; se compone de un mueble en forma de armario, que está hueco por dentro, y donde duerme el matrimonio dueño y propietario del carro; y aunque tiene una cortina atada, el espacio es tan reducido, que asoman los pies descalzos y sucios por fuera y se ve el colchón y las mantas; en un saliente de la caja sobre-



salen seis redondeles con cristales para ver las vistas; sobre la tapa hay una corneta forrada y cosida con cuero y una cartera mugrienta atada con una cuerda con los rollos de colores distintos de los romances; en su frente, como un trofeo, tiene el carro un gran lienzo dado de cola, tieso y tirante; de sus extremos bajan dos banderas españolas; este cartel está pintado por las dos caras, con objeto de cambiarlo, y representan dos crímenes horribles: en una de ellas sacan los criminales, de una casa, en un pueblo rodeado de altas montañas, a una vieja que parece haber salido de la cama, pues lleva los pies y las piernas desnudas, y, entre los dos desalmados, la meten cabeza abajo en un saco, tirándola brutalmente de los pelos, entre tanto que sus piernas y sus brazos braceaban en el aire por no querer entrar dentro; taparon la boca del saco y lo cargaron al hombro; después la quisieron enterrar viva abriendo en una montaña una cueva; pero, a los gritos que daba, acudieron unos vecinos con palos y los criminales huyeron de la justicia y andan por el pueblo vestidos de mujer para que no les descubran. Del interior del carro ha salido un viejo con la barba blanca, que destaca dura en su cara renegrida y grisienta de moro; coge la trompeta y empieza a tocarla para llamar a la gente; luego se mete dentro del carro y tira de las piernas de su mujer, que está durmiendo dentro, para que se despierte y esté al cuidado, mientras que él se va a la taberna a echar un trago de vino; cuando vuelve se dispone a arreglar el aparato, saca fuera una tabla con un fuelle montado en un trípode con los lentes de mira; las moscas se pegan en los tableros del carro a montones; en un banco se sienta la gente, que mete la nariz por los cristales; el hombre los echa una cortina por detrás, cubriéndoles las espaldas para resguardarles del sol y para que vean mejor; cuando ve



que no hay gente nueva se va a echar otro trago de vino para ver mejor lo que tiene que explicar y hacer memoria, dando con un puntero en el cartel del crimen, mientras exclama, con acento altisonante:

Todo el mundo me esté atento
alargando las orejas,
de manera que los hombres
mulos manchegos parezcan;
dejen de mentir los sastres,
de presumir las mozuelas,
de hilar y arrojar gargajos
las descomunales viejas.

Y después de la explicación del primer crimen en que la gente ha estado embebida y absorta, sin mover pie ni mano, da el viejo la vuelta al cartelón, y dice: Hermanos que me escucháis, voy a relataros este otro crimen bárbaro e inhumano; antes quiero que os fijéis en los colores de la sangre que, como veréis, está muy propia y parece de verdad; os aconsejo que sigáis con los ojos la punta del palo con el que señalo: estos tres nacieron en Calatayud, tienen pañuelos atados a la cabeza, llevan faja, calzón corto y medias de pelo, como se gasta en su tierra; en este círculo está el retrato de la víctima, un chico de seis años; en este cuadro caminan con él los criminales; en esta otra división le llevan engañado a los cerros, llenos de casas abiertas en la peña y enterradas bajo tierra, donde vive la gente como los topos; aquí, donde señalo, es el cerro y castillo llamado del «Reloj Tonto»; en éste le han puesto en cueros; mirar sus ropas en el suelo; luego le amarraron a una estaca de forma de cruz y le han cortado los pies y las manos; uno le hace una incisión con un cuchillo en la garganta, por donde brota este caño de sangre que recoge esta mujer, cómplice, en



un puchero, y se la da a beber a esta mujer pálida, que llevan en brazos estas vecinas; los feroces criminales sacan las mantecas a la tierna criatura, le desabrochan la chambra a la enferma y se la colocan en los pechos para que sane. Al acabar este relato, el viejo, acompañado de su mujer, cantan con voz plañidera:

Santo Cristo de la Luz,
Señor de cielos y tierra,
desátad mi torpe labio
y dad vigor a mi lengua,
mientras la tercera parte
canto de Francisco Esteban.



LA ADIVINADORA

EN el centro de un círculo que ha dejado en claro un cordón de gente, está sentada en un taburete una mujer, vuelta de espalda, vendada los ojos con un pañuelo, fuertemente atado a las sienes; junto a ella, su marido, un hombre bajo, con pelliza, pantalón de pana y alpargatas blancas, la va haciendo preguntas.

—Adila, ¿estás dispuesta a adivinarme cosas que te pregunte referentes al público que te escucha?

—Sí, señor —contesta la adivinadora.

—Bueno; ¿qué lleva esta criada en la cintura?

—Esa señora tiene pendiente de la cintura un pañuelo.

—Y esta señora, ¿qué saca de la cesta de la compra?

La adivinadora tarda en contestar.

—Pronto, Adila. Piensa bien. Vamos, pronto.

Después de unos segundos, dice algo atropellada y tartamudeando:

—Esa señora ha sacado de la cesta una berza.

—¿Tú podrás decirme de qué color es el pelo, el traje y qué lleva en la mano esta joven con quien hablo?

—Esa joven tiene el pelo rubio, el color de su traje es negro y en la mano tiene un abanico.

—¿Al lado de quién está?

—Junto a un soldado.

—¿Tiene bigote o no?

—Sí, señor; tiene bigote.

—¿Al lado de quién estoy ahora?

—Al lado de una señora gruesa.

—¿De qué color tiene el pelo y el cutis?



—El pelo de esta señora es rojo; la cara muy blanca y sonrosada, pero llena de pecas.

—Has acertado, Adila, en todo; pero lo de las pecas no lo debías haber dicho.

—Sí, señor; lo he dicho porque es muy agraciada, y las pecas, antes de hacerla mal, la pintan bien.

—¿Sobre qué tengo puesta la mano ahora?

—En la cabeza de un niño.

—¿Cómo se llama?

—Este niño se llama Luis; no, no, se llama Juanito.

Luego su marido le quita el pañuelo que venda sus ojos y pasa un plato entre los curiosos para que echen en él algunos perros chicos.

En otro grupo, y vecino a la adivinadora, hay un viejo con una blusa larga; tiene la cabeza muy gorda y descubierta; los pies los lleva descalzos; tiene puestas unas gafas y está detrás de un mostrador de tijera. En una caja larga, dividida en pequeños departamentos, en uno hay un bote lleno de muelas y dientes, dos barras de sebo y ombligos envueltos en papel de estraza, y, repartidos en el suelo, unos cartones mugrientos con máximas y refranes.

En ellos leemos con extrañeza y curiosidad que abejas y moscas que se han ahogado en agua, sacadas de ella y puestas al sol con ceniza, cobran vida de nuevo y vuelan.

Abejas mueren untadas con aceite y vuelven a vivir mojadas con vinagre.

Alumbra de pluma puesto encima del vientre, al que le duelen los intestinos, atrae así el dolor y queda libre de él.

La bestia que no puede orinar, fregándola la parte natural con ajos machacados, orina presto. La mancha del paño colorado se quita lavándolo con orines y después con agua.

Que las preñadas abortan, porque al destemplarse las orejas de la matriz relaja las ligaduras con que



está presa la criatura y sale sin razón ni tiempo; que eso es aborto.

Bestia cuyo pelo se untare con el zumo de las hojas de calabaza, no le ofenderán las moscas.

El viejo del mostrador tiene en la mano un pie de madera, pintado de color de carne, lleno de juanetes, en los que pega emplastos.

Este pie, señores, es copia fiel del pie humano, y en los sitios donde voy pegando estos parches son donde nos salen a nosotros los uñeros, callos, clavos y demás deformidades del pie que nos torturan al andar. Este unguento que yo vendo es el que lo cura. En una vela, que enciende, va calentando la untura y recortando unos círculos de tela, en la que extiende el unguento amarillo, y se los va pegando en su mano y en los dedos de los pies; nada más que aplicarlos a los callos, verrugas y quemaduras, veréis cómo desaparecen. Mientras tanto, en una silla baja se sienta un parroquiano y en silencio se quita las botas, se desata la cinta del calzoncillo y concluye por quitarse los calcetines y le presenta al curandero un pie con enormes juanetes, lleno de roña y amarillo, que da la impresión de ser un pie de muerto. El viejo deja sus unguentos, se cala las gafas y se dispone delante de la gente a cortarle los callos.



LAS ÚLTIMAS MÁSCARAS

EL paisaje presenta un aspecto desolador después del ciclón y la lluvia de los primeros días de Carnaval; entre los montones de barro, abiertos por los barrenderos, se ven amasados los confettis con los pedazos de cartón de caretas rotas, y de las ramas tronchadas de los árboles, cuelgan trozos desteñidos de trapos de disfraces y cintajos de serpentinas. Las máscaras callejeras son las que han resistido mejor y a pie firme el vendaval. La Murga Gaditana ha ensayado todas las noches en un solar que era depósito y campo de operaciones de unos basureros que pasaban allí la noche durmiendo en unas tejanas, de cuyas paredes colgaban buen número de escobas, palas y carretillas. Estos músicos han producido la indignación de los vecinos de las casas medianeras, que se han tenido que quejar al alcalde, pues la letra que cantaban los de la Murga todas las noches, después de atracarse de vino, estaba llena de las más obscenas palabras, que cantaban y repetían como energúmenos. Hizo esta comparsa su salida los días de Carnaval, vestidos con chaquetas que a todos les venía corta y sin botones, y los pocos que conservaban, como decían ellos, parecían pegados con mocos por lo pronto que se caían; por la espalda, encima de las jorobas, llevaban pegadas tiras de papel y con grandes letras decía: «Salón de baile de la Paz».

La Comisión organizadora reparte tarjeta de invitación de señora y se reserva la elección entre las agraciadas y casadas. *Nota:* hay un tocador reservado para ellas. Llevaban todos güitos de cartón, de copa enana, adornados con una flor y pantalones



a cuadros; rompía la marcha un tonto del barrio que era tuerto y que tenía una pata de palo y la cabeza muy gorda; llevaba un sombrero de cartón, que tuvieron que hacérselo a propósito por no venirle bien las chisteras viejas que se encuentran en la calle y van a parar al Rastro; vendía los romances que cantaba la Murga y llevaba un bolsón con la correa cruzada por el pecho para guardar el dinero que cayera y gastarlo en tajadas de bacalao, torrijas y en vino; tras el director, que tenía una enorme chistera y unos bigotes postizos muy largos y la cara tiznada con corcho quemado, entraban en las tabernas tocando unos trombones de cartón llenos de piedrecitas que producían una música ratonera bastante agradable y cantaban las coplas llenas de coños y otras palabras sucias y soeces. Cuando pedían dinero en la calle, no dejaba de asomarse alguna cuarentona de avinagrada catadura, que cerraba los balcones de golpe, pero levantando un poco los visillos miraba de reojo y, sobre todo, pegaba el oído cuando decían alguna desvergüenza al terminar la letra, mientras el que tocaba el trombón se quedaba en el centro metiendo más ruido que nunca; salían todos agachados haciendo contorsiones y andando con los pies hacia dentro, haciéndose los mancos y mirando con la boca y la nariz torcida a los balcones. Con la lluvia, los sombreros de cartón pintados con humo de chimeneas y tizne de pucheros y sartenes se destiñeron, bajando chafarrinones por la cara y el cuello. Estos días por la noche ha habido mucho movimiento en las casas de empeño, donde cuelgan mantones en los escaparates, y en las tiendas de trajes y caretas, tras de los cristales, se ve la perspectiva de capuchones y dominós negros y verdes, puestos en maniqués con largas cintas y divisas en los hombros, iluminados todos estos trajes de raso y seda, que revisten las paredes de la



tienda, por un quinqué de petróleo. Por debajo de una cortina roja, algo corta, se ve mover los pies calzados con zapatos de raso azul o blancos, de unas mujeres vestidas de bebés que van a comprar un antifaz o unos guantes; cuando una máscara abre la cortina para salir a la calle, se ven a otras en paños menores que se están vistiendo en medio de los gritos y risotadas. En la esquina de la acera de enfrente, hay una casa constructora de ataúdes llamada la «Funebridad», con un farol a la puerta y un rótulo de letras blancas, que resaltan en las puertas pintadas de negro: «Se lavan y visten los cadáveres por encargo»; en el interior de la tienda hay muchos ataúdes puestos en pie y arrimados a las paredes; algunos, forrados del papel en que vienen embalados. En una cacharrería de al lado, en la que también hay disfraces viejos, un montón de ellos, que cuelgan de una escarpia, y unas cabezas de cartón de cabezudos y animales en que predomina el gallo y el loro; en los vidrios empañados de la puerta por la que bajan gotas de agua, sólo se ven media docena de caretas, y por la refracción de la luz de un quinqué y de un farol de la calle, parecen muchas, por estar repetidas sus siluetas en la pared de la tienda; en la puerta hay unos chicos vestidos de vieja, con trapos en la espalda para imitar la joroba, que se entretienen en barrer las aceras de cáscaras de naranjas, y zambullir las escobas en los charcos para salpicarse de lodo. Las mujeres, con la lluvia se han divertido mucho y han sido muy sobadas en los bailes del Pistolín y el Polisón, y han saciado la lujuria contenida durante todo el año, chillando como gallinas y brincando como cabras.

Y en grupos de tres o cuatro amigas, han recorrido las tiendas de ultramarinos vestidas de bebés y las más valientes se han arriesgado con traje de marinero, y unas de ellas, que tenía un hermoso pelo



rubio, suelto por la espalda, se quedaba rezagada al pasar algún viejo por la esquina, y hacía que se le había caído la liga, y levantándose la falda, enseñaba toda la pierna, hasta el muslo, y echaba a correr, dando chillidos y riendo a carcajadas detrás de sus compañeras.

Después del entierro de la sardina, en que soplaron vientos fuertes y huracanados, que quebró las decrepitas parihuelas en que llevaban a la difunta sardina, apagó los faroles de cementerio que la alumbraba y los de la comitiva, que iban cubiertos con sábanas; unas volaron y otras quedaron liadas en ellas, sin poder andar. Hoy, domingo de Piñata, ha aparecido nublado el cielo, pero la gente ha salido de sus casas a ver las últimas máscaras; por la carretera de Aragón se ven algunos mascarones tristes que no hablan con nadie y se mezclan con la gente endomingada; uno lleva un disfraz de colillas y cerillas gastadas, y se admira la paciencia de esos que están coleccionando sellos todo el año, para salir de máscara, y ese otro que se hizo un traje con huesos de gallina y pasó las horas muertas, atravesándolas con un alambre para colgarlas de su disfraz. Y esa otra máscara, cuyo disfraz es ir envuelta en un colchón, atado con una cuerda alrededor del vientre y un sombrero de copa de trapero, máscara que se la ve en las tiendas mejor surtidas de bacaladas y barriles de escabeche, entrar primero con voz fingida y armar un guirigay en la tienda y, en seguida, como avergonzado y le hubiesen conocido, pónese a hablar con los dependientes de los quesos, del aceite, de los granos y las patatas, demostrando que él también es chico de tienda. Al llegar a las Ventas, se ve, en medio de la calle, una cama muy grande de matrimonio, con toda la ropa; en ella está metido un hombre gordo que ha parido; este hombre tiene una careta con la calva, chuletas y bi-



gote de cepillo; tiene puesta una camisa de mujer; éste mismo armatoste de hierro ha estado en Tetuán y ha sido llevado hasta el Canal el día del entierro de la Sardina, a fuerza de brazos y tumbos; con el gordo acostado rodean la cama el médico, la comadrona y unas cuantas máscaras vestidas de blanco; mientras él se queja de dolores, revolcándose en las sábanas y sacando los pies por los hierros de la cama, da una patada a la bandeja que le trae el médico con un brevaje para que lo tome, y dice con voz de borracho que lo que quiere él es un cabrito asado y un pellejo de vino; a continuación echa un trago de la bota y le da con ella en la cabeza al recién nacido, que es un muñeco de trapo que tiene colgado del cuello de uno de los boliches de la cama. En medio del corazón de las Ventas, donde están los bailes y casetas de cafés y comidas, con los rótulos de alegres colores, donde dice:

«El Habanero», «El Chico de las Ventas». Estos restaurantes tan alegres, con escaleras empinadas pintadas de verde y pasillos largos y estrechos llenos de sol, en la techumbre hay banderas y gallardetes que recuerdan a los cuartos de baño de los puertos de mar. Cerca de estos merenderos, se oyen los estridentes chillidos y aullidos de unas máscaras que forman corro.

En el centro les habla un viejo humorista, con barba recortada en forma de perilla y abrigo de verano de color de buey; está subido en una mesa y tiene en la mano un estandarte con una pintura que representa unos curas subiendo entre nubes al cielo, bebiendo y descorchando botellas y echando tientos a las botas; cortan con navajas de muelles salchichones y jamones y una tortilla de patatas; uno de los hermanos que va borracho, está vomitando todo lo que ha comido en las nubes al lado del viejo, que reniega de los curas y frailes; está su secreta-



rio con cabeza de burro, y uno que brama tocando un cuerno de toro que tiene pegado a la boca. Cerca unos cuantos en mangas de camisa bailan a saltos, alrededor de una cazuela llena de bofes, una carne casi cruda y negra y una bota de vino muy crecida; uno de ellos, lleva dentro del bolsillo del pantalón un papel viejo con unas sardinas y una alcuza de aceite en la correa.

A lo lejos se ven pasar dos criadas que van algo desorientadas y aburridas con sus disfraces elegantes de raso, que han estado en los merenderos, sin encontrar una buena proporción y que huyen de los mascarones sucios que les asustan con sus ordinarietas. En el grupo, un hombre con la cara pintada de bermellón, vestido de mujer, con unas faldas llenas de roña; es el que maneja la gran bota de vino, a cuyo cuello se ata una cuerda; él la sube y la monta en sus riñones, mientras van echando tragos uno a uno y unos a otros se miran algo escamados de lo que va bajando el vino sin darse cuenta de la descomunal borrachera que van a coger; unas voces les hacen retirarse a un lado dejando en medio del camino la bota caída y la cazuela de la carne casi comida. Para dar paso a un entierro del servicio municipal, va delante un cura viejo, amarillo y encorvado, con las manos enlazadas, que sólo conservan fuerza para sujetar el bonete; a su lado, un monaguillo con un capacete de pelo que casi le come la cara, lleva la cruz alzada; el cochero va desde el pescante durmiéndose con la cabeza colgando; el ataúd está entreabierto, con una ranura muy grande, por donde entra la luz; desde fuera, se ve la nariz y la frente del muerto, tan blanca como el pañuelo que la cubre, y que se ha caído un poco por el traqueteo y sale por la caja; también se ven las manos amarillas como la cera; detrás camina otro cura muy bajo, cargado de hombros, viejo y



enfermo, pero con el pelo muy negro, con algo de calva zapatera; lleva sobre sus hombros la casulla negra de entierros, descolorida y llena de flecos, y los galones lo mismo que la estola, deshilachados. Mientras ha pasado el coche, han empezado los borrachos a hacer ceremonias y saludos en silencio; un poco sobrecogidos que ya se repiten con todos los entierros que van al Este arrodillándose a su paso, tirándose al suelo y haciéndose los muertos, y dos de ellos que están para entregarla la semana que viene de enfermos que están, son los que hacen más cumplidos con los difuntos. Mientras que han transcurrido los días de Carnaval entre chubascos y vendavales, las beatas y damas catequistas, vestidas de negro, con las sillas de mano, han visitado las iglesias en oraciones de desagravios por los excesos de comilonas y bailes; en San Pascual se predicaba hasta después de anochecido, lo mismo que en San Ginés y en San Luis; muchas elegantes que se habían pasado la semana bailando, de visiteos, galanteos y citas sospechosas, se las ha visto postrarse a los pies del Cristo de la Fe, engañosamente, como despidiéndose por un momento, no para siempre, de las pompas y vanidades del mundo.





Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

EL CIEGO DE LOS ROMANCES

Al gran escritor Ramón Gómez de la Serna, admirable autor de libros raros, inventor de «Gre-guerías», Cronista del Rastro, del Circo y del viejo Café de Pombo.

EN España se explota mucho el romance callejero; no hay pueblo ni aldea que en día de romería no se canten los coplas de un crimen, las hazañas de un bandido, la vida y muerte de un torero y hasta las calamidades públicas, las inundaciones, el hambre, guerras, terremotos y pestes. El romancero empieza por invocar a los cielos o a un Cristo milagroso para que les sea testigo y les dé fuerza en esta empresa de relatar lo ocurrido. El estandarte en que aparecen pintadas estas escenas, se encarga de completar la ilusión. Estando yo una mañana en la plaza del Ayuntamiento de Astorga viendo este viejo edificio y mirando el reloj de la torre, que tiene dos maragatos de madera pintada, hombre y mujer, próximamente la mitad del tamaño natural, que hacen sonar la campana tirando de un cordón al dar la hora, vi que los viejos esos que cruzan la plaza, envueltos en sus pardas capas, tirando del ronzal del burro, estos labriegos que no les llama nada la atención, se paraban entre las mozas del pueblo a mirar un cartel en que estaban pintados los crímenes de Tierzo; la casa maldita, rodeada de su huerto, estaba señalada con una cruz. En otro cuadro se veía una habitación de la casa, con una silla, en la que se sentaba un artesano viejo, que tenía que hacer el pago para adquirir unos terrenos que le habían propuesto, y cuando estaba más dis-



traído, mirando al techo y apoyado en su bastón, se abría una puerta a sus espaldas, tapada con una cortina, y le daban con una porra un golpe en la cabeza; después se apoderaron del dinero que llevaba entre el calcetín y la bota y le enterraron en la pared. Siendo descubierto el crimen por la descomposición del difunto, cuyos gases filtraron la pared, y por los aullidos del perro de la víctima, que no se apartaba de la casa donde se perpetró el crimen, hizo que una mujer se fijase en sus lamentos y entrase, guiada por él, en aquella habitación, y empezó a correr la voz por el pueblo que había oído a muerto. El Juzgado empezó a hacer excavaciones, primero en el suelo y luego en la pared, dando por resultado que aparecieran: primero, una bota del difunto, y un poco más hondo, su esqueleto, encogido y metido a la fuerza, con la camisa manchada de sangre y las piernas dobladas; la cabeza la tenía envuelta en un saco de arpillera; en el huerto estaban enterrados, en una zanja, diez esqueletos, algunos sin brazos ni cabeza, y en un sótano de la casa se descubrieron picos y palas de que se servían los criminales para abrir la fosa. En otro cuadro del cartel se ven los retratos de los reos y el de una mujer llamada «la Canillera».

Algunos de estos romances que cantan en las calles son inventados por los mismos ciegos. En Madrid, el ciego Modesto Escribano dicta, a la luz de una vela, a su hija, los tangos y coplas, siendo autor del de la Cecilia, del de la Higinia Balaguer y de otros famosos; su despacho está lleno de láminas y aleluyas.

Muchas veces, cuando se sienta en la portería de su casa, todo lo que él habla, rima; y dice a los chicos de los vecinos: «—No tengas coraje, que tienes que comer potaje. Si Dios no lo remedia, darán las doce y media.»



Las criadas de la vecindad se ríen mucho con él, porque las habla en verso; algunas veces suele írsele la mano tras sus faldas.

En las calles de Madrid siempre se ven corros de gente escuchando los cantos callejeros; al lado de la puerta, y bajo la muestra de la Posada del Peine (1), de colchas, mantas y medias pintadas en una tabla, con tanto realismo, que parecen ser que de veras están colgadas del balcón que ocupa esta muestra. En el portal de esta Posada, tan conocida de los Isidros que bajan al comedor a tomar el cocido y la sopa a sus horas, donde se hospedan tanta gente rara y sin colocación; criadas despedidas, que por el miedo a los peligros de encontrarse una noche sola en la calle, se ha encerrado a las seis de la tarde, sin cenar, en uno de estos cuartos, se ha atrancado con llave y se ha metido en la cama, y con una voluntad de hierro ha encontrado honrada colocación a la mañana siguiente.

El que ha llegado a Madrid para conocerlo y ha dicho:

—Yo, que tenga un cuarto para dormir y una llave en el bolsillo, y toda la calle es mía; entro y salgo sin ser visto, a las altas horas de la noche, cuando todos duermen, yo recorro Madrid, y a las tres de la tarde, cuando la gente pasea o va al Café, yo me meto en la cama, y si me pongo malo, cosa que no sucederá, con mi llave, yo ya saldré a tiempo.

(1) En esta posada me albergué durante el tiempo que se tardó en publicar mi primer libro *Escenas de Madrid*, en el año 1913.

Recuerdo una vez, por la mañana temprano, que me asomé por una ventana, haber oído llorar a una mujer que estaba sentada de espaldas y le dirigía reproches a un hombre que estaba delante de ella, en camisa, y con los brazos cruzados. Otra noche, cuando me iba a acostar, oí voces de socorro y pasos de lucha y una voz muy aguda, como la de un loco; cuando salí de mi cuarto a ver lo que pasaba, no vi más que una puerta que acababa de cerrarse de golpe.



Un señor de edad, dice:

—Yo estoy conforme con esta habitación que está tan cerca de los tejados, de las casas de enfrente y del reloj de esta Posada, de esfera iluminada de noche, donde destacan negras y grandes las agujas, parecido a un reloj de bolsillo gigante, de claras y sonoras campanadas, que me despierta, invariablemente, a las nueve de la mañana y me invita a levantarme de la cama, abrir el balcón y a oír los pregones y ruidos de la calle; me visto, y a dos pasos tengo el arco de la Plaza Mayor; me entretengo viendo las tiendas y hablo con las sirvientas que bajan a la compra, con la cesta al brazo. Al medio día me encuentro al pie de la iglesia de San Sebastián; al lado hay una antigua relojería; su escaparate está ocupado por un enorme reloj de chinos de madera, pintados con las coletas hasta los pies y las caras y las manos amarillas; a gran altura de sus cabezas hay un boquete negro y lóbrego con un complicado mecanismo de ruedas, campanas, poleas y cadenas. Cuando las agujas del reloj se van uniendo y acercándose a las doce, hay un ligero estremecimiento en los brazos de los chinos, y de pronto, al sonar la primera campanada, un chirrido de muelles los pone en movimiento y un chino pequeño sale de una caja, cuya puerta se cierra de golpe, y montándose a caballo, en una campana, da un fuerte golpe en ella con un martillo muy grande, saliendo despedido al voltear la campana y quedando colgado de la trenza, entre un estruendo de hierro que arman los dos chinos gigantes, tirando de unas cadenas.

Al poco rato me hallo en mi cuarto de la Posada del Peine quitándome las botas y poniéndome las zapatillas; bajo al comedor a almorzar.

Otro forastero, dice:

—A mí me gusta oír vocear todas las noches, cuando regreso a la Posada del Peine, los periódicos con



la lista de la lotería o el crimen de anoche. En este momento estoy leyendo en el *Heraldo* el suicidio de dos jóvenes amantes en una casa de la calle de la Justa, donde habían pasado la noche; cuando fue forzada la puerta de la habitación, los encontró el Juzgado metidos en la cama, inertes y abrazados: parecía que estaban durmiendo.

También, todas las noches, antes de ir a cenar a un Café cualquiera, abro el balcón para escuchar la voz de un ciego andaluz, feo y negro, que se sienta en los adoquines de la calle, con las piernas cruzadas como un moro, con un platillo delante, que canta abriendo la boca desdentada y la tuerce dando jipidos, pegando golpes con las manos en la guitarra, y poniendo los ojos en blanco, canta, durante una hora, con gran sentimiento:

Tiene la tarara,
tiene la tarara;
la tarara sí,
la tarara no.

Por las mañanas bajo todos los días por la calle de Toledo, que es la calle de Madrid que más me gusta, y después de tomar café y media tostada en el Café de San Isidro, paseo bajo los soportales donde están las tiendas y me paro delante de los plateros de portal; entre pulseras, pendientes y collares de mujer, hay ornamentos sacerdotales, cálices antiguos de plata y casullas que han llevado a vender de las viejas iglesias.

En los escaparates de las cererías hay manos, cabezas, corazones y niños de cera con una cinta rosa al cuello para colgarlos como ex votos; relicarios de plata con cintas moradas; entre dos gruesos cristales, está prensado un círculo de sebo con un paño tocado al brazo y corazón de Teresa de Jesús; otros más grandes, de cementerio, con el cristal saliente,



encierran una pastilla amarilla, de cera, con las letras borrosas y unos ojos o pechos de mujer en relieve, o contienen un mechón de pelo pegado a la cera y un trozo de tela del hábito de una muerta.

De un bramante cuelgan los rollos de velilla para alumbrarse en la iglesia las viejas gordas que llevan faltriquera y alpargatas negras, y que en la novena, más que de rodillas, apoyan el trasero en las húmedas baldosas y concluyen por quedarse dormidas.

En esta nota blanca y fría de las velas modestas y sin adornos, destacan muy vivos los aros de hilos de plata y oro y el rojo de las flores pintadas en las velas rizadas de la Primera Comunión; dentro de la tienda cuelgan del techo hileras de cirios de muchas libras, grandes y pesados; rodean la habitación unos armarios pintados de negro lustroso con cenefas amarillas, donde se guardan tarros de lamparillas y pucheros de cera para hacer moldes de los miembros deformes y torturados de los enfermos; baja del techo una romana enorme y pesada de brillante acero, cuyos platillos son dos calderos de cobre que descansan sobre las tablas del mostrador.

También en esta calle abundan mucho las tiendas de gorras, sombrererías y los almacenes de baratillo de medias, camisas y pantalones de mujer; esas blusas y faldas que cuelgan del escaparate a la calle, que se inflan y flotan con el viento, parecen mujeres; se adivina dentro de ellas el pecho y las caderas de las criadas morenas y bajas de estatura.

Así como esas otras chambras de color de rosa con un ramito de azahar que se mueven como aloca-das, retienen el busto de las rubias que aparecen en los portales de los fotógrafos retratadas al lado de un soldado; por el pico de la falda de paño azul, algo corta, asoma la puntilla de la enagua y quedan al descubierto los tobillos con la media muy tirante



y los pies coquetamente calzados con zapatos bajos de tacón alto; en el moño y rizos del pelo tiene clavada una larga peineta y peines pequeños amarillos y bastos. En las manos, grandes de trabajar y fregar, se señala mucho el nudillo de las muñecas; pegado a esta muchacha hay un coracero de gran estatura, con los guantes blancos colgados del enorme sable; el casco, cubierto por el plumero, lo tiene sostenido junto al pecho, descansando en el brazo doblado; en la otra mano un puro de quince.

Junto a la Catedral de San Isidro, donde está encerrada la momia del Patrón de Madrid, tienen establecido su mercado los vendedores de baratijas, con sus mostradores portátiles de tijera; al lado de las tiendas tocan los murguistas callejeros, así como otros se reúnen más abajo de esta calle, para cantar sus tangos; junto a la Fuentecilla, esta simpática y famosa fuente que se levanta del suelo en elevado y cuadrado bloque de piedra berroqueña, sencillo y sólido como para desafiar todos los tiempos y no verse jamás en ruinas, sobre un zócalo están reposando un oso barroco de granito con la cabeza levantada mirando al cielo y un grifo con la boca abierta con caricatura y gracia que le da a este animal fantástico y terrible aspecto de infeliz, por más que tenga en el cuerpo bolas y salientes imitando las escamas, alas de águila y cola y garras de fiera.

En cada cara de los costados de este monumento hay escudos de armas de la Villa coronados por unos frontones triangulares; sobre ellos se apoya otro cuerpo que sirve de pedestal a un león que está de pie con las garras puestas encima de dos grandes bolas de piedra que representan los dos hemisferios.

En el primer cuerpo de esta fuente brotan unos caños anchos y fuertes que arrojan agua en un pilón



de piedra de Colmenar; a estos caños atan los aguadores unas largas cañas para llenar las cubas con más comodidad.

Recostado en la baranda de esta fuente, y sentado en una arca llena de trapos y pantalones viejos, duerme un traperero; a su lado está echado el perro guardián.

En otro lado hay un mozo de cuerda tumbado a la larga; su cabeza, descubierta, está bárbaramente empotrada en la piedra, con los pies descalzos y tan dormido por el vino, que no son capaces de despertarle todos los moscardones y moscas que suben de un arenque podrido que hay a sus pies, en el suelo, y que le pican en la cara y en el peludo pecho.

Mucho más abajo, pasando tantas tabernas y posadas que hay en esta calle, arrimado a un murallón y por fondo el Arco de la Puerta de Toledo, bajo el cual se ve la llanura de Castilla, ante un grupo de gente canta y toca la guitarra un ciego; cuelga de su brazo un bastón sujeto con una cuerda; el puño es de forma de porra, lleno de clavos.

Este hombre alto y huesoso, de piernas largas, cubre la cabeza con una gorra de pelo y cuero; tiene la cara marcada por surcos verdes como el cardenillo de los granos de pólvora de una granada que estalló cerca de él en la guerra de África, dejándole ciego; su barba negra parece la de una momia en su rostro azulado, y cae enmarañada, destacando dura del blanco de la camisa; su mujer es cojitranca y muy morena; tiene puesta una toquilla blanca como las criadas madrileñas y reparte unos papeles con la historia de «La ladrona de niños» y la de una joven que apareció violada y estrangulada con una piedra en la boca. Entre la gente que escucha estos romances hay una chica flacucha, rubia y descolorida, envuelta en su mantón; una vieja celestina la hace guiños con los ojos y la da en los brazos



golpecitos, y se sonríe, y le entorna los ojos, y le hace muecas zalameras, que la otra no se da cuenta de que la trata de engatusar. Un viejo, golfo y socarrón, apoyado en su palo, mira y oye con su pipa en la boca; lleva en su chaqueta rota, para suplir la falta de la tela de un bolsillo, un remiendo de tela de saco, y el forro de ella son cartones y papeles cosidos; gasta un chaleco de piel de conejo para el catarro, tose y gargajea, y para el reuma lleva las piernas embutidas en unas polainas de piel de perro. En la pared, donde aparecen destacadas estas figuras, hay carteles desgarrados de anuncios y de toros. En lo alto del alero del tejado asoma un cielo plomizo y tormentoso. Un perro vagabundo da una vuelta entre la gente para ver si hay algo de comer, y viendo que no, alarga primero las orejas, estornuda y las deja caer hacia atrás, sentándose cómodamente al lado de la vieja para escuchar los romances; el ciego canta una retahíla de nombres de mujer, aderezados como si fuera una letanía.

Las Marías, son muy frías
y de puros celos rabian;
las Mónicas, comilonas,
que una ballena se tragan;
las Angelas y Gabrielas,
son todas muy santularias;
casamenteras, las Juanas;
pedorreras, las Micaelas;
las Leonas, son dementes,
y no sirve ni aun atarlas;
las Quiterias, legañosas;
las Jacintas, jorobadas;
y amigas de militares,
suelen ser las Cayetanas;
velludas como unos osos,



son las Jorjas y Fernandas;
al revés las Melitonas,
que a lo mejor quedan calvas.



II,

EL BAZAR DE LAS AMÉRICAS

AL bajar del Rastro y ver los últimos puestos, cuando muchos forasteros y aun madrileños, creen que ya concluyó, tropezamos con un portalón que da paso al Bazar de las Américas, y tenemos delante la ancha llanura de Castilla, este paisaje que se ve desde la cuesta del Rastro encerrado mezquinamente por dos hileras de casas. Por aquí pasan las dos Rondas, la de Toledo y Valencia; de los muchos muros que hay por esta parte de solares sin edificar, cuelgan mantas, bufandas y colchones; puestos a la venta, y arrimados a las paredes, hay gran cantidad de paraguas y sombrillas viejas; entre la colección de bastones los hay de todas clases, de puño de cuerno, de estoque, de muleta para enfermos, con una débil pátina en el puño. En unas telas de sacos, extendidas en el suelo, hay molinillos de café, tenazas, hierros, relojes de pesas de pared, con flores pintadas, botones y pipas, baúles viejos de corvos lomos, forrados de piel de cabra, con letras de clavos, maletas peludas de cura y algún anteojito de larga vista. Al acercarnos más a estos objetos vemos un rollo de papel amarillento atado con una cuerda: son grabados de los libros «Panorama Español», que representan varias escenas de la guerra carlista; entre éstos está «El Sitio de Bilbao». En otra lámina los facciosos empluman a Josefa Garbizu, vecina de Lezo, por haberla encontrado unos pliegos que conducía a un comandante general, y que a pesar de que esta mujer se hallaba embarazada en meses mayores, la hicieron creer que la iban a pasar por las armas, contentándose por último los rebeldes con rasparla la cabeza, y emplumada la pasearon en



burro por las calles de Vera, ejecutando lo mismo con Manuela Echegoyen, de Irún, y con otra de la vecindad de Goyzueta, imputándolas ser espías.

Otro de los grabados es la sublevación monacal. Unos veinte o treinta frailes franciscanos se reunieron en un sitio llamado la Pescanta, entre dos a tres de la tarde, y allí se entregaron a excesos, gritos sediciosos e insultos, y por último empezaron a disparar piedras y a perseguir a las mujeres de algunos vecinos violándolas. Sujetaba en la mano uno de los religiosos una bandera que decía: ¡Viva la religión! ¡Viva Carlos VI!, y todos iban armados de pistolas y navajas que llevaban debajo de los hábitos atadas a los calzoncillos. Entre los retratos de los personajes principales de esta guerra, están el de Eguía, sentado en su mesa de escritorio, con la banda en el pecho de teniente general; tiene puesto un aparato que él se inventó para poder escribir; un gancho de hierro con un tornillo que sujetaba la pluma y se ajustaba al muñón de su muñeca por haber perdido la mano derecha y mutilados dos dedos de la izquierda. Al abrir un pliego reservado que le mandaron por correo, éste dio una terrible detonación e hizo caer a Eguía bañado en su sangre. El del cura Merino; este infatigable guerrillero está montado en un hermoso caballo y va vestido de paisano, con sombrero viejo y largo gabán; lleva de armamento un sable, un par de pistolas en su faltriquera y un trabuco muy corto.

El retrato del sanguinario Cabrera, llamado el Tigre, que tenía la costumbre de emborracharse y dar banquetes en los mismos sitios de la batalla, maltratando a mujeres y fusilando a muchos en su presencia. Un general, que mandaba el principado de Cataluña, para atajar y arredrar a este cabecilla, mandó fusilar a una anciana de setenta años de oscuro nacimiento: María Griñó, madre de Cabrera.



Pero no consiguió más que aumentar su furor al monstruo, pues éste, como represalia, hizo fusilar más de treinta mujeres de oficiales y nacionales que se hallaban en poder suyo. El retrato de Zumalacárrgui tiene unas patillas muy negras y recortadas, unidas al bigote y los ojos, fijos en su rostro aceitunado, tienen una expresión de dureza y brusquedad; está vestido de uniforme que consiste en boina, capote gris del que sale un pesado sable que arrastra cuando anda, canana, pantalón encarnado y morral de lienzo a la espalda. También está aquí el retrato del general Espartero con sus patillas y perilla y las cejas muy anchas; a pesar de su edad conserva el pelo poblado y muy negro; este personaje está muy mal vestido, con la levita llena de arrugas y manchas de grasa, la corbata por encima del cuello por tener rota la tirilla de la camisa y un descomunal sombrero de copa.

Pero dejando la guerra carlista a un lado, llegan a nuestras narices el olor a sebo de las frituras de las gallinejeras, cuyas sartenes y parrillas están al lado de montones de ropa sucia tirada en el suelo de los desechos del Rastro, camisas sucias y usadas con manchones desteñidos de sudor; también hay muchos puños y cuellos postizos; un ropavejero, en medio de aquella ropa usada, vocea las prendas que van saliendo, y los que las compran, a muy bajo precio, no tienen reparo de ponérselas tal como están. Pasan muchos traperos con los sacos al hombro, en el que es raro que no lleven algunos objetos comprados en las casas. Estos traperos recorren las calles de Madrid. En la copa de sus sombreros llevan metida una chistera vieja, y en las manos, atadas de una cuerda, unas botas que les sirven de anuncio para comprar todo el calzado y sombreros que salen, y llaman un mosco a un duro; al bajar al Rastro, en un montón dejan todas las compras, el con-



tenido de unos carros que llegan rezagados cargados de sofás y butacas desgarradas y derrengadas y los tasadores se quedan con ello para subastar en público.

Muy cerca de la Ronda de Valencia, en la calle del Amparo, está el restaurante de las cigarreras; éstas bajan todos los días a las Américas, estableciendo aquí sus estancos, llamados del pobre. Encima de un cajón tienen a la venta muchos librillos de papel de fumar cerrados por una goma marca «El Sol» y largas tiras de quincalla para los mecheros; las cajetillas que venden son de papel de periódico y en ellas van metidos los cigarrillos hechos del tabaco de colillas. En el suelo hay jofainas llenas de puntas de puro, negras y secas, recogidas en la calle; las criadas de estas colilleras hacen los cigarrillos encima del delantal, con un embudo de latón y un palillo, otras se entretienen con una navaja en picar el tabaco encima de un periódico, sujeto por las puntas con piedras para que el aire no se lo lleve; se ven montones de tabaco rojizo.

Alrededor de un gramófono hay un corro de gente; encima de una mesa está el misterioso aparato con un rodillo de cera, donde ha quedado impresionada la voz humana; al lado hay una fotografía del maestro Domínguez, con su sombrero mezcla de hongo y flexible; tiene el pelo blanco, que destaca de su cara cetrina y arrugada, la nuez muy pronunciada y es muy visajo; pero se nota en su cara mucho gracejo y que le gusta el vino; su bastón, de puño de hueso, donde hay moscas y cucarachas labradas que parecen que las va a aplastar con la mano; de una rueda colocada en el cilindro salen unas largas gomas, hasta una docena, con unos pitorros de hueso amarillentos y sucios por la cera de tantos que se los meten en los oídos para escuchar los cuentos pícaros del maestro, y los soldados que bailan los



domingos en la Fuente de la Teja, invitan a esas criadas, novias suyas, que llevan el pañuelo prendido en la cintura para secarse el sudor de las manos durante el baile, a oír el relato de una joven en la noche de boda, y la historia de las tres jóvenes, la rubia, la morena y la gorda, y parece que el señor Domínguez se mete en interioridades y obscenidades, pues las mujeres se ríen pegadas unas contra otras y se dan codazos.

Entramos en el patio de las Américas; aquí calienta más el sol en el invierno que en ninguna parte de Madrid, y en los meses de verano se achicharra uno. Por encima de la techumbre de los puestos se ve la cuesta del Rastro; a lo lejos destaca en el cielo el campanario de la iglesia de San Cayetano y los tejados negruzcos de las casas más próximas, torcidas y ruinosas, como si fueran a venirse al suelo sepultando a todos sus vecinos; tienen las paredes cuarteadas y el yeso caído, viéndose al aire los ladrillos y las vigas de la construcción. Este hoyo o plaza, está lleno de hierros retorcidos, calderas, chimeneas y campanas; hay también un coche, grande y viejo, parecido en el que iba Prim cuando le asesinaron y una locomotora de las primeras que debieron usarse.

También hay talleres de marmolistas con lápidas de sepulturas, coronas de alambre, medallones con retratos amarillentos y desgastados y otros recuerdos robados de los nichos, viéndose cruces de piedra y verjas despintadas, arrancadas de los cementerios abandonados. Los puestos de los traperos, compuestos de cuatro palos y el techo cubierto de alfombras, esteras y bastidores de tela de saco. En un sillón viejo, que tiene las patas serradas y el asiento hundido y desgarrado, suplido por una tela roja con cintas que se atan a las patas, está sentado un traperero anticuario con su bastón de puño de perro acu-



latado por la mano. Unos señores están viendo un cuadro muy feo, por el que les ha pedido el anticuario tres mil reales y no rebaja nada, pues dice que se trata de un cuadro del pintor Barbudo; a las ofertas que le hacen no se digna hablar ni levantarse de su silla, pues a muchos de estos traperos les da lo mismo vender que no y casi todos ellos tienen palabra de rey; cuando ve que se marchan los compradores los llama y les dice: si este cuadro fuera de Sorolla o de Gonzalo Bilbao, se lo vendería de ciento a ciento veinticinco pesetas; mire, a propósito, aquí tengo un cuadro de Muñoz Degrain, firmado, que se lo podía dar en treinta duros; el anticuario saca un cuadro de asunto griego que nos da la impresión de que el pintor o es un genio o un perfecto mamarracho; en el suelo de esta tienda hay muchos morteros de cobre, velones y coquillas, siendo éstas últimas muy buscadas entre los anticuarios del Rastro. Otro vendedor, vuelto de espaldas, con una chistera vieja que ha cogido de su tienda y se la ha puesto para usarla en vez de su boina, está sentado al lado de una artesa y de una tinaja, con pie y tapadera de madera; hacinados en un montón hay chaquetas de obreros y pantalones llenos de piezas por la culera, con la pretina remendada y sucia; estas ropas dan una gran tristeza, pues parecen desenterradas de la fosa común.

Tirados por el suelo hay gran cantidad de frascos de medicinas; una lavativa de hierro; embudos, barreros llenos de lañas; tazas y unas botas de caña sudadas, que habrán estado en un tendido de sol una tarde de toros; un cochecito de paja de algún niño enfermo; piedras de afilador; chimeneas; flechas para el pelo, y cadenas de brillante azabache con un medallón, donde está metido, entre sus cristales, el retrato de alguna mujer; otras hechas del pelo del muerto. De un clavo cuelga una bota de



cojo, con una gran suela, y recostado en una silla hay un maniquí de mujer con una larga bata azul, asomando por debajo unos zapatos amarillos, muy chiquitos; el pelo lo tiene suelto por los hombros y enmarañado; a la cabeza de cartón, negruzca y sucia, le falta una oreja y un cacho de nariz; una de las manos la tiene rota, y la sana está calzada con un guante blanco de cabritilla.

En un rincón de uno de estos cuchitriles hay un cuadro que huele a cera y a capilla; representa un enfermo, que está metido en la cama, adonde llega un rayo de sol; una mujer angustiada va y viene por la habitación; el cuadro ex voto tiene esta inscripción:

HALLÁNDOSE EXPIRANDO DON JUAN CARRASCO, SU
MADRE, DOÑA JUANA GONZÁLEZ DE CARRAS-
CO, SUPLICÓ A NUESTRA SEÑORA DE LA
SOLEDAD QUE LE SALVARA LA VIDA,
VOLVIENDO A RECOBRAR LA SALUD
EN EL MISMO AÑO DE 1870.

Entre estos industriales de las Américas se ven hombres morenos como moros con brillo, tostados por el sol, con la piel curtida, tristes y sufridos, que apenas comen y que parece que van a entregar la higadilla; enseñan el pelo del pecho y tragan polvo y basura al barrer sus tenduchos, donde hacen reparaciones de muebles; el banco de carpintero y el suelo están llenos de virutas y tarugos serrados; del techo cuelgan los botes de pintura y los cacharros de la cola.

Uno de los dueños de estos establecimientos es el *Chato*, muy conocido por haber sido condenado a muerte, y, cuando le estaban ajusticiando en garrote, al darle la vuelta, se le rompió el tornillo al verdugo, agarrando el reo la correa que le sujetaba



al madero, siendo indultado, habiendo quedado mudo y con el cuello torcido.

Entre los tipos populares que recorren el Rastro y van a parar al Bazar de las Américas, se ve mucho a la *Tonta de la Pandereta* y a un tonto viejo que lleva atado a una tabla un trozo de un caballo de cartón, pequeño, sin patas y partido por medio; baila y canta, pronunciando, con lengua de trapo, palabras incoherentes e infantiles. Sentado al sol un calderero está arreglando unas sartenes, y mete, para tapar el agujero, una moneda de dos céntimos, igualándola y limándola después.



LAS CHOZAS DE LA ALHÓNDIGA

AL salir del Bazar de las Américas tropieza nuestra vista con unos desmontes; en una hondonada del terreno hay una aglomeración de cabañas miserables que han formado un pequeño pueblo; los tejados son de hierba seca y hojas de latón llenas de herrumbre; encima hay piedras para que el viento no se lleve estas cubiertas; los tubos de estufas viejas sirven de chimeneas.

Algo separadas de estas chozas se ven las altas chimeneas de ladrillo de la fábrica de Destilación de Alquitrán y Fabricación de carbones prensados.

Por entre las calles de las chozas sale un humo blanquecino y pobre de los hornillos que sacan a las puertas para hacer la cena.

En los terraplenes donde no crece la hierba se ve un gran montón de paquetes prensados de hierros y hoja de latas lleno de hollín; un hombre está aplastando los pucheros rotos, los botes de tomates, las latas de conservas para luego atarlas con un alambre.

Por una cuesta bajan anochecido las familias de traperos con los sacos a la espalda para meterse en estas chozas, y a veces llevan de un cordel, tirando del cuello, perros golfos con largas barbas y pelo crecido y les van diciendo por lo bajo los desalmados:

—¿En qué casa has estado que no te han cortado el pelo nunca? ¡Lo que es tú no comerás más pan!

A la mañana siguiente sus mujeres los llevan al Depósito de perros del Canal, mientras los inocentes canes van brincando alegres, tomando el sol por el camino. En el curtido les dan dos reales por cada



perro, y después de asfixiarlos ignominiosamente aprovechan su piel para botas.

Entre los habitantes de las chozas hay muchas traperas, con sus pañuelos atados a la cabeza a estilo vizcaíno; en un sofá antiguo de tres sillas unidas están sentadas unas mujeres vestidas con sayas y chaquetas de hombre y trajes tan distintos que parecen unas locas; junto a ellas hay un carro lleno de trapos viejos, almacenados en las calles, que arrastra un borrico viejo y cojo, tan peludo que parece que lleva pantalones. Estos trapos son llevados al almacén de viejo de la Ribera de Curtidores, para que las «claseadoras» corten y separen los finos de los bastos.

Las puertas de las chozas de la Alhóndiga son tan bajas que los vecinos tienen que agacharse para entrar en ellas; y algunas veces, a gatas, en el suelo, encima de un jergón, una mujer acaba de dar a luz, cosa que no choca entre estas gentes, pues casi todas las mujeres tienen tripa y están embarazadas; entre los calderos y hornillos se revuelcan en el suelo sus hijos desnudos, con la cara llena de costras, de basura, de no lavarse; a algunos les han puesto las faldas de sus hermanas para tapar sus vergüenzas.

Los vecinos que viven en estas chozas no se protegen los unos a los otros, y por eso no es extraño ver los postergados, los más pordioseros que han ido a parar allí, que no piden conmiseración ni lástima.

Una vieja con el pelo blanco, con un arañazo en la nariz, cubre sus carnes con una toquilla que ha sido blanca y una falda raída color de tierra; lleva una espuerta colgada del brazo con unos mendrugos de pan y un poco de aguardiente y un palo en la mano.

Un viejo que ya no quiere nada ni espera nada de nadie se tumba envuelto en su capa, llena de



barro, a dormir; su sombrero, apabullado, queda tirado en el suelo y descubierta su cabeza blanca.

En una puerta, al sol, está sentada una mujer con un pie monstruoso, colocado encima de un cajón; tiene elefantiasis.

Aquí vive el más viejo de los traperos madrileños, apodado el «Perro», que tuvo que mudarse de la casa de «Panduro» porque le habían amenazado de muerte varios vecinos de este viejo caserón.





Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

LOS PELUQUEROS DE LA RONDA DE TOLEDO

PEGADAS a las tapias de un solar, están las casetas de los barberos; los hornillos humean delante de estas barberías, para calentar el agua de afeitar; algunas tienen un botijo para calmar la sed de los parroquianos.

En los cajones, tristes, de un solo servicio, donde no hay más que una silla en la que está sentado el barbero, que tose y gargajea mucho; tiene puesto un largo delantal como los que se llevan en la Inclusa y una boina cubre su coronilla, pues su cabeza es muy gorda, de frente saliente, y la boina chica; una enorme cicatriz corta el labio superior, quedando la boca abierta con dos o tres dientes; su nariz es un boquete tapado con un parche; tiene la barba rala y rojiza, y los pies muy crecidos, calzados con unas botas de paño rotas; entre las piernas, cruzadas, sujeta un palo.

Del techo del cajón cuelga su manta, de color de tierra, por si siente frío a la caída de la tarde; el hornillo lo tiene apagado para no hacer gasto hasta que caiga un parroquiano.

En los cajones de más pretensiones, forrados por dentro de tela de colchón, en que además del maestro hay dos criados muy ocupados en cortar el pelo a dos clientes sentados de espaldas, tienen sus cabezas llenas de escaleras y trasquilones; en las sábanas caen pegotes de pelo de las orejas; las moscas, que abundan mucho del ganado de los corrales, se les pegan en la nariz, en el cogote, en una mano, y ya no se marchan.

El maestro afeita a un paleta que está sentado de frente; le inclina bruscamente la cabeza y le tuerce las narices, para afeitarle el bigote, metiéndole



en sus agujeros las puntas de sus dedos, amarillos de apurar las colillas.

En el suelo de estas peluquerías se ven charcos de sangre, pues estos Barberos también suelen sacar muelas.

Enfrente de las barberías, entre los viejos árboles del paseo, unas viejas encorvadas, vestidas con trajes de colores sucios y desgastados, se quitan los piojos de la camisa y los tiran al suelo, rascándose con las uñas la espalda y el pecho, que está lleno de arañazos, de sarna.

Al quitarse el pañuelo, una de ellas enseña la cabeza completamente calva y mondana, llena de costuras, que sangran al arrancárselas con los dedos.

También por estos sitios se ven muchos esquiladores y castradores de animales, con blusas largas y sombreros anchos, y afiladores que pasan tocando el «chiflo» y afilan las tijeras y navajas a los Barberos.

Anochecido, los peluqueros de la Ronda de Toledo desmontan sus tiendas, quitan las tablas que forman sus tabiques y el techo y las llevan a la cabeza; el criado carga con las sillas y el talego del hornillo, y van a las Chozas de la Alhóndiga; otros a dormir en las casas del cura Camacho o a las cabilas de Magallanes, junto a las tapias de los antiguos cementerios, y los más distinguidos al paseo de las Acacias, donde hay unas casas abiertas a la intemperie llenas de galerías y pasillos con cuartos numerados, en las que viven más de cien familias; en los portales hay el boquete de un pozo, con un cubo sujeto por una cadena atada a una polea para subir el agua a los cuartos; el retrete está también en el portal, y se ven los vecinos unos a otros cuando bajan las escaleras a hacer sus necesidades.

Los esquiladores y afiladores se retiran a las posadas y cobertizos de la Cuesta de los Cojos.



LA FERIA DE LIBROS

Todos los libros de desecho de las tiendas de viejo de las calles de la Abada, San Bernardo, Pez y Jacometrezo, restos de bibliotecas cuyos volúmenes amontonaron en vida los muertos con tanto deseo como si fueran a coleccionar todo lo que se ha escrito y que para la familia no siendo más que una carga pesada los malvendió. Libros que en montón, y no catalogados por falta de tiempo, unidos a otros de cierto valor para atraer la atención de los lectores de barato van a pasar a la feria de Atocha.

En los últimos días de octubre empiezan los fríos y sopla un aire helado de la llanura manchega, y los libreros encienden las primeras hogueras para calentarse al lado de los cajones de libros, y como los compradores escasean, pues ya han revuelto, mirado y remirados los volúmenes y la feria toca a su fin, los libreros andan y vienen voceando: ¡Al gran barato!, y ponen en los cajones un cartel rebajándolos de precio, a 15 céntimos cada tomo; se ven tirados por el suelo y confundidos los desperdicios que han sido tan sobados.

Las hojas empiezan a caer de los árboles amarillentas y secas y andan metiendo ruido los papeles por el suelo, unos detrás de otros, empujados por el viento que los arrima contra los bancos y los pega en las tablas de los barracones; estas hojas sirven para encender y avivar las hogueras.

Empiezan los días a acortarse y los crepúsculos maravillosos; el cielo tiene un barrido azul y verde de una fina e inefable transparencia. En la llanura de Vallecas se ven los carros que vuelven a Madrid negros y recortados a contra luz; la gente, a lo le-



jos, parecen muñecos, y en la marcha de las mulas se nota el cansancio del trabajo cotidiano.

Estamos a primeros de Septiembre; ya cerca del Museo de Pinturas, empiezan los puestos de fruta con las paredes tapizadas de lienzos blancos; las cortinas de puntilla están tirantes y secas por el calor; del techo cuelgan largos racimos de uvas y los vendedores espabilan las moscas con unos zorros de papel; en los caballetes, que sirven de mostrador, en sacos hay gran cantidad de granadas, melones, naranjas, torraos, acerolas y chochos. Las barracas de libros se abren en dos filas, dejando en medio la puerta de piedra del Jardín Botánico, cerrada por rejas.

Este jardín silencioso, tiene aire de cementerio visto desde fuera; sus árboles, inmóviles y lejanos, parecen pintados en el cielo. En este paseo están las cuatro fuentes unánimes y gemelas echando agua en las tazas con gran puntualidad a través de los años, muestra artística de la buena época en Madrid, de la escultura y arquitectura que hoy en esta época prosaica y de mal gusto son verdaderos monumentos. En las barracas de viejo hay muchos rebuscadores de láminas y libros que se llenan los bolsillos de rollos y tomos. En los estantes se ven apretados y empolvados los libros; recostada en ellos hay una escalera para alcanzar los de las últimas filas. El dueño de esta barraca viste un largo delantal amarillo; es vegetariano y ateo; tiene gran fuerza y agilidad; lleva la cabeza al descubierto y rapada, lo mismo en verano que en invierno, y los pies desnudos; mira los tomos muy de cerca con los gruesos cristales de sus gafas y trepa por la escalera como un mono, bajando y subiendo libros, que limpia a zorrazos, levantando nubes de polvo, dando chillidos al enfadarse con la demás dependencia y poniéndose encarnado por la cólera. Aquí



están los tomos del *Semanario Pintoresco*, de este venerable y romántico periódico ennoblecido por los artículos de costumbres de Mesonero Romanos y por los dibujos de Leonardo Alenza, reproducidos en madera por Batanero y Castilla; sus números tienen la letra clara y magnífica, como los de una crónica antigua. *El Museo Universal*, con numerosos dibujos de Ortego. *La Ilustración de Madrid*, con dibujos de Valeriano Bécquer; los dos tomos de los *Españoles*, pintados por sí mismo, con una portada de Lameyer, imitador de Alenza; las numerosas ediciones del *Quijote de Ibarra de Sancha*, de Piñuela; las novelas de viajes y aventuras de Julio Verne y Walter Scott; las *Aventuras de Robinson Crusoé*; los *Viajes de Gulliver* y la novela *Sin Familia*, por Héctor Malot, publicada en los tomos de la *Amenidad*, de este simpático y curioso periódico.

También se ven algunos tomos del *Gil Blas*, periódico agresivo, con valientes dibujos de Ortego y litografías de Perea; en muchos de sus números leemos algunas advertencias de haber sido prohibido el texto y caricaturas por el Gobernador.

De su lectura se saca en limpio que la política en España siempre ha sido una merienda de negros.

¡He aquí! —dice un bibliófilo— un libro de mérito sacado de un estante con grandes huecos y desordenado, en el que los compradores parecen haber entrado a saco; un tomo de mucho tamaño, con cubiertas de pergamino amarillo; al salir ha hecho derribarse a otros volúmenes; se cala las gafas que antes ha limpiado con un pañuelo sucio y desata sus cuerdas de tripa con que se cierran sus tapas; lo primero que hace es llevárselo a la nariz y huele un buen rato su olor a humedad.

Al abrirlo se encuentra con un esqueleto grabado en madera que llena toda la hoja del libro; está



apoyado en un palo y conserva su calavera una mueca de rabia; tiene a sus huesos pegado algo de carne; de la espaldilla y de los agujeros del hueso sacro salen y se enroscan y se vuelven a meter dentro, no queriendo ver la luz, unos gusanos grandes y bien alimentados; a los pies de este esqueleto hay un ataúd desfondado con las tablas podridas, y el sudario que se ha quitado y ha tirado al suelo en la tierra abierta y seca, dice:

Para mejor mostrarte la compostura
que tiene un cuerpo humano estando entero,
y para que goces bien de mi hechura,
me mostraré de espaldas y frontero,
sin mostrar en los huesos comisura;
mas puesto cada cual en su agujero,
que no quiero meterme en más misterios,
de como los he visto en Cementerios.

¿Hola, este esqueleto parece que nos quiere dar una lección de anatomía? Luego va revisando sus hojas, que están dobladas por las puntas y tienen grandes manchas amarillas; sin duda, dice el erudito, este libro ha pasado el mar.

De pronto empieza a quitar las cuerdas a unos tomos ratonados, de cuyos paquetes coge uno en la mano.

Este es, dando un grito de alegría, el famoso *Lunario* editado en Madrid en 1820; tiene un hermoso soneto dedicado a la brevedad de la vida y se pone a declamarlo con acento enfático ahuecando la voz.

El curso de los años repetido
gasta la edad con natural violencia,
y el tardo amanecer de la prudencia
conoce el tiempo cuando le ha perdido.



La mitad fue del sueño y del olvido;
la mitad o error o negligencia:

¡Más o de vivir dificultosa ciencia!
¿Quién en toda una vida te ha sabido?

Duran los días; ¿pero quién percibe
su duración, si es menos inconstante
la intrepidez de nuestra fantasía?

¿O qué importa el durar, si sólo vive
el que sabe acertar aquel instante
principio y siempre del eterno día?

En un estante se ven algunos libros decrepitos y maltrechos de música; allí están las viejas y románticas óperas *Il Barbiere di Siviglia*, *Linda di Chamounix*, *Maria di Rohan*, *Lucrezia Borgia*. Uno de los presentes, al abrir el de Trovador y pasar sus hojas, ha hecho caer al suelo una carta olvidada, de mujer; la letra es impecable y está descolorida por el tiempo.

En el suelo hay un montón de libros; la polilla y los gusanos han dejado en sus hojas un taladrado muy limpio, que forma unas curvas; algunos agujeros han atravesado, por entero, los volúmenes hasta el cuero de la encuadernación.

Entre una confusión de papeles, láminas y viñetas, se destacan algunos grabados admirables de Martínez Espinosa, arrancados de los tomos *El grabador al agua fuerte*; descubre nuestro hombre un grabado que representa a unos galicosos y sífilíticos, apoyados en muletas y bastones para poder andar; tienen las piernas vendadas, llenas de costras; otros llevan las caras y cabezas rodeadas con tiras de vendas; en las ingles tienen grandes bubones; hay uno, en una esquina, desnudo y amarillo, envuelto en una manta, tiritando de frío; en la cabeza le ha entrado la pelada y se le han caído los dientes. Una mujer



en el centro, vestida de maja, bien formada de carnes y de pie pequeño, les señala un cartel, donde dice:

Aquellos polvos
traen estos lodos.

Y más abajo estos versos:

Jóvenes desvergonzados
y doncellas disolutas,
si aspiráis ser prostitutas
atended estos dechados:
Mirad estos galicados,
tenedles compasión,
pedid por ellos perdón;
aquel juez, justo enojado,
pues que ve despreciado
el fruto de su pasión.

Mucha gente, principalmente el público compuesto de mujeres y niños, pasa indiferente ante los puestos de libros viejos, y llena los barracones del cóndor de los Andes, el Circo y el teatro del ventrilocuo.



EL GRAN CÓNDOR DE LOS ANDES

FRENTE a los últimos puestos de libros del Botánico, hay una barraca con un cartel muy llamativo; representa un cóndor subido a una montaña; entre sus garras tiene sujeto a un hombre vestido de traje azul y cuello de pajarita.

En este cartel todo es convencional; el peñasco que parece de cartón, las nubes y una sima que se abre a los pies; pero lo que choca más es que estando solos en aquel paraje hombre y fiera, tenga él vendada la frente como si le hubieran curado las heridas en la Casa de Socorro.

Los dueños de este fenómeno son un matrimonio miserable que comen con gran parquedad.

En la entrada, al lado de una mesa pequeña donde hay una botella de vino y un papel con unas sardinas, en una silla, está sentada una vieja muy encorvada y pequeña; tiene los brazos cansados y caídos y lleva puesto un traje anticuado de color claro con muchos botones de adornos; su cabeza grande en comparación del cuerpo enclenque y el pelo tirante y blanco, casi amarillo, como el bigote de los viejos por el tabaco.

Entramos en la barraca; en el fondo de ella hay un cóndor tan flaco y hambriento, que casi no se puede tener de pie sujeto por una cadena a una pata, cuya garra tiene partida una uña y subido en un cajón pintado de color de pizarra, cerrado por un candado lleno de agujeros tapados con tablas; en un lado tiene abierta un ventano con unos hierros para que respire cuando le encierran dentro y le facturan en el mixto para otra feria. Le separan a



este cajón y al cóndor una barandilla para demostrar la fiereza de este inofensivo animal.

Un viejo, con una pluma del cóndor metida en la cinta del sombrero, barre con una escoba corta de mano los excrementos que ha dejado el pajarraco en la barandilla y ata una escalera a los palos de ella, arregla unos colchones y mantas arrollándolos y atándolos, sin hacer caso de los que allí han entrado; luego da un golpe con la pipa en la palma de la mano para tirar el tabaco quemado y se la guarda en el bolsillo del chaleco.

Acercándose a la gente dice: Este cóndor, señores, come un kilo de hígado todos los días; también le gusta mucho la lengua y los ojos del carnero; desde que le tengo me lleva comido muchos panes.

El primer amo que tuvo se conoce que le maltrataba con algún palo, porque cuando entró a mi servicio vi que no eran pocos los golpes que había sufrido esta bestia, sobre todo en el pescuezo. ¿Ya le saldrá caro el alimentarle? —le pregunta uno del público.

Sí, bastante; pero él es quien nos da de comer a mí y a mi mujer, que es la que han visto ustedes a la puerta; éste es como un criado al que hay que mantener; le queremos como si fuera un hermano nuestro. Debe de ser por el parecido que tiene con ellos —dice uno maliciosamente por lo bajo.

El viejo se acerca al cajón y dice: Señores: presento El Gran Cóndor de los Andes, rey de los aires y terror de los aviadores, animal carnívoro y feroz, temible por la fuerza, capaz de llevarse a un hombre volando a su nido.

Luego le hace montarse de pie en un palo y lo baja y lo sube; el cóndor se asusta, da un brinco y azota las alas, metiendo mucho ruido con la cadena que le sujeta; luego con una vara le da algunos medidos haciendo que se abra más de alas. Y entonces,



extendiendo los brazos como si tomase la medida, dice: Dos metros cuarenta y cinco de alas y palmo y medio de alas, vuela a seis mil metros de altura, según la Zoología. Un curioso le pregunta: ¿Es calvo este bicho? Así parece —le contesta el viejo—; pero es lana blanca lo que parece una gran calva, y cerrándole el pico con la mano le dice que tire y toque sin miedo. ¿Dará muchos picotazos? —le dice el mismo.

¡Que si pica!, ya lo creo; su pico es como un martillo; un día me atravesó esta mano.

Dentro de unos días, cuando termine la feria, saldremos de Madrid para el pueblo; nosotros somos nacidos en Paracuellos; en esta tierra, en invierno, hace mucho frío; el río se hiela y las calles y el campo tienen tres palmos de nieve; mi mujer y yo pasamos los siete meses sin salir de casa, encendemos la lumbre y el hornillo del hogar, y en una cueva que tenemos hecha nos metemos allí y nos calienta la chimenea, dejando la llave abierta. El cóndor duerme en el granero para cuidar de la paja, ajos, cebollas y panochas que allí tengo almacenadas y también para que ahuyente los malos espíritus de la casa. En mi habitación tengo siempre el vergajo colgado de la cama por si entraran ladrones, desde que un día nos dieron un susto, sentimos ruido y pisadas, y como estábamos acostados nos tuvimos que levantar casi desnudos; yo, en camisa y sin calzoncillos, y mi mujer, desgredada y sin medias, y vimos, por el ventano de la puerta, iluminado por la luna, pues de nada nos sirvió el candil, pues se veía bien claro, correr a unos y saltar la tapia del corral: se nos llevaron dos gallinas. Del granero estoy bien seguro, pues durmiendo allí éste, si entrasen a robarme no dejaría a uno vivo.

Ahora les enseñaré a este animal que se me murió el año pasado por él; por poco mato a un hom-



bre con esa misma escopeta de dos cañones que ven ustedes colgada de esa puerta y con la que cazo, pues soy muy aficionado a la caza y a la pesca. En una tabla que trae en las manos se ve el cadáver disecado y clavado por los pies de un bicho. Este es el animal indio, terror de los indios ingleses; doy mil pesetas al que me presente otro igual. Tiene cabeza de conejo, cuerpo de tortuga y rabo de gato montés. Este animal duerme mucho, por eso se llama marmota, y hace unas cuevas con las uñas, por las que se mete. Aquí, en este mismo sitio, hace cinco años estaba vivo; el último día de feria le estuve buscando por todos lados y no aparecía; al quitar este harcón me encontré con que en un agujero que había hecho en la tierra y debajo de él estaba allí agazapado.

Cuando salimos de la barraca se ven en la pared, como clavados e inmóviles, moscardones, saltamontes verdes y pequeños y mariposas de la noche, que han entrado allí como fascinadas por la luz del quinqué, tan negras como el sino y triste destino del cóndor.



EL CIRCO

Es un gran barracón de madera con techo de lona, atravesado en su centro por un palo como el de un buque, que sirve de sostén y al cual se atan gran número de poleas y amarras de cables y marmomas; otras cuerdas cubren por fuera su techo y están sujetas a estacas metidas en la tierra.

Todos los años produce la alegría de los chicos el ver bajar de los carros las tablas numeradas, viejas y carcomidas, de sus paredes, para ser emplazado en la feria, y sube de punto su entusiasmo cuando ven la lona tirada en el suelo, llena de remiendos y costurones, que pronto ha de servir de techo al circo. Esta tela que ha resistido tantas veces las tormentas y aguaceros en las ferias de los pueblos.

La gente va entrando en el circo bajo el lienzo de una decoración de teatro con árboles y cielo, que hace las veces de cortina.

Cada vez que se descorre este tapiz ven los curiosos desde fuera al público, apretado y confundido, en sus pendientes asientos.

En la atmósfera hay ráfagas de humo de los cigarrillos que amortiguan la luz de los focos eléctricos.

La orquesta suena dentro, obscura y como enfundada. Va a empezar la función.

Los gimnastas y clowns, con las melenas rizadas y los tupés en punta, hacen ahora las veces de criados, vistiendo largos levitones grises ribeteados de galones encarnados, y se abren en dos filas al pasar entre ellos un artista alto y muy delgado que lleva un extraño traje de serpiente; le observan con curiosidad, se miran unos a otros, moviendo los labios



sin hablar, y echan miradas al público y se sonríen con él.

En la pista hace su aparición el hombre-serpiente con un traje verde muy ceñido al cuerpo, de escamas centelleantes, que deslumbran y marean la vista.

Se sube a una mesa, y después de hacer distintas contorsiones, sus brazos, descoyuntados, se vuelven al revés y asoma la cara entre las piernas; luego, sus pies se van deslizando poco a poco sobre la tabla hasta quedar con las piernas completamente abiertas y tronchadas y parecer que está sentado en la mesa con el tronco.

En esta postura hace pasar varias veces todo su cuerpo por un aro pequeño y reluciente, de metal, tirando de él y haciendo muchos esfuerzos.

Por último, se agarra la nuca con las piernas, dejándose caer de la mesa al suelo con un sonido frío de huesos.

En un sitio como un cajón, tapado con colchas, debajo de los músicos, están los cuartos de los artistas; desde los asientos de entrada general se ven dos clowns, sentados a una mesa, jugar a la baraja; echan los últimos tragos de una botella de vino; se levantan de sus asientos y ensayan lo que van a decir. Luego aparecen ante el público, dándose de bofetadas; sus gritos resuenan, broncos y duros, bajo el techo del circo, después que han terminado su trabajo y se han ido los clowns.

Pisan la alfombra cuatro gimnastas con las mallas tirantes, los pechos salientes, las piernas aceradas; con ellos sale una mujer; tiene el pelo negro, suelto y largo por los hombros y los brazos al aire; en el triángulo que hace su corpiño, de raso blanco, se ve su espalda desnuda y morena; colgada al cuello lleva una medalla.

Estos gimnastas suben con increíble agilidad por una maroma; unos cables sujetan, a gran altura, va-



rios trapecios y anillas, a las que se cuelgan y se ponen a dar volteretas y saltos hasta tocar con la cabeza en el techo del circo; mientras tanto uno de ellos se queda colgando el cuerpo boca abajo, sujeto de las corbas, y otras veces de las puntas de los pies, y el que viene por el aire da un grito para avisar, y, después de dar un salto mortal, se queda asido de los brazos de él, sonando la carne con un chasquido al agarrarse y pender todo el peso del cuerpo de ellos. Todos estos trabajos los ejecutan con tanta precisión y destreza, como si no hubiera peligro y estuvieran trabajando en el suelo. La acróbata, mientras tanto, se columpia en un sillín de terciopelo azul con flecos de plata, cruzando las piernas; la vendan los ojos y se pone en pie en el palo del trapecio, tomando impulso con el cuerpo; un pañuelo que lleva a su cintura se mueve airoosamente en el aire, llevando todas las miradas pendientes de él. Entonces la música, alegre y detonante, queda parada, y la gente guarda un silencio imponente; da ella un grito agudo y se deja caer en el espacio, en medio de la emoción de los espectadores, que ven a su cuerpo dar, a gran altura, una vuelta completa de cara y después de espaldas en el aire, quedándose de pie y agarrada a un trapecio, que tiene sus cuerdas llenas de flores.

Después que los criados del circo han dejado la pista libre de estorbos de cuerdas y alambres y se han llevado la alfombra y la colchoneta, sale luego a la pista un hombre vestido de americana con una cabra amaestrada, que da vueltas encima de una mesa y aparta con las patas unos cartones con números, sabiendo sumar y componer un nombre por medio de letras pegadas en ellos; luego, dándola golpes en las rodillas con una vara, la hace andar en una tabla que tiene unas botellas, subiéndose trabajosamente y haciendo en ellas equilibrios; cuando



la hace arrodillarse para saludar al público, se le ven al pobre animal brotar las lágrimas, teniendo sus ojos tristes rodeados de profundas ojeras.

De pronto e inesperadamente, sacan al redondel un palo con un cartel, en el que dice: «Diez minutos de descanso.»

Pasado este tiempo, se abre la puerta de entre bastidores y vuelven a ponerse en fila los lacayos del circo, pasando entre ellos unos coches ocupados por monos y tirados por perros, dando la vuelta a la pista; algunos de estos monos tienen un aire ya de viejas cansadas con la cara renegrida y el cuello pelado; procuran, sin embargo, ir derechos y erguidos, visten trajes pasados de moda, manteletas, poliones, y llevan viejas capotas con lazos; en el corpiño se marcan las ballenas de su armadura y tienen sus faldas verdes largas colas; algunos riñen entre sí porque les da mucha rabia que les pisen la cola los que van detrás, llevando camisolines y vestidos de caballero.

En medio de las risas, se abren paso entre las señoras que están sentadas en las sillas; un mono jinete en un perro que corre alrededor de la barrera con indecible velocidad; en la carrera se le queda al mono torcido el sombrero que le cae por los ojos, y la ropa descompuesta asomando su rabo; el mono se enfada porque siente el ridículo y las risotadas del público, y chirriándole los dientes de rabia, se afianza en los estribos, agarrándose con sus largos brazos al cuello del perro para no caer y le tira rabioso de las orejas, dando chillidos agudísimos.

Cuando se han marchado los monos, sale a la arena una amazona montada en un caballo blanco, y agarrándose a su pelo se monta y se desmonta de un salto, quedándose a veces de pie o arrodillada en su ancha y reluciente grupa, mientras el caballo sigue dando la vuelta moviendo acompasadamente



su cabeza. Al acabar su trabajo, la amazona extiende elegantemente un brazo para saludar al público, sosteniéndose con la punta de un pie.

Unas voces que vienen del pasillo, anuncian a un «clown» que se presenta con largo flequillo, la cara enyesada y un traje rojo de trapo, sin ningún adorno, acompañado de un perro de lanas con cara de viejo, el hocico negruzco y constipado y los ojos rojos y pitañosos; le esconden, sin que lo vea, un pañuelo en la arena, y el perro escarba con las patas y lo desentierra, trayéndolo en la boca; el «clown» le da un terrón de azúcar de regalo. Luego, le pone un pantalón militar, le venda los ojos con un pañuelo y va a buscar una escopeta; le hace ponerse de pie disparando la escopeta de fulminante, que da una gran detonación; cayéndose trágicamente al suelo el ros de soldado, el perro cae boca arriba, se acerca a él el «clown» y le coge de una pata, quedando el perro en la misma postura y con la pata levantada, haciéndose el muerto. En un coche fúnebre, tirado por dos perros con gualdrapas negras, le echan en él y se da por terminada la función de circo.





EL VENTRÍLOCUO

OTRA de las barracas de la Feria del Botánico es la del ventrílocuo.

Al levantarse el telón aparecen sobre una tarima, donde hay clavada una alfombra y teniendo por fondo una vieja decoración de habitación, un grupo de autómatas de tamaño natural con las cabezas y las manos de cartón, y en sus posturas habituales en que quedaron después de su trabajo de la sesión anterior.

Uno de los autómatas es un viejo con la cara amarilla y las orejas grandes y desprendidas, envuelto en su batín verde; por su abertura se le ven los calzoncillos; su cabeza de microcéfalo está cubierta con un gorro blanco de dormir. El sillón en que está sentado es de los llamados cagaderos, por tener en su asiento un agujero, debajo del cual hay un bacín.

Otro autómata es un señor de edad madura con su levita negra y un pantalón a grandes y cómicos cuadros; tiene una pierna montada sobre la otra y enseña una tripita de hombre humorista y jovial; la nariz muy colorada y su calva brilla a la luz con un lobanillo muy grande que tiene a raíz del pelo. A su derecha está sentada una señora como de unos cincuenta años, delgada y erguida; usa lentes y tiene puesto un sombrero de bridas y lleva una falda de seda con muchos volantes y flores estampadas. A su izquierda tiene a un torero con una gran coleta en el occipucio; es jorobado y por lo chico casi pasa desapercibido; luce una chaquetilla de pelo rojo, faja negra y corbata muy estrecha, colorada. Su cabeza, gorda y desproporcionada, parece más caricatura que la de sus compañeros; el amigo tiene unas



narices muy largas y una boca rasgada a lo largo de la cara con dos comisuras muy pronunciadas, como las de un perro cuando se ríe.

Los otros autómatas están tapados con sábanas y no sabemos quién son hasta que los descubra el ventrilocuo.

Estos muñecos están contruidos de modo que los brazos y las piernas se agiten, sus cabezas se vuelvan de uno y otro lado, los ojos se abran y cierren y la mandíbula inferior se mueva como si la boca estuviera articulando palabras; basta para esto con que el ventrilocuo toque un resorte.

Los personajes o autómatas que toman parte en la barraca son: «Doña Micaela», «El Cotufas», «Don Hilario», «Tío Remigio» y el ventrilocuo señor León.

El Cotufas.—(Escupiendo por el colmillo y cantando.) ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!

Señor León.—¿Qué le pasa a usted, Cotufas?

El Cotufas.—Ná, hombre. Que estaba tarareando un poco de flamenco, pero no sale, no debo estar en voz. ¡Ay!, ¡ay!, ¡ayayay!

Doña Micaela.—(Con la nariz arrugada y el entrecejo rabioso y agresivo, mirando al señor León.) Haga el favor de decirle a este hombre que se calle y no escupa tanto, que me va a manchar el traje nuevo.

El señor León.—(Mirando al Cotufas y hablándole cerca del oído.) Mire lo que dice doña Micaela: que se calle y no sea impertinente.

El Cotufas.—Eso lo dirá por usted, tío Lanás, que se mete siempre en lo que no le importa y por eso esta señora está aquí sentada, para que yo la defienda. (Mirando a doña Micaela y dándole un codazo en el pecho, después de echarla una bocanada de humo del cigarro.) Estando yo aquí no tenga cuidado, señora.



El señor León.—Amigo, con otro golpecito como ese, muda a la señora la tabla del pecho.

Doña Micaela.—(Furiosa y dándole al Cotufas con el abanico cerrado un fuerte golpe en la cara.) Tío borracho, tome, por soez.

El señor León al Cotufas.—Ve usted, eso le está muy bien empleado; a la señorita Micaela le gustan los pájaros, las flores y los sonetos, y usted está muy lejos de ella porque le gustan los toros, la taberna y el juego.

Doña Micaela.—Es que usted es un caballero muy fino y galante, señor León, y este hombre es tan grosero, que estando a mi lado todavía no me ha dicho una sola palabra de amor.

El Cotufas.—(Acercándose al oído de doña Micaela.) ¿Qué encantos debe tener usted ocultos, señora?

Doña Micaela.—¡Ay, este hombre huele a vinazo que apesta!

El señor León.—(Destapando a Panchito, un botones negro.)

El negro.—Ja, ja, ja. ¡Ay, qué bruto es este hombre!

El Cotufas.—(Dejando caer lentamente su mano sobre la cabeza del negrito, que suena a hueco.) Toma esta torta, para que aprendas a respetar a las personas de edad. ¡So raspa!

El señor León.—(Cogiendo de las solapas al Cotufas.) Le prohíbo que maltrate a ese joven.

El Cotufas.—(Levantando la garrota.) Me da la gana. A ver si le doy a usted un palo con ella.

El señor León.—(Quitándole la cachiporra de la mano y golpeándole con ella.)

El Cotufas.—¡Favor! ¡Socorro! No pegue, no pegue, que veo con el cogote. (Haciendo girar su cabeza, que da vueltas al revés, se le cae el sombrero cordobés al suelo y enseña un cogote con mucho brillo y peinado con raya, quedando este muñeco con



el brazo levantado, para parar los golpes. Luego el señor León destapa a Juanito, un niño de cuatro años, vestido de marinero, con una gorra de borlita; en su cinta se lee: «Acorazado Español Pelayo». Juanito mira con curiosidad a todos los autómatas que hay a su alrededor sentados, y señala con el dedo el lobanillo que tiene don Hilario en la calva y le pregunta al señor León: —¿Qué tiene ese señor en la cabeza?

Señor León.—No seas indiscreto, Juanito, que te voy a dar un azote.

Juanito.—Y ese señor, ¿por qué tiene ese orinal debajo del sillón, di, para qué sirve?

Juanito (señalando a doña Micaela).—¿Por qué tiene esa señora un grano en la nariz, di, por qué?

Señor León.—Si sigues así, Juanito, haciendo preguntas indiscretas, te voy a tener que llevar al cuarto oscuro.

Juanito.—Llévame al cuarto de mi criada.

Señor León.—¿Para qué quieres ir allí?

Juanito.—Toma, para meterme en su cama y acostarme con ella.

Don Hilario.—A mí nunca me han gustado los niños, porque en todo se fijan y todo lo ensucian y lo estropean. (Después de hacer esta declaración se da un golpecito de satisfacción en la tripa, mira la hora en su reloj y saca de un bolsillo de su levita una cajita de rapé, que ofrece con un cumplido a doña Micaela.)

Doña Micaela.—(Cogiendo un polvo con las puntas de los dedos.) Muchas gracias, don Hilario. Al poco rato empiezan ambos a estornudar.

Señor León.—(Dándole una palmadita en el hombro a don Hilario.) Usted, como siempre, tan joven, tan bien conservado; todo le sonrío, dinero, salud y buen humor. (Hablándole al oído.) ¿Quiere usted cantar o bailar con esta señorita, que me lo va rogan-



do por lo bajo muchas veces y está ya muy impaciente?

Don Hilario.—Sí, señor León; si no fuera por esta hernia estrangulada que tengo y este aparato que llevo en el vientre, que es como un corsé, bailarí­a o cantarí­a algo. (Con voz amable.) ¡Pero que cante esta señorita, que lo debe hacer muy bien (señalando a doña Micaela). Pero antes, tráiganos una bandeja con una copa de Jerez y unas pastas para mí, y para la señorita un chocolate con unos bizcochos.

Doña Micaela (aparte).—¡Ay qué hombre más amable, parece una buena proporción (mirándole de reojo), y no es tan feo; se parece a mi segundo marido difunto!

Señor León.—(A doña Micaela, mirándola de cerca.) Hay que dar gusto a Don Hilario. Además, creo que tiene usted una voz muy bonita.

Doña Micaela.—Sí, señor, pero estoy muy constipada (saca el pañuelo de un bolsón bordado como una colcha de cama, y después de sonarse metiendo mucho ruido, empieza a cantar con voz desgarradora, pero con la expresión romántica que pide la canción):

Ad-di-o, mia bel-la-Na-po-li, ad-di-o,
ad-di-o, La tua so-a-ve im-ma-gi-ne
chi mai, chi mai scordar po-tra.

El tío Remigio, que ha estado toda la sesión con las orejas largas y quejándose en su sillón cagadero, al oír aquella voz chillona de loro viejo, se indigna y se incorpora de golpe en el sillón, movido por un resorte, y dando con los pies, descalzos, un fuerte golpe en el suelo. Empieza a chillar y a dar alaridos. Luego coge a doña Micaela por el cuello y la tira cuan larga es, violentamente contra el suelo, con las faldas por encima de la cabeza, viéndosela el cor-



sé, debajo del que tiene unos pechos artificiales y las almohadillas de unas caderas postizas; también sus botas están rotas y con los tacones torcidos, y la dentadura postiza, de largos y amarillos dientes, se ha salido, entera, de su boca.

A Don Hilario le deja clavado un cuchillo de cocina en la tripa, y el ventríloquo, señor León, huye, asustado, con las manos en la cabeza, y se mete por la primera puerta que encuentra, perseguido por el loco.

Al bajar el telón la gente no sabe si es un muñeco o un hombre disfrazado de autómatas.

Tal vez sea un viejo que hemos visto a la puerta dar las entradas con gran inmovilidad; parecía una figura de cera, con su traje negro, zapatos blancos, de playa, con puntas charoladas, pelo gris y dos colmillos en su boca, desdentada, que brillaban a la luz más que los cristales de sus lentes.



LA SALA DE DISECCIÓN

DESDE pequeño sentía yo cierta atracción por todo lo que las gentes califican de horrible; me gustaba ver los hospitales, el depósito de cadáveres, los que morían de muerte violenta, yo me metía en todos estos sitios; muchas veces me echaron y entonces volvía disgustado a mi casa. Cuántas veces he seguido a las camillas, a los heridos de algún accidente en la calle; algunas he sido testigo involuntario de estas tragedias emocionantes, de impresión desagradable. Luego estas escenas han provocado en mí tal afición y curiosidad que cuando leo un periódico que relata un crimen, me hago de conocimientos para ver la casa donde se desarrolló el suceso, el estado de la habitación, qué posición ocupaban la víctima o víctimas, en fin, todo el curso de las investigaciones de la Policía. Una vez, en las inmediaciones de la Casa de la Moneda, vi una aglomeración de gente que se estrujaba por entrar alargando el cuello y poniéndose de puntillas; otros trepaban por la verja. En aquel grupo corría la voz de que dentro había el cadáver de un suicida; un guardia dijo a la gente que podían entrar para ver si alguno reconocía al muerto, que estaba sentado en el suelo, con el busto contra la pared y vestido elegantemente; tenía la sien destrozada de un balazo. En los hombros, sobre los pliegues de la americana negra, la sangre estancada le daba un tinte morado; por la boca abierta corría la sangre en estrechos hilos; a poca distancia había parado un coche de punto cerrado; el cochero prestaba declaración frente al suicida; por lo visto un transeúnte se subió a su coche y le dijo que le llevase a la



Casa de la Moneda. Al llegar frente a la Glorieta de Bilbao se sintió una detonación y otra seguida; el cochero, asustado, miró a todos lados; parecía que había sido al lado de él y arreó al caballo que espantado por la detonación se había encabritado. Al llegar a la puerta del edificio el cochero estaba pálido, presintiendo que los tiros habían partido en el interior del coche, pero no se atrevió a descender del pescante por la fuerte emoción que había sentido; entonces se apeó y miró por entre los cristales de la ventanilla, dando un golpe con los nudillos.

Al abrir la portezuela del coche, se le vino encima la cabeza ensangrentada del suicida que estaba tirado de bruces en el suelo; el cochero llamó en su auxilio a unos guardias que estaban paseando por allí, y luego se arremolinó mucha gente en derredor del coche hasta que trasladaron el cuerpo del suicida dentro de la verja de la Casa de la Moneda y cerraron la puerta.

Otra vez cruzaba yo por la calle de Atocha, cuando vi una hilera de gente que corría apresurada detrás de dos que andaban de costado, llevando en una silla a un albañil que se había caído de un andamio; de su espalda, encorvada horriblemente, colgaba trágica la cabeza; las piernas, pendientes a lo largo de los palos de la silla, se tambaleaban; tenía un pie roto, del que bajaba la cinta del calzoncillo; de la cabeza, abierta por la nuca, manaba la sangre, cruzando de anchas rayas rojas su blusa blanca; de su cara descajada y lívida, destacaba la barba de una semana.

Los que le conducían quisieron entrar la silla en una botica, porque iba desangrándose, para que le hicieran la cura; salieron de allí un médico y el boticario; el médico se acercó al herido, le cogió la mano fría y sin pulso y dijo que estaba muerto; aquellas secas palabras produjeron un efecto terri-



ble en los hombres que sostenían la silla, que se apresuraron a dejarla en el suelo; el cadáver, mal sentado, sostenido por las piernas, tirado el cuerpo hacia atrás, con la cabeza colgando del respaldo, parecía que se iba a caer. Una vecina bajó una sábana y cubrieron con ella la silla y el cadáver, hasta que viniese el juez; alrededor, se apretaba curiosa la multitud.

En aquella época tenía yo un amigo que estaba de practicante en San Carlos, al cual me encontré una tarde en que iba desocupado.

—¿Dónde vas? —me dijo—. ¿Quieres venir conmigo y te enseñaré todo el Colegio de San Carlos?

Yo le dije que sí, y mientras íbamos andando, me habló de la sala de disección, de las autopsias que se hacían a diario, de la colección del museo anatómico, cuyos modelos ejecutados en cera tenían toda la verdad de la realidad; en fin, me habló de algo secreto y original que despertó toda mi curiosidad.

Entramos en el viejo y espacioso edificio después de dar la vuelta por un patio, en una de cuyas esquinas, la que mira a la fachada del hospital, se veía una casa baja con varias ventanas y una sola puerta, pintada de color de pizarra.

—¿Qué hay dentro? —le pregunté.

—Es el depósito de cadáveres, los que mueren arriba, en el hospital.

—¿Vamos a entrar?

—No, hombre, no entremos, que huelen mal y, además, te van a dar asco; están repugnantes, vestidos con las mismas ropas con que entraron en el hospital; esas les sirven de mortajas.

—Pues entremos a verles, pues a mí, por desfigurados que estén, me parecen todos los cadáveres lo mismo.

—Bueno, ya que te empeñas, pasaremos, pero te



advierdo que es una impresión terrible; yo, que estoy acostumbrado a ello, siempre que los veo me imponen, porque he visto y conocido vivos a algunos de ellos, he oído sus lamentos por la noche, en las camas del hospital, los he sentido luchar con la muerte.

La puerta tenía la llave puesta, di media vuelta, la empujé y entramos; noté un movimiento de vacilación en mi amigo y una mueca de disgusto en su boca.

En mesas de madera, distantes unas de otras como cosa de un metro, estaban tendidos unos cuantos cadáveres. El de una vieja muy alta, por lo estirada que estaba, se parecía a un garrote; la cabeza, muy pequeña, la tenía cubierta con un pañuelo blanco, atado con un nudo en la frente, a uso de las mujeres de pueblo, y en la boca, muy abierta, negra y desdentada, sólo tenía un diente que brillaba mucho; el vientre estaba muy hinchado, y en el bolsillo del delantal guardaba unas medias empezadas, en las que estaban clavadas dos largas agujas; de la falda, corta, entre el refajo de bayeta amarilla, salían las piernas, largas y secas, amarradas con un pañuelo; sus zapatillas eran como las de las niñas: blancas, con adornos de trencilla, hebilla de plomo y una borlita roja.

A su lado estaba, en otra mesa, el cadáver de un trabajador; tenía el pantalón de pana, blanco, lleno de arrugas, y desabrochado por la cintura, donde asoma la camisa; sus tobillos, muy delgados y rígidos, atados por la cinta del calzoncillo y los calcetines rojos y unas botas muy grandes, de becerro, con la suela gruesa, quizá para que le durasen mucho tiempo, al salir del hospital; sus brazos estaban muy estirados, a lo largo del cuerpo, y en las muñecas, amarillentas, se marca mucho el hueso; su



cara está tapada con una boina vieja, llena de agujeros.

Me entró curiosidad de ver aquel rostro, y ya le iba a descubrir, cuando mi amigo me contuvo el brazo; ¡qué vas a hacer!, no le destapes la cara, que cuando el portero de esta sala le ha puesto la boina por encima, por algo será; debe estar horrible y le debió de dar miedo.

Al pie de las mesas de todos estos cadáveres hay un papel con el nombre de cada uno, para que puedan ser vistos y reconocidos por sus familiares antes de llevarlos a las mesas de autopsias, aunque muchos de éstos, según se les saca de la cama al morir, los envuelven desnudos en una sábana con la cabeza fuera y los meten en un ataúd; algunos, sin cruz, van así al cementerio cuando hay demasiado número de cadáveres para las autopsias y no hacen más que estorbo.

Al salir de esta cripta, subimos una escalera; al cruzar por un pasillo vimos una faja de luz muy baja que salía de una puerta entornada, era la capilla; dentro, extendido sobre un paño negro goteado de cera, había un cadáver metido en su caja, iluminado por dos cirios; por los estrechos y sombríos pasillos pasaban, delante de nosotros, mozos con blusas negras, ribeteadas de trencilla amarilla y manguitos de hule; eran los encargados de hacer la limpieza, lavar los instrumentos y recoger los cubos con vendas y algodones sucios; éstos también se encargan de lavar y afeitar los cadáveres. Seguían los pasillos negros y silenciosos; en las paredes había faroles con velas o bombillas de luz eléctrica muy cansadas.

En una sala estaban sentados en sillas, al lado de la estufa, unos enfermos envueltos en mantas y vestidos, tan escuálidos, que no conservaban más que la osamenta.



Cada vez que se abría una puerta y nos asomábamos, teníamos que resistir la mirada fija e interrogadora de algunos enfermos desahuciados, que parecían preguntar a todo el que se acercaba los días que tenían de vida; de vez en cuando pasaban religiosas que iban y venían de las salas.

De pronto, oímos fuertes voces en los pasillos; era un médico que entraba acompañado de discípulos.

En un cuarto, aislado de los demás, había un verdadero caso clínico; se trataba de una enferma que llevaba sin salir de la cama y sin comer dos años, y que, por estar siempre tan encogida, habían llegado los muslos a unirse con el vientre, tomando carne del mismo.

A los pocos meses de estar en San Carlos se cubrió de llagas, por lo que se hacía muy difícil cambiarla de posición y hacerla la limpieza; no tardó en llenarse de parásitos, saliendo por sus llagas y bocas líquidos que corrompieron el jergón y engendraron algunos gusanos, siendo estas ropas quemadas hacía días y también la camisa, que conservaba puesta desde que entró en el hospital.

Al asomarnos a la puerta de aquella habitación vimos una anciana con el cuello esquelético; su pelo gris le llegaba, como una larga cola, hasta las uñas de los pies, y en las piernas se veía la forma del fémur. En aquel momento ya no podía articular palabra y se contaba su fin próximo, pues el corazón iba disminuyendo sus latidos. Al salir de allí fuimos a visitar el Gabinete anatómico.

Tras los relucientes cristales de las vitrinas, pintadas de negro, se veían unas figuras de cera que representaban a una persona en los estados por que pasa en la disección; las arterias están pintadas de encarnado y las venas de azul, los nervios de blanco y los vasos linfáticos de amarillo.



Fetos y monstruos de animales y personas, conservados en frascos de espíritu de vino.

La colección de piezas patológicas de enfermedades de la piel, cuyos modelos de cera están vaciados del natural y copiados; el color de las pústulas, úlceras y erupciones de los enfermos que ocupan las salas de venéreo; los órganos genitales del hombre y de la mujer, rodeados de asquerosos pelos y de lienzos encolados, que son los marcos de estos modelos; en uno de ellos, bajo el cristal de la caja, se ve el vientre de una mujer, con los muslos abiertos, llenos de ulceraciones y tubérculos sifilíticos reblanecidos, de un color cobrizo, que la llegan hasta la cintura; tiene el faldón de la camisa levantado.

Sobre una peana hay un gorila imitado en cera en la que han sido adheridos todos los pelos de su piel.

Metido en un armario se ve el esqueleto de un granadero francés que tiene mercurio en sus huesos y el de un negro de la Guadalupe de siete pies de alto. En otro armario está el esqueleto del gigante extremeño y su piel, disecada, clavada en el fondo de la vitrina; en el suelo se ven las enormes botas que usaba; este esqueleto está todo apolillado, como si fuera corcho, porque murió el gigante de carie en los huesos. También se conserva en este museo anatómico el riñón de un hombre que fue extraído de su cadáver atravesado por el cuchillo de un criminal hacia su parte anterior, cuya herida, en que fue además interesado el peritoneo, dio lugar a un derrame mortal en la cavidad del vientre.

Entre las preparaciones anatómicas figuran una cabeza artificial de mujer disecada con los músculos del rostro, las arterias y los nervios.

Hay al lado una cabeza de hombre que por un lado muestra, después de la extracción de los músculos, las arterias y venas, como también los nervios



dentales; el ojo con sus músculos motores y sus arterias es visible también. Estando levantada la unidad de la parte superior del cráneo se ven en el interior los nervios de los sentidos cortados y las venas que se extienden sobre la dura-mater.

Hay también varias piezas reproducidas en cartón piedra de diferentes amputaciones, donde se ve las manos del cirujano llenas de sangre cortar con un cuchillo una pierna, un brazo o una mano y serrar el hueso, y en otras operaciones más delicadas, del cuello, va ligando las arterias y haciendo nudos con un hilo encerado.

Pero la vitrina que nos produce más emoción, es la de un grupo de figuras de cera, de mitad del tamaño natural, que parecen personas vivas; un grupo de médicos están alrededor de una cama; sobre la blancura de las almohadas hay hundida la cabeza de una mujer que acaba de morir y resalta el pelo negro y suelto por encima de las sábanas; a este cadáver le están abriendo el vientre para extraer a la criatura, que se supone viva.

El cirujano tiene unas patillas grises como un marino, y la cara y los brazos desnudos rojos y las manos llenas de sangre hasta las muñecas; los ayudantes le rodean con escalpelos y bisturís y están como absortos con los ojos de cristal, mirando el cuerpo desnudo de la muerta; algunos compañeros, que están como espectadores, miran de lejos, muy pulcros, con la barba y el pelo rubio, y están como cohibidos por no mancharse el traje con la sangre de los cubos; tienen los puños de la camisa con mucho brillo y el cuello de pajarita y corbata de lazo blanco, viéndose el pico del pañuelo en las americanas azules; todos tienen las uñas como una enfermedad, muy brillantes y descoloridas como los muertos, y parece que les sale a todos pus por las orejas y ventanas de las narices; algunos de estos



jóvenes doctores se llevan estudiadamente la mano a la frente, como si una duda les asaltase, pero conservan amaneradamente muy doblado el abrigo de verano al brazo; algunos llevan una flor en el ojal de la americana; sus cabezas, distraídas e inconscientes, no parecen pensar en la acción que se está desarrollando. Al pie de esta vitrina hay un cartel que dice: «Operación cesárea».

En el fondo de esta sala, un viejo jorobado y casi enano, muy metido en un abrigo viejo y con una pipa en la boca, está sentado en una silla alta para llegar a la mesa y pega, con una brocha que moja en un puchero de engrudo, unas etiquetas en varias calaveras y tibias, para meterlas en un estante; de vez en cuando tose y se pega el tabaco mascado en los huesos de los cráneos, que quita con el pañuelo, y de tanto echarles el humo, ha aculatado algunas de estas calaveras, al pasarse las horas muertas restaurándolas.

Este viejo enano, comprendiendo nuestra curiosidad, nos presenta un cráneo de mucho peso y voluminoso que deja caer de golpe en su mesa. Esta es la calavera del hermano Pedro, fraile Carmelita; era muy putero y violó a muchas mujeres de Tierzo, provincia de Zaragoza, de donde él era natural. ¡Dios le haya perdonado!

Este cráneo que está apolillado y tiene las muelas agujereadas porque el difunto no quiso gastarse dinero en vida para que se las compusiera el dentista, es el de un prestamista que dejó a muchos en calzoncillos, y el cabrón de él creo que se dio al final a la bebida, muriendo de delirio tremen. Cuando trajeron esta calavera aquí, estaban cegados, por el barro de la sepultura, todos sus agujeros, y yo me entretuve mucho quitándoselo; pero cuando estaba más distraído, me llevé un susto, pues salieron dos gusanos enroscados andando por esta mesa; yo no



sé el tiempo que no veían el sol, pues los pobres estaban delgadísimos.

Si hubieran ustedes venido más temprano, les contaría algo curioso de todas estas cosas que nos rodean, pero ya es bastante tarde y este timbre que mete tanto ruido anuncia que nos marchemos.

Las paredes de este museo se van ensombreciendo, y un empleado se dispone a echar las cortinas para cerrar.

Después de despedirnos de este jovial y macabro restaurador, al salir de aquí bajamos por una escalera de caracol; vimos una mampara con cristales de colores; la puerta estaba abierta y entramos en el vestíbulo.

Bajo un cielo de cristal esmerilado, se veía un patio que tenía aire de cementerio; le cercaba una tapia de ladrillos; en el suelo, de baldosas, florecían en las juntas hierbas enfermizas.

En unas mesas de mármol rodeadas de un piso de cemento corría el agua por un sumidero e iba teñida de sangre y líquidos corrompidos; al lado de estas mesas se veía el grifo de una fuente; encima de los tableros de mármol había varios cadáveres desnudos y despedazados por la autopsia; uno tenía la tapa del pecho abierta por el bisturí y el cráneo serrado; encima de un velador se veía una masa de sesos que le habían sacado, dejando el cráneo lavado y hueco.

En grandes barreños de zinc había montones de cabezas cortadas, con el pelo y las cejas afeitadas; muchas estaban maceradas y tenían manchas moradas de llevar varios días metidas entre hielo. Arriados a la pared, había un montón de restos de difuntos, brazos, piernas, orejas y pies cortados, todos blancos y lavados, para ser enterrados en sacos en la fosa común.

Aquella masa de carne descuartizada inútilmente



despedía un olor a putrefacción que daba náuseas, esperando a ser cargada en un carro y llevada al cementerio del Este, y que al amanecer el sepulturero más piadoso que estos estudiantes abriese la fosa con el azadón y enterrase aquellos miembros que los ciegos y silenciosos gusanos se encargarán de comerse.





Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

LAS MUJERES TORERAS

TODA mujer española tiene algo de sangre flamenca en su cuerpo que la hace sentir gran predilección por los colores chillones, por los zapatos de baile, las medias caladas y por las peinetas de piedras falsas, y no pocas, cuando hay corrida o tienen que hacerse un retrato, se disfrazan de maja, se peinan a lo chula, dejándose unas patillas de hacha, se llenan la cara de polvos y se pintan lunares y ojeras para estar más interesantes, y luego se clavan en el pelo una enorme peineta que hace subir mucho la mantilla en su cabeza; el pecho y los brazos los llevan medio desnudos, y al sentarse montan una pierna en la otra con desenfado, enseñando toda la media, y aunque así vestidas estén hechas un marmarracho, ellas se creen que están muy guapas y se miran mucho al espejo que llevan en el bolso al lado del pañuelo perfumado.

Hoy, en Madrid, es cuando hay más afición entre las mujeres a las corridas de toros, y hay que ver un domingo la calle de Alcalá llena de coches ocupados por majas; pero las que disfrutan más estos días de mayo, coincidiendo con las fiestas de San Isidro, son las viejas de la nobleza, pues es como si se disfrazasen de máscaras; se tiñen el pelo de un rubio rojizo, se ponen caderas postizas, mantillas de madroños y se calzan con coquetería los guantes blancos en el coche; pero de lo que no pueden prescindir estas chulas viejas, es de llevar a la plaza los impertinentes.

No pocas mujeres españolas se entusiasman en los tendidos con los toreros, aplauden puestas en pie y gritan como los hombres, y algunas veces se quitan



un zapato y lo tiran a la arena junto con el abanico, para demostrar su interés por el espada, y piden al final de la corrida otro toro, y las suertes que las excita más y las enardece son las picas, y cuando ven un caballo que ha quedado en carne viva como un trapo sangriento, se ríen y no pueden contener su crueldad, que se refleja en los ojos muy abiertos y en el rostro encendido cuando tocan a banderillas de fuego.

Estas chulas van todo el año a la novena a oír predicar al padre Calpena; confiesan y comulgan con mucha frecuencia; llevan la vela y el escapulario en las procesiones y concluyen casándose, perdiendo ya la majeza y afición a los toros al llenarse de hijos y atenciones caseras.

Los Reyes españoles han sido siempre muy aficionados a torneos, justas y toros; Fernando VII toreaba bastante bien de capa, y fundó una escuela taurina de la que salieron buenos diestros; Alfonso XII era también muy aficionado a los toros y se tuteaba con el difunto Frascuelo, y, últimamente, Alfonso XIII decidió una oreja a favor de Bombita.

La aristocracia española también ha prestado su apoyo incondicional al fomento y cría de reses bravas, creando buenas ganaderías como la del Duque de Veragua, el Duque de Tovar, académico de la Escuela de San Fernando, etc., etc. Estos títulos, aunque son ya viejos y gordos, asisten a tientas y herraderos, vestidos de chulos y piqueros; antes de la corrida suelen entrar en el patio de caballos a discutir las excelencias del ganado, de su trapío, romana, número de años y hierbas y hablar con los diestros más en boga.

También suelen tomar parte en estas fiestas algunas damas de nuestra aristocracia. La Emperatriz Eugenia, las Duquesas de Alba y de Medinaceli, cabalgaban con gran brío y bizarría, vestidas de va-



quero, con botas de campo y zajones y el sombrero ancho con barboquejo, y armadas con la garrocha, acosaban y derribaban varios hermosos toros.

También en algunas fiestas de beneficencia suelen tomar parte, dirigidos por toreros, artistas de reputación, pintores y escritores, siendo las plazas de monos sabios las más solicitadas para estas fiestas.

En los pueblos son frecuentes los casos de mozas toreras; en Galisteo, provincia de Extremadura, se celebran todos los años corridas de vacas en que un grupo de veinte o treinta mujeres se encargan de torearlas con faldas y delantales, quedando, las que son campaneadas por la vaca, tiradas por el suelo con las faldas por encima de la cabeza. A la más valiente que logre cortar las patas traseras de la vaca, armada de un sable, le dan el rabo de la res.

Muchas de estas mozas, después de aprender el oficio de cachetero en el matadero, se incorporaban a una cuadrilla que tan pronto estaba en Andalucía, como pasaba a Castilla, y en los pueblos de Medina del Campo, Cuenca y Colmenar de Oreja, coincidía su llegada con las fiestas religiosas; después de la procesión se celebraba la novillada en la plaza del pueblo, con un ruedo de palos clavados en el suelo y carros atados, adornados con colchas de la cama, donde se subía la gente. Salían estas mujeres con faldas cortas de maja y monteras de torero; hubo muchos revolcones, y debido al gran escándalo que armaron los mozos que se tiraban al ruedo para verlas voltear por el novillo y porque enseñaban ciertas cosas que ocultas deben estar, el alcalde llamó a su despacho a la directora de la cuadrilla y la hizo saber, después de echarla una multa, que no torearían en adelante sin llevar pantalones bien cerrados o vestidas de hombre.

Por la noche, en los pueblos donde toreaban, ha-



bía bailes, música, y las puertas de las casas y ventanas estaban iluminadas por candiles.

Las primeras cuadrillas de señoritas toreras que se presentaron en Madrid con traje de luces, de torero, lidiaban novillos enanos de una ganadería navarra, que tenían el pelo rojizo y largo y la cabeza muy gorda; eran muy bravos; figuraban en la cuadrilla, después de hacer el saludo, montera en mano, «La Garbancera», «La Lolita», Benita Cazalla «Chata de Jaén», «La Fragosa», «La Salerito» y la «Rabantos», y de picadoras Celedonia Ortega «Pepa la Mola», y la «Frescachona». Entre estos marimachos que se dedicaban a la profesión, había mujeres gordas, como la «Martina», de cuarenta años, de movimientos cansados y formas no muy correctas, que llevaban la taleguilla muy apretada a los muslos y el pelo corto y parecían toreros de verdad; se colocaban la capa muy bien, para hacer el paseo, y algunas iban con la colilla de puro en la boca, ejecutando todas las suertes, las navarras, la tijerilla, las rebo-leras, las verónicas, incluso la de matar, mejor que muchos profesionales. Pero donde se distinguían más era con las banderillas, poniendo buenos pares: al cuarteo, a la media vuelta y a topa carnero; «La Pagés» y «La Carmona» eran ovacionadas por el público.

«La Reverte» estoqueaba toros grandes y era más valiente que muchos toreros de cartel, haciendo dudar si era hombre o una mujer; se sabía que se cosía la taleguilla y que bordaba; en su casa tenía, en la pared, una cabeza de toro, disecada, y su mesa de despacho donde se sentaba a firmar las contratas. Hace poco que pidió un examen facultativo, para que la dejarasen torear, alegando que era hombre.

Aquellas cuadrillas de señoritas toreras tuvo sus primeros percances por causa del pudor, pues algu-



nas veces, al ser rotas las taleguillas por los cuernos, enseñaban el culo negro o el vientre peludo.

También apareció en la plaza de toros de Madrid Doña Tancreda, una mujer morena y agraciada, pero el novillo la dio una paliza y la desnudó a la vista del público, y esta fue la causa principal de que desaparecieran las señoritas toreras, no por culpa de ellas, que hubieran continuado toreando hasta ahora, sino porque eso de enseñar la mujer lo que necesita estar cubierto, sobre todo en la plaza de toros, le parecía al público de Pan y Toros un tanto fuerte, y el obispo y el gobernador, asesorados por las damas catequistas, tomaron cartas en el asunto.





CORRIDA DE TOROS EN TETUÁN

EL día está frío y nublado, pareciendo a ratos que el sol quiere salir entre las nubes. A la entrada de los Cuatro Caminos hay muchas tartanas y ómnibus; los mayores, haciendo chiscar los látigos contra el suelo, gritan: —¡Eh, a la plaza, a la plaza! Mucha gente llena estos coches con las meriendas y la bota de vino a la espalda.

Un hombre gordo vocifera con una voz amariconada, subido al estribo de una tartana, y muy impaciente quiere poner a los caballos en marcha, dándoles en las ancas con su cachaba.

Largos cordones de gente suben la cuesta a pie y van por medio de la calle camino de la plaza. Entre estos grupos abunda mucho el tipo castizo del madrileño aficionado a las corridas de toros.

Hombres bajitos y delgados, con pantalón algo abotinado y la americana corta con hombreras; güitos altos de copa con mucho brillo, que ellos llaman canoa; bigote con sortijilla y cuello bajo duro y corbata de lazo hecho, negro, de camarero; calzan botas con mucha punta y apretadas, y llevan en la boca un cigarro puro de porra de 20 céntimos.

El gabán o la capa, muy bien doblado, echado por el cuello y sujeto por la punta de los dedos como el colmo de la elegancia.

Mujeres del pueblo, vestidas como las criadas, con mantilla negra y enaguas muy planchadas y ruidosas; otras, con pañuelo de pico a la cabeza y mantones de crespón; señoras de edad, gruesas y sonrosadas, como la cara de los niños, con el pelo blanco, envueltas en sus mantones alfombrados o de chinos.



Llegamos a la Plaza de Toros de Tetuán. En el mismo edificio hay una taberna llamada «El Cubanito». En las plantas bajas de las casas inmediatas a la Plaza hay otras tabernas con nombres sacrilegos: «La Iglesia», «La Sacristía». La de «El Cubanito» está adornada por dentro con láminas de *La Lidia* y retratos de toreros; encima del mostrador hay una cabeza de toro disecada y un cuerno con guarniciones y cantoneras de plata, convertido en bota de vino. Antes de la corrida son muchos los que vienen aquí a tomar un quince con coderas; el chico de la taberna llena las copas, y, metiendo la punta de los dedos en cada una, lleva a las mesas seis o siete vasos de una vez, sin derramarse el vino.

En un grupo está el «Manco de Tetuán», un hombre largo y alto, picado de viruelas, enseñando el chaleco estrecho de pecho y en mangas de camisa; por una de ellas, arremangada, asoma el muñón desnudo que lo parte una profunda cicatriz. Cuando va a tomar una copa al mostrador todos le dejan paso y él pasea su muñón, que se mueve mucho, por delante de las narices de los parroquianos. Hay aquí una atmósfera de matonismo: en el bolsillo de algunos de los presentes asoma la clásica navaja de muelles.

El patio de la Plaza de Toros la gente lo toma por urinario; los caballos tiran de las argollas de la pared donde están atados; rumian la paja en el pesebre y dejan caer de golpe los cascos de sus patas, molestados por las moscas. Cuando entran unos picadores, con el puro en la boca, la gente se mete dentro, pues va a empezar la corrida.

La Plaza, por dentro, es pequeña, de forma rara de pueblo, con fuertes muros de ladrillo; por encima de los tendidos se ven algunas casas de Tetuán y el sol relumbra en los cristales de las ventanas. Detrás de las barreras está la entrada general, que cuesta



dos reales, y allí están apretados, de pie, muchos hombres y mujeres, y suele suceder que en esta aglomeración, una mujer baja que quiere ver las tripas de los caballos trepe por la espalda de un hombre y se monte encima de sus hombros con la cara encendida de entusiasmo.

Los monos sabios atan en el ruedo las orejas de los caballos para que no se asusten de los ruidos de la Plaza; en sus altas sillas están montados los picadores; algunos se miran las espuelas y cuidan de que estén bien afianzados los pies en los estribos, descansando el cuerpo sobre la pica; en la mano que la sujeta, el dedo gordo está metido en un dedil amarillo, de gamuza, atado a la muñeca; en la mona se ven manchones de sangre seca y agujeros en el cuero de las cornadas de corridas anteriores que descubren por algunos sitios la armadura de hierro de las piernas. En el palco de la presidencia se ven unos tipos de comerciantes: uno con bigotes caídos de chino, otro jorobado, que ha venido a la plaza montado en un caballo pretencioso que braceaba mucho, con el rabo trenzado y la manta jerezana amarrada a la silla; es cofrade de la Adoración Nocturna, y ese otro alto que le llaman el «Empalmaa», pues parece dos hombres montados encima del otro, uno que tuviese el busto corto y otro que lo hubiese echado todo en piernas, es el dueño de una casa de préstamos; también figura entre estos socios algún panadero concejal; todos están sentados y acompañados de sus respectivas señoras.

Después de sacar su pañuelo el concejal, sale de su encierro, corriendo, el primer toro, que de pronto se para en seco; luego empieza a dar resoplidos, mueve las astas y mira nervioso a todos lados; al dar el primer lance uno de los peones, grita una voz muy fuerte desde el tendido.



—¡Vaya una chimenea que llevas! Y luego, cuando sale otro torero que intenta dar otro capotazo, le gritan:

—¡Pero adónde vas tú, manta mojá! Después, el toro arremete a un picador, que cae de bruces contra el suelo, sangrando por la cara, del golpe; al caballo le arranca con los cuernos de raíz la cincha, y la silla con los estribos vuela por el aire dejándole desnudo; sin darle tiempo a huir le cornea en el pecho clavándole en cruz; el toro, ciego, sigue un rato parado con la cabeza pegada a su pecho, y cuando saca sus astas, un baño de sangre e intestinos le riegan la cara.

El caballo cae exánime y arrodillado; como tiene color blanco, la sangre destaca más y parece pintado de rojo; sosteniéndose sobre las rodillas delanteras intenta levantarse; un monosabio se acerca a él y agarrándole de las orejas le clava de golpe la puntilla en su cerebro; loco por el dolor el pobre animal, haciendo un supremo esfuerzo consigue ponerse de pie pisándose con los cascos una larga tira de sus tripas que se enroscan a sus patas; se ve el mango amarillo del cuchillo, clavado en su cabeza; por su cuerpo corre un gran temblor y crispaciones en sus músculos que le hacen dar un salto, y dándose una costalada chocando pesadamente la cabeza contra la barrera, queda muerto, con los ojos desmesuradamente abiertos.

Cuando cae otro caballo herido, los monos sabios, con la gorra mitad azul y encarnada y el traje canallesco pantalón azul, de ese color del paquete de las velas y la blusa roja con cuello y bocamangas amarillas, golpean al caballo caído con sus varas en las rodillas, y a fuerza de palos, le hacen ponerse y tenerse en pie, sirviéndole de sostén las manos de dos o tres de estos monos. Cuando se monta en la silla otra vez el picador para ir a poner otra vara



al toro, uno de los monos sabios se ha metido por debajo de las patas del caballo y le ha cortado con un cuchillo las tripas que colgaban de su vientre. Después de la suerte de picas, toca el clarín a la de banderillas; uno del público le grita a un banderillero:

—¡Toma este trapo y límpiarte el sobaco!

Más tarde, cuando el matador había acribillado con pinchazos y estocadas al toro, y después de recibir los tres avisos, salieron los cabestros con unos campanos al cuello y los cuernos grandes y retorcidos y rodearon al toro que andaba muy despacio; tenía tres estoques clavados y todo el cuerpo cubierto de sangre. Entonces, viendo el matador que se lo llevaban al corral, le hizo una seña a uno de su cuadrilla que estaba escondido en la barrera y le hundió en el cuello un pincho llamado mata-toros, cayendo el toro muerto entre los cabestros frente a la puerta del toril y, notándolo el público de sol, arma un gran alboroto en la plaza, tirando a la arena botellas y bastones.

Durante el arrastre de los cadáveres de los caballos, vuelven a oírse las palabras brutales y chistosas de los revisteros taurinos. Al llevarse las mulillas a un caballo blanco con el cuello muy largo y agarrado, atado a un lazo, con la lengua fuera que barre la arena, dice un gracioso: me parece que el pellejero te va a echar la maldición. ¡So ladrón! Por los agujeros que llevas en el cuero. ¡Mira ese arenque! ¡Y esa otra aleluya! que quedan ahí para el arrastre, dice uno a su mujer que se ha quitado en el tendido los zapatos porque le aprietan mucho. En un tendido regañan dos a palos, y en seguida se levanta media plaza vociferando.

Antes de la lidia del toro segundo, sacan al ruedo un palo con un cartel, que llevan varios toreros vestidos de paisano, con un letrado que dice:



Para la madre del desgraciado
banderillero Barbero, muerto
por un toro en la corrida
del domingo último.

En los mismos capotes de los toreros que torear esta tarde, recogen los individuos de la cuadrilla a que pertenecía el muerto, vestidos de paisano y descubiertos, viéndoseles la coleta, hacen una cuestación. De los tendidos caen a la arena muchas monedas, y los jornaleros tiran unos perros gordos, y todo el pueblo se conmueve por la desgracia de la madre.

Es esta una de tantas víctimas que trae a nuestra memoria la historia trágica de la Plaza de Toros de Tetuán.

La muerte del Marinero, atravesado por la espalda, contra la barrera, cuando intentaba saltarla; la cogida del Posadero y de tantos otros toreros que han quedado inútiles para su profesión, teniendo que haberles sido amputada una pierna en el hospital.

También no ha sido la primera vez que ha muerto un espectador, atravesado por un estoque, lanzado por un toro al tendido cuando le estaban descabellando; como ocurrió en la Plaza de Madrid en una corrida de zapateros con el desgraciado aficionado Herencia, que al llevarse las manos al pecho para sacarse el estoque, no pudo articular más palabras que éstas: ¡Ay madre, estoy muerto!

Las horribles cogidas de esos maletas que torear en las capeas de los pueblos y vienen a Madrid debajo de los asientos de los vagones de tercera o en el techo y en los topes del tren, que empiezan toreando en las diminutas Plazas de Vallecas y Carabanchel Alto, y que consiguen, por último, tomar la alternativa en Tetuán, con toros grandes y cor-



nalones, mucho peores y de más poder que los que se lidian en la Plaza de Toros de Madrid; y estos novilleros son más valientes y se juegan más la piel que los toreros de fama, que han dado en llamar los ases de la baraja taurina.

Esta es la Plaza en la que se hace más consumo de banderillas de fuego, y las banderillas están más cargadas de pólvora, hasta el punto que se llena el rucdo de humo y hay un fuerte olor a carne y pelo quemado del toro.

Esta Plaza es también muy peligrosa por tener el ruedo pequeño, y por eso abundan tanto las cogidas; en ella se han dado los espectáculos más brutales y salvajes.

Aquí toreó un jorobado, llamado el Chepa de Carabanchel; y un día, lidiaron en una becerrada de zapateros un burro, a quien pusieron cuernos de cartón, y después de ponerle banderillas y picarle, le atravesaron por la panza de una estocada.

También salió a picar un día un novillo uno, con la cara tiznada de negro, montado en un viejo, que le habían dado treinta reales porque sirviera de caballo; antes de llegar al toro se cayó al suelo de miedo, siendo volteados y corneados los dos y llevados en brazos a la enfermería.

Últimamente se han dado unas corridas burlescas y repugnantes que superan a todo barbarismo, llamadas charlotadas. Se compone la cuadrilla de Charlot, Llapisera y su Botones. Sale Charlot vestido de chaquet, con la cara llena de yeso; es un hombre bajo, con sombrero hongo. Llapisera es muy alto, con levita y sombrero de copa y botines en sus enormes pies. Les sueltan un becerro de pocos meses, y uno le clava una zapatilla con un pincho y empiezan a mofarse, se dejan coger, y cuando cae el becerro, se tira también al suelo Charlot y se agarra a su cuello besándole; luego le tiran entre



los dos del rabo, y a patadas, le hacen que se levante y empiezan los pinchazos; imitando a los toreros le pinchan en el cuello, en la cara, y cuando le dan la estocada, se sube el zángano alto encima del pobre becerro montado al revés y llegando con sus piernas al suelo mirando al público y fumando un puro, hasta que cae al suelo moribundo; entonces los dos se arrodillan y le piden perdón y sacan los pañuelos dando lamentos y hacen que lloran, arrastran el cadáver con una cuerda para repetir lo mismo con otros cuatro hermanos y se agarran al rabo del becerro, y para más escarnio, van al desolladero agarrados al muerto.

El público a cada gracia o pinchazo que dan se ríe a carcajadas y disfrutan mucho con este espectáculo y se ríen las tripas. Algunos, muy contados, abandonan la Plaza como avergonzados de tanta canallada.



TETUÁN

AL tomar el tranvía en la Puerta del Sol y pasar por la calle de Fuencarral, parece que Madrid ha sufrido un bombardeo; tal está por esta parte de casas tiradas, de montañas de escombros, todo viene abajo, inútilmente, para hacerse la Gran Vía, sin cuidarse que en estos derribos han caído muchos rincones, calles y casas viejas del antiguo y noble Madrid, cuántas librerías típicas de los libreros de viejo, de esas que tienen en la esquina de las casas clavadas en la piedra una vitrina alambreada, muestrario de tantos libros amarillos por el sol y olvidados de los bibliófilos.

Al llegar a los Cuatro Caminos, se detiene el tranvía y nos bajamos; aquellos sitios están llenos de Tíos Vivos, de columpios en forma de barcos, de bailes donde bailan los domingos los soldados y cocineras; también hay muchos merenderos donde come la gente dominguera; también se ven en los bancos rústicos, clavados en el suelo delante de las mesas, en la que hay una ensalada y un frasco de vino, sentadas con sus padres a niñas con trajes de la primera comunión.

En los restaurantes, cercados de vallas pintadas y adornados con banderas y cadenas de papel de colores, en sus paredes blancas se ven conejos, cabritos y corderos negros y blancos, atados por las patas de alcayatas.

Desde este sitio se domina a uno y otro lado grandes llanuras y lomas; a lo lejos veo el viejo cementerio de San Martín y detrás de sus tapias, los cipreses, el soberbio frontispicio y sus columnas casi



no se distingue, pero lo adivinamos por haberlo visto de cerca tantas veces.

Aquí, en los Cuatro Caminos, todos los jardines son solitarios y tienen aire de cementerio; el del Canal de Isabel II (Depósito Mayor) es una lástima que no se deje pasear al público; en otros jardines sombríos con árboles viejísimos, con cuevas abiertas por los años en la que cabe una persona metida en su tronco, juegan los niños de aquellos barrios y pasean barquilleros de pueblo con alpargatas y larga blusa; en el bombo de los barquillos se lee: «Los dos amigos». Este letrero romántico aparece rodeado de una guirnalda de flores pintadas por mano femenina.

Enfrente tenemos la cuesta que sube al pueblo de Tetuán; esta calle está atestada de cobertizos y de cajones de verduras, puestos de frituras, donde preparan en calderos y sartenes gallinejas y morcillas asadas, pescadillas con la cola dentro de la boca y peces pequeños; los cestos de los vendedores callejeros con higos pajareros, bellotas, cigarros de cacao, garrafas; los cajones de las castañeras, con un farol para encenderlo de noche.

A ambos lados de la carretera hay casas bajas con tiendas de ultramarinos. Entro en una de ellas a comprar unas aceitunas negras, unas rajadas de jamón crudo y a beberme unos vasos de vino; por la tabla de la trampa, abierta, asoma un chico que sube unas botellas de vino cubiertas de polvo y telarañas; del techo de la tienda cuelgan bacaladas secas, chorizos y jamones; se mezclan los quesos con las velas de sebo, zapatillas y alpargatas, gorras de niños de teta: aquí venden de todo. Hay muchas vecinas comprando, y el dueño de la tienda no da abasto, acompañado de su mujer, gorda como un tonel, en despachar y envolver papeles. En el mostrador tiene una esquila con el sobre cubierto de luto y una



gran cruz. «—Es una hermana que se nos ha muerto —dice la mujer a otra; esta noche tendremos velatorio.»

—¿Has escrito el papel ya, para ponerlo en la puerta? —le dice a su marido—. Y la Robustiana advierte a sus parroquianos que mañana, como es el entierro, cerrarán la tienda y leerán: «Cerrado por defunción».

Fuera de estas tiendas, y en las aceras, hay cajones húmedos llenos de caracoles vivos; en el fondo hay una cazuela o medida para venderlos; andan y se montan unos encima de otros y se pegan por las tablas de fuera, extendiendo los cuernos, como si se quisieran escapar a tomar el sol.

En las carnicerías cuelgan los carneros boca abajo, desollados, con la cabeza descarnada y en esqueleto, los ojos fuera y sanguinolentos, para ser guisados así, pues a la gente del pueblo le gusta estas cabezas y comen también los ojos. Los carniceros golpean en un tajo la carne palpitante con la hoja de un cuchillo largo y muy afilado y sierran los huesos de las vacas que hay colocadas en fila en los garfios.

En la puerta hay de muestra, cortada y clavada encima de un cartón, una cabeza de cerdo, bajando por la frente unas rayas de sangre; tiene los ojos cerrados como si estuviera durmiendo, y la boca abierta y rasgada, parece sonreír.

En unas fuentes hay en el mármol del escaparate los cuerpos fríos y de cera de unos cerdos pequeños que parecen cadáveres de niños de pocos meses; estos tostones, el inteligente le cuelga de la percha en su casa y le deja una semana, y cuando huelen mal y le han salido unas manchas de putrefacción, es cuando lo comen y lo encuentran más sabroso.

También hay faldas y morros de vaca lavados, como de sala de disección; se mezclan estos olores



de carne cruda con el olor hermoso y penetrante a mar de los pescados, los capachos de sardinas, besugos, bonitos y toda clase de pescados finos que siempre se encuentran en Madrid, hasta en los meses más calurosos del verano, conservados en hielo.

Entramos en el pueblo de Tetuán. A la entrada hay unas casas con cobertizos de zinc, sostenidos por maderos a modo de soportales, que son muy corrientes en este pueblo, y en donde se guarece la gente cuando llueve. En un corral se ve una tartana y están preparando una diligencia. El viejo teatro de Maravillas, que tiene la fachada cuarteada y llena de anuncios, está salpicado de pegotes de barro que tiran los chicos al techo de sus portales, y en los cristales de las tiendas, bolas de papel mascado.

Bajo los arcos del teatro hay unos mozos del pueblo con las blusas atadas con un nudo por delante y pantalones de pana blanca; detrás de la oreja se ponen una flor o el puro.

En las farmacias, con los tarros y frascos colocados con gran pulcritud en el escaparate, llama la atención una gran bola de cristal oscura, que es como un espejo negro, donde se refleja el cielo y el paisaje. En este pueblo hay varios cafés: el de «El Toro», y el más distinguido el café de «Las Victorias», con espejos pintados con flores y sillones y divanes con el terciopelo mugriento y caído, donde van los principales vecinos a jugar al chamelo: el médico, el alcalde y el veterinario. En un cuarto aparte hay una mesa de billar panzuda y baja. En estos cafés el camarero parece un particular, y sirve el café con la cabeza cubierta con una boina y sin delantal; los terrones de azúcar los saca del bolsillo de la americana y coloca con sus dedos dos en cada taza.

En una de las confiterías de Tetuán, tras los cris-



tales del pequeño escaparate, se ve un gran frutero lleno de buñuelos de viento y huesos de santos colocados entre un paquete de cirios amarillos para los difuntos; en un papel cazamoscas están pegadas muchas por las patas y la cabeza, y un moscardón, grande y gordo, nada pegajoso en el líquido que cae de un frutero de membrillos. En una taberna de al lado hay una caña de pájaros; están sin pelar, se ve la sangre pegada a las plumas de la perdigonada y tienen las patas rígidas. Hay uno más grande, aislado de sus compañeros y muy triste, que cuelga de una cuerda con la cabeza inclinada y medida en los hombros: parece un ahorcado.

En otras tabernas, en el barreño de los que están fritos, está sentado un pájaro encima de sus compañeros con un sombrero de general, de papel, y hace que lee un cacho de periódico clavado en sus carnes por dos alfileres y tiene un cigarro metido en la cara, hecho de papel con la punta quemada, como si estuviera fumando. Tampoco faltan en estas tabernas los pestiños, las torrijas y una fuente llena de bollos redondos; en un cartel dice: «Pelotas de fraile».

En los hornos de asados, en unas grandes parrillas, se ven montones de chuletas crudas. En el figón del «Sepulvedano», sobre una tabla, hay una porción de pucheros de cocido; están atados por las asas y en sus tapaderas de madera muestran un cartelito con el precio de 30 céntimos. Aquí entran muchos jornaleros al medio día a almorzar, y el dueño corta de la cuerda un puchero que lleva el mismo consumidor a la mesa, siendo renovados constantemente por el gran consumo que de ellos se hace.

En las prenderías no falta el anuncio «Se compran colchones y lana»; al lado de los sacos de pan duro y de montones de trapos viejos se ven faroles de cementerio, y en el portante de la puerta hay



colgada una corona de alambre con flores blancas y cintas amarillentas y desteñidas; en ellas se lee: «A Rosita, sus padrinos».

Como mañana es el Día de los Difuntos, hay en la calle muchos puestos de flores humildes, amarillas y moradas y coronas de siemprevivas.

Los almacenes de vinos tienen sus anuncios: «Vinos de Valdepeñas», «Vino de la Tierra», «La Verdadera Bodega de Noblejas»; de dentro de la tienda sacan a la calle, en una carretilla de hierro, un pellejo de vino con su morrillo grasiento; tiene ligeros estremecimientos y temblores al subir y bajar el vino en su panza, como si quisiera reventar; se parece, por su vientre y su forma y por sus muñones cortos, que quieren ser brazos de un hombre gordo mutilado.

En la botería del Tuerto hay un hombre con su mandil de cuero que está luneteando a un pellejo atado a un árbol y apoyado en su vientre, raspándole con una cuchilla que afila de vez en cuando; su mandil se llena de una corteza de pegotes pegajosos, que también pisan en el suelo sus zapatos de madera. Cerca de él, colgados de un árbol y de una cuerda, están los cueros de varios pellejos, desinflados y llenos de moscas.

Los tranvías eléctricos atraviesan las calles de Tetuán, y el tren-tranvía, con una locomotora antigua de forma de un cajón de hierro, con una chimenea gigantesca y delgada como una cerilla, de la que sale un humo negro y denso que ennegrece y patina las fachadas de las casas. Esta máquina suena una sirena con sonido ronco, de cencerro, y que parece que se va a romper por dentro; arrastra cuatro vagones viejos que hacen los viajes a la Dehesa de la Villa, Bellas Vistas y Colegio de la Paloma.

Los vecinos de estas calles, alzando el visillo de los balcones, ven pasar el tren y miran con curiosi-



dad a la gente, que va asomada a las estrechas ventanillas de los vagones; en un piso bajo se ve tocar el piano a una joven que está haciendo ejercicios; tiene una melena crespa y rebelde que se mueve al compás de los movimientos que hace con las manos.

Al pasar por estas calles se ve uno en la necesidad de escudriñar estas casas tan bonitas y alegres de Tetuán, pintadas de colores distintos: las hay rojas, amarillas, verdes y azules; llenas de tiendas, barberías, panaderías, zapaterías, fábricas de buñuelos; nos paramos a ver cómo trabajan al aire libre los alpargateros, los torneros, cómo hacen bolas y peones.

Un buen aficionado a los oficios, pasaría aquí muy buenos ratos viendo iluminar unas figuras de yeso, un pastor y una pastora para un nacimiento, enterándose en estas diversas tiendas de cómo se hace un sombrero, cómo se le pone medias suelas a unas botas, cómo se construye una guitarra.

Las pintorescas calles de Teruel y de Castilla que recuerdan tanto a los pueblos castellanos; también aquí se ven mulas cargadas con serones y alforjas a las puertas de las casas de los recadistas que recorren los pueblos comarcanos.

En un viejo mercado que han aprovechado para escuela, desde fuera se oye todos los días una algarabía, pues los chicos aprenden las lecciones cantando. Al medio día se les abre la puerta del colegio para ir a comer y de allí salen todos en tropel, con la pizarra colgando del pecho y los libros en la cartera; se enseñan las botas nuevas con punteras de hojadelata, que es la admiración de los compañeros que no las llevan; chupan regaliz y palo luz y escupen amarillo; muchos se salen por el cuello de la camisa de tanto chupar el regaliz y hablan de un chico, llamado Becerro, que le ha dejado el maestro castigado sin comer, en el cuarto oscuro, en com-



pañía del esqueleto que hay allí. Uno dice que el pasante le ha hecho un chichón en la cabeza con el puntero, que a él le parece ser del tamaño de una nuez, y hace que pasen las manos sus compañeros por su cabeza y éstos le dicen que no tiene nada. Todos juntos van a la tienda de objetos de escritorio a gastarse los cinco céntimos en una aleluya, y al ver los pliegos que hay colgados en el escaparate, prometen comprar todas una a una.

Aquí están las aleluyas: «La vida del enano don Crispín», tan familiar entre los niños; similar a ésta es «La vida de un aprendiz de zapatero», pero la aventaja en que es, si cabe, más grotesca, pero, en cambio, la de «D. Crispín» es más romántica; «La guerra de África», «Vida del hombre flaco», «Habitantes de las provincias de España», «Vida de una criada de servir», «Percances en Madrid», «Los oficios», «La historia del famoso perro Paco»; también vemos «Los trabajos y miserias de la vida», en donde se describe la de un hombre desgraciado; porque no tiene caudal le llevan al hospital, duerme al sereno en los bancos del Prado, y como no tiene dinero, le da Dios hijos a montones, y concluye tan perra vida suicidándose; esta aleluya nos produce una impresión triste y desagradable; «La vida del hombre malo»; la historia del hombre malo aparece escrita por el demonio y tiene mucha gracia en esta aleluya el que aparezca como un gran delito el que baile el bolero; luego va con mujeres malas, y el pago de las malas pindongas, es que aparece con un gorro de tiñoso y andando con muletas, y una zorra, al verle sin dinero, le pega con una escoba. El final del hombre malo es desastroso y termina su vida en garrote vil; «La vida del hombre bueno» está descrita por un ángel, pero a pesar de ser estimado de todos casarse, tener frutos de bendición y ser el consuelo de sus amantes y ancianos



padres y morir cristianamente en la cama rodeado de sus hijos y familiares, nos da una impresión de tristeza y aplastamiento que no tiene ese otro hombre malo que acaba sus días en el patíbulo.

Pero el pliego que absorbe la atención de los niños, por su fantasía, es la preciosa aleluya «El mundo al revés», donde se ven volar a los peces por el cielo y al león, el toro, el elefante y la oveja ir de pie por el mar.

Son estas aleluyas las que tanto nos han recreado en la infancia y que perdura su recuerdo a través de la vida.

Esta papelería de las aleluyas hace esquina a la calle «De la Vida y la Muerte», donde hay una funeraria llena de coronas ordinarias de plumas negras y blancas; arrimado a la pared está puesto de pie un modesto ataúd que ha comprado una mujer vestida de negro que está esperando al lado de él. Poco después llega una mujer baja y harapienta, con el pelo de un rubio estropajoso y llenas de arrugas la cara y las manos enanas; hace un rodete con un trapo y se carga a la cabeza la caja de muerto; delante de ella empieza a andar la mujer enlutada por un callejón que da al campo lleno de terraplenes y barrancos con promontorios aislados y cortados por la azada de tierra dura y amarilla. En las hendiduras de estos desmontes desolados y sin árboles se ven latas aplastadas, cascotes de obras, montones de porquería, churradas y excrementos ya secos por el sol. Un viejo, con la capa tirada en el suelo, subiéndose los pantalones y poniéndose la correa, dice con filosofía, viendo algunas moscas que se posan y vuelan sobre lo que acaba de dejar:

—Los pobres, dicen los ricos, que disfrutamos con el sol y los piojos, pero si vieran los poderosos cómo



a estas moscas todavía les parece nuestro cuerpo
cosa no despreciable, aprenderían a respetarnos y
a ver que algo tenemos de bueno.



LA COLA DE LA SOPA

EN los alrededores de los Asilos y Comedores de Caridad, estas casas bajas y tristes, de ladrillo; junto a las tapias, en las que hay encerrados árboles secos, se extiende una cola de hambrientos con botes, escudillas y pucheros que esperan a que se abra la puerta para pasar al patio y recoger su ración; los que han cogido el primer puesto están resignados y juntos, mientras que otros se impacientan y protestan con el que tienen al lado de la tardanza, y llaman fuerte con el palo a la puerta.

El cielo está nublado y el día frío y húmedo; los mendigos, envueltos en mantas y capas con los rasgados y agujeros recosidos y zurcidos; algunos pisan el suelo duro y agrietado por el frío con los pies descalzos; uno lleva unos mitones verdes con los dedos con brillo e hinchados por los sabañones, con un morral a la espalda y un pie envuelto en unas vendas; habla con uno que tiene una bayeta en el pecho y una gran faja y un pañuelo atado a la frente, y dice que casi no puede hablar porque se le cansa el pulmón; cuenta que tiene en cama a su mujer con una fuente en una pierna.

Un grupo de mujeres con las faldas llenas de remiendos están acurrucadas junto a la pared. Hay un pobre, que es el más revoltoso, con la cara como un besugo; lleva puesta una chaqueta de un verde desteñido, que le viene muy larga por ser de otro; tiene una gran porra en la mano y un bote de colillas, dice con una voz muy fuerte de bajo: —¡A ver cuándo abren esos carcas, que nos muerden ya las tripas!—, mientras que los pobres más conservadores le miran con hostilidad y le recomiendan que



no alborote; una vieja, con las zapatillas rotas, y en el sitio donde estaba la piel la ha suplido con unos cuchillos de tela cosido con unas cuerdas. Hay una mujer de edad; de gran estatura y gruesa, con el pelo todo blanco; lleva una capa negra que, aunque está llena de manchas de grasa, la da cierto aire de nobleza; cuenta a sus compañeras que, el verse así, fue por culpa de su difunto, que era muy abandonado y no quiso enseñar sus ejecutorias de nobleza, y que todas las tardes ella iba con sus amigas a sentarse en la Plaza de la Armería, junto al Palacio Real, y luego oían todos los días el Rosario con los reyes en la capilla pública de Palacio.

Esta señora se arrima a la pared del Asilo y se pone a mear de pie. Una compañera se baja las medias y se rasca las piernas, flacas y tristes. Otras dicen que las alubias estaban el otro día muy sabrosas; cómo ha enflaquecido la señora Juana; algunas se ponen a murmurar, ¿habéis oído hablar de la recogida de pobres? Ahora se han empeñado en que no pidamos por la calle y nos quieren recoger como a los perros los laceros, para llevarlos al Depósito del Canal y asfixiarlos.

El otro día cargaron los guardias en carros a unas cuantas ancianas, las cogían en brazos y las hacían subir, y no servían las protestas; yo vi unos cuantos carros llenos de mujeres.

Y estas señoronas de la aristocracia que besan las correas a los frailes, nada más le dan dinero a ellos, que son unos sucios y pedigüños, y las damas catequistas, para que nos den ropa, se las tiene que llevar primero el papel de haber comulgado, y para que no andemos pidiendo por la calle, se reparten raciones en las parroquias; ayer estuve en el Patronato de enfermos de la calle de Santa Engracia; estaban allí doña Victoria y las infantas la Luisa y la Isabel, y unas cuantas viejas condesas; todas se



habían puesto unos delantales blancos, como las criadas, y nos sirvieron muy mal la comida, pues se veía que andaban muy torpes y tardaban mucho, y luego no nos dieron ni gota de vino; los muchos curas que estaban con ellas no hacían más que mirarnos, para que no comiésemos con los dedos.

Entre tanto van llegando más pordioseros a la cola; una anciana vergonzosa que no se atreve a acercarse, comprendiendo su necesidad entre la señora de la noble capa y otra, la cogen de los brazos y la meten en el grupo. ¡No tenga remilgos, señora, que con la vergüenza no se come!

Un mendigo que llega ya cuando han abierto la puerta del Asilo, corre, apresurado, a la cola para entrar dentro, metiendo gran ruido con las muletas.





Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

LAS CORISTAS

DESPUÉS de proyectarse una película de cinematógrafo y de concluir la función «Al agua patos» en un teatro de mala muerte de los Barrios Bajos, el público desaloja la sala con prisa, quedando en el aire un olor de rebaño por la mucha gente hacinada en este local. Los músicos, viejos y mal vestidos, tapan los violines y cornetines en sus fundas verdes. Un señor bajito y panzudo, con gran calva muy reluciente, cubre su violoncelo con una túnica, y luego, con mucho respeto y cariño, como si se tratase de su mujer, lo encierra en una caja remendada y despintada que parece un ataúd, y después de echarle un candado, guarda su llave en el bolsillo del pantalón. Las luces se van apagando y los estornudos y las toses suenan más fuertes en la sala desalquilada. El telón ha quedado sin bajar y se ve la boca del escenario negra y húmeda, que trae una ráfaga del frío de la calle al colarse el aire por sus rendijas mal tapadas.

Y como algunos nos hemos quedado rezagados hablando y mirando cómo los tramoyistas desmontan las decoraciones, cruzamos un pasillo oscuro, donde la gente, durante los entreactos, ha escrito y pintado figuras y letreros canallescos, salpicando el suelo de salibajos y pegando en las paredes puntas de colillas. Tras una puerta entreabierta están las coristas, muy ligeras de ropa, en corsé y en pantalones, cambiándose los trajes de teatro por los de calle; enseñan las espaldas morenas, desnudas, al sacar las faldas por encima de la cabeza, y, al levantar en alto los brazos, se ve la mancha de pelo debajo de los sobacos como una pátina morena. Así resultan



feas y sucias; han perdido aquel atractivo de cuando salían a escena vestidas de bateleras con medias de color de carne ceñidas a las piernas, y sus pies parecían más pequeños con las botas altas de raso; una de ellas, que está embarazada, se afloja con satisfacción la faja y el corsé, después de haber estado sacrificada en escena. Una mujer joven, rubia y pecosa, está dando de mamar a un niño, que se agarra con sus pequeñas manos a su pecho, mientras que su madre se pone las medias.

Dos mujeres despeinadas están tomando un café en el mismo vaso. En la pared hay un espejo que está salpicado de agua de jabón de las jofainas puestas en palanganeros de hierro. Hay un velador de mármol que está lleno de botes de coloretos, cajas de pomadas, peines donde se arrollan bolas de pelos llenos de caspa y cepillos de dientes gastados hasta la raíz.

De las perchas cuelgan muchas enaguas y refajos, y sale de allí, de estas faldas y blusas, un olor penetrante a mujer. Por el suelo hay tirados zapatos pequeños con el tacón muy alto, montados unos encima de otros.

Cuando bajamos la escalera pisando unos peldaños desgastados y salimos a la calle, un viento fresco y sano de haber llovido nos da en la cara.

Es ésta ya una hora avanzada de la noche; está lloviendo; se ve la iluminación por fuera de dos arcos voltáicos que alumbran los carteles del teatro medio arrancados para otra función; la calle, con los faroles apagados, es negra e impenetrable; sólo se ve brillar las charcas de agua de trecho en trecho por el farol de un coche que pasa a lo lejos como una sombra.

FIN DE LA SEGUNDA SERIE

[288]



ÍNDICE





Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

INDICE

PRIMERA SERIE (1913)

1, Baile chulo en las Ventas	[11]
2, Una corrida de toros en las Ventas	[19]
3, La mujer araña	[23]
4, Lola la peinadora	[29]
5, Una academia de baile	[37]
6, Los pájaros fritos	[45]
7, Romería de San Antonio de la Florida	[51]
8, El entierro de la sardina	[55]
9, Máscaras humildes	[63]
10, Exposición de figuras de cera	[65]
11, Riña de gallos	[71]
12, Nochebuena	[75]
13, El Día de Difuntos	[79]
14, Semana Santa	[85]
15, Los pájaros sabios de la Plaza de la Cebada	[91]
16, Romería de San Isidro	[93]
17, Visita a los fenómenos de la Pradera	[97]
18, El Rastro	[101]
19, El Matadero de cerdos	[107]
20, Primera de abono	[109]
21, La capilla de la Plaza de Toros	[115]
22, La media luna, perros de presa y banderillas de fuego	[119]
23, El desolladero	[125]
24, Diligencias, galeras y carros	[129]
25, La casa del Pobre, del Retiro	[133]
26, El Retiro	[137]



SEGUNDA SERIE (1918)

1, La Puerta del Sol	[143]
2, El ortopédico	[159]
3, La Estación de la Prosperidad	[163]
4, El curandero	[169]
5, El entierro del panadero	[173]
6, El sacamuelas	[179]
7, El carro de vistas	[185]
8, La adivinadora	[189]
9, Las últimas máscaras	[193]
10, El ciego de los romances	[201]
11, El Bazar de las Américas	[211]
12, Las chozas de la Alhóndiga	[219]
13, Los peluqueros de la Ronda de Toledo	[223]
14, La feria de libros	[225]
15, El gran cóndor de los Andes	[231]
16, El circo	[235]
17, El ventrílocuo	[241]
18, La sala de disección	[247]
19, Las mujeres toreras	[259]
20, Corrida de toros en Tetuán	[265]
21, Tetuán	[273]
22, La cola de la sopa	[283]
23, Las coristas	[287]



ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EL 18 DE DICIEMBRE DE 1984,
EN LOS TALLERES DE MUSIGRAF ARABÍ,
CERRO DEL VISO, 16,
TORREJÓN DE ARDOZ
(MADRID)



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid





Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

